

I

Modernismo

Nicaragua, cuna del modernismo

I

El modernismo en Nicaragua, igual que en el resto del continente americano, se gestó y desarrolló a través de dos etapas; pero con la diferencia de que las etapas nicaragüenses reflejas del proceso económico-social del país, no coinciden exactamente con las divisiones trazadas por Pedro Henríquez Ureña en *Las corrientes literarias de la América hispana* (México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1949).

El maestro dominicano deslinda de la manera siguiente:

Dos son los períodos en este movimiento literario: el primero va de 1882 a 1896; el segundo, que arranca de 1896, acaba diluyéndose poco a poco, después de 1920, en un nuevo período con más nuevas tendencias.

Los dos períodos nicaragüenses abarcan un espacio de tiempo de medio siglo; períodos complejos, con ritmos distintos y contradictorios, son acaso otra de las expresiones o manifestaciones de la “caficultura” o cultura del café, cuyo cultivo y explotación extensiva había incorporado a Nicaragua al capitalismo mundial. El primero parte aproximadamente desde 1880 y llega hasta 1900, se enmarca en las dos últimas décadas del siglo XIX, en medio y un poco después de concluidos los llamados “Treinta años conservadores” (1860-1893).

En 1892, Nicaragua contaba con 59 consulados en Europa: 14 en Inglaterra, 8 en Alemania, 5 en España, 6 en Bélgica, 7 en Italia, 1 en Holanda, 3 en Suiza, 3 en Portugal, 2 en

Austria-Hungría, 1 en Suecia y Noruega, un consulado general y 8 consulados en Francia: 2 en París, Lyon, Burdeos, Marsella, El Havre, Niza, San Nazario, Châlons, sur Marne.⁽¹⁾ Estas relaciones comerciales con Europa devinieron en relaciones culturales: entonces el liberalismo que venía desde la independencia, con la razón y la ciencia y el positivismo, eran la nueva ideología y una suerte de religión de la antirreligión; el francés, el idioma o lengua diplomática, y su literatura, el modelo por excelencia: Víctor Hugo, Leconte de Lisle, Mendès, Heredia, Gautier, Coppée, Balzac, Chateaubriand, Chénier, Mme. de Stael, Stendhal y Voltaire. París de Francia, la ciudad Luz, era la capital del mundo: “centro de la neurosis, ombligo de la locura, foco de todo *surmenage*”. Las esposas de los modernistas eran de su tierra; las queridas, de París. Hubo quien, entre ellos, agonizó susurrando esta estrofa:

*Señora de las cárceles y de los hospitales:
tú, que como Francisco de Asís curas los males
cura el mío que tiene tan profunda raíz;
bórrame estas visiones trágicas y sensuales,
y quítame por siempre la imagen de París.*

La incorporación de Nicaragua al mercado capitalista mundial, forzaba a la vez que propiciaba, las condiciones para la transformación interna del país, el advenimiento del capitalismo, que resultó la Revolución Liberal de 1893, lo que implicó el desplazamiento de la oligarquía conservadora, la conformación de la burguesía nacional como una nueva clase y clase dirigente, y la modernización del Estado y del país.⁽²⁾ País y Estado modernos, laicos, aún más, secularizados, una sola iden-

-
- 1 Breves noticias de la República de Nicaragua mandadas a publicar de orden del Honorable Señor Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Don Jorge Bravo, con el objeto de promover la inmigración extranjera. Managua, Tipografía Nacional, 1892.
 - 2 Óscar-René Vargas, *La revolución que inició el progreso* (Nicaragua, 1893-1909). Managua, Centro de Investigación y Desarrollo ECOTEXTURA, 1990, 278 pp. Y José Luis Velázquez, *La formación del Estado en Nicaragua* (1860-1930), Managua, Fondo Editorial Banco Central de Nicaragua, 1992, Serie Ciencias Sociales, 162 pp.

tividad, lo que a su vez y ante el descrédito de las religiones y la Iglesia Católica, vino a sacralizar, como enseña Rafael Gutiérrez Girardot, al mismo estado: el Estado-Nación, el Estado nacional eran dos personas distintas y una divinidad verdadera: Diosa civil o Virgen de gorro frigio, la “Patria amada”, la “Hermosa soberana”, la “Sultana”, junto al rumor de sus lagos, que gozaba de un culto exaltado, de verdadera veneración. Devoción por la Patria. Religión partidarista.

Pero esta modernidad, cifrada en el cosmopolitismo y el progreso, avance o ascenso sucesivo, ya se venía imponiendo con anterioridad en Nicaragua: en 1867, último año de la presidencia del general Tomás Martínez, se firmó el tratado Dickinson-Ayón para la comunicación interoceánica, seguido, en 1868, del contrato Ayón-Chevalier sobre el mismo tema. En 1871, el presidente Vicente Cuadra fundaba por decreto las Academias Científicas de León y Granada; en 1873, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua suscribían un tratado para “trabajar con toda eficacia en la consolidación de los principios liberales en cada una de las repúblicas signatarias”. En 1878 comenzaban los trabajos ferrocarrileros con las primeras líneas férreas y locomotoras, obras viales que se mantuvieron hasta 1888.

En 1881 se había inaugurado la Biblioteca Nacional en Managua con un fondo de libros escogidos por el orador español Emilio Castelar, a ruego del presidente Joaquín Zavala. Hay reformas educativas, profesores españoles y cubanos, primaria gratuita y obligatoria. Circulaban más de cincuenta periódicos y revistas. Hay humanidades y ejercicios de latín; lecturas y paráfrasis del inglés y del francés. Jesuitas y librepensadores; sotanas y mandiles masónicos. En julio de 1893 entró triunfante a Managua la Revolución Liberal con el general José Santos Zelaya a la cabeza, y a final del año se dicta una de las constituciones más avanzadas de América, “La Libérrima”. Un año más tarde, 1894, se unificaba por primera vez la geografía política nacional con la Mosquitia o Costa Atlántica, territorio ocupado por la corona inglesa. Nuestro modernismo se gesta y

empieza a expresarse en estas décadas de transición hacia el capitalismo y de arranque del mismo. Sus manifestaciones proceden de los jóvenes y adolescentes leoneses: Manuel Maldonado (¿1860?-1945), Román Mayorga Rivas (1862-1925), Luis H. Debayle (1865-1937), Rubén Darío (1867-1916), Santiago Argüello (1871-1940), Juan de Dios Vanegas (1873-1964) y otros de menor importancia.

Esta demarcación quizá resultaría un tanto reformista, porque su adelanto da pie a que se diga que el modernismo en Nicaragua fue madrugador en más de un sentido; sin embargo, así lo demuestran las traducciones e influencias francesas, como las lecciones de un par de precursores, aún no lo suficiente revalorados en los estudios generales y particulares del modernismo. Nos referimos al mexicano Ricardo Contreras (1853-1918) y al nicaragüense Modesto Barrios (1849-1926). El propio Rubén Darío, en su ensayo “Parnasianos y decadentes”, de 1888, el año clave de *Azul...*, recuerda el magisterio de Contreras, usando por primera vez el vocablo “Modernista”, para designar la tendencia innovadora que ya hacía su aparición en Nicaragua. Y en su prólogo a la *Historia de tres años*, de Jesús Hernández Somoza (León, Tipografía de J. Hernández, 1893), Darío vuelve sobre lo que él valora como “primavera literaria” de los ochenta del siglo pasado, y precisa:

Modesto Barrios traducía a Gautier y daba las primeras nociones de modernismo... no las primeras, porque antes que él, un gran escritor, Ricardo Contreras habíamos traído la buena nueva, predicándonos el evangelio de las letras francesas.

Con estas frases de Darío, de ocho y tres años antes respectivamente de sus *Prosas profanas* (1896) —obra que, a juicio de la crítica, marca la cúspide del modernismo—, queda establecida la prioridad, a tal grado que Ernesto Mejía Sánchez, basándose en estos datos, señala que “quizá interesadamente los críticos del modernismo han callado todo el valor histórico [de estos escritos que nos revelan] a un verdadero precursor en

Ricardo Contreras, y vuelve a Nicaragua, cuna del llamado movimiento”.⁽³⁾

Cabe advertir que Max Henríquez Ureña en su “Historia de un nombre”, capítulo de su no tan *Breve historia del modernismo* (México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954), ya toma muy en cuenta estos textos, a partir del llamado de Mejía Sánchez.

A la noticia y reconocimientos de Darío, al reclamo de Mejía Sánchez y las consideraciones de Max Henríquez Ureña, sumemos cuatro hechos, de los cuales tres, al menos, descubren una clara conciencia intramuros del modernismo como movimiento: 1.-) La edición chilena de *Azul...* (1888), que logra sacar del estancamiento de los talleres de la Tipografía Nacional las maltrechas *Primeras notas* de Darío, tituladas originalmente *Epístolas y poemas*, cuando se entregaron a las cajas en 1885; 2.-) La huella de este nombre en el impreso primerizo de Santiago Argüello, *Primeras ráfagas* (1897); 3.-) La confrontación o polémica generacional entre los gramáticos tradicionales y los novísimos escritores nicaragüenses denominados entonces decadentistas, o sea, modernistas; y 4.-) La amistad de Mayorga Rivas —traductor de Poe, Gautier, Longfellow, etcétera, y divulgador de Whitman— con uno de los reconocidos iniciadores de la corriente, José Martí, quien, en una de sus gacetillas, *Patria*, enero de 1893, refiriéndose a la obra y personalidad de Mayorga Rivas, escribió:

Tiene Centroamérica (...) a Román Mayorga Rivas; ¿qué mucho que sean como rosa y oro los versos del poeta nicaragüense? De su intenso y fiel amor a nuestros países, a nuestro país de América, dio él buena prueba en los volúmenes [Guirnalda salvadoreña] donde puso, con raro desinterés, cuanto de bueno tiene lo pasado y actual de la misma literatura centroamericana, que posee en él tan

3 Los primeros cuentos de Rubén Darío (México, Ediciones Studium, 1951).

*delicado poeta, y tan gallardo prosista. Él sirve la imagen en
copa hecha a cincel, y apretada de perlas. Él ajusta y burila
la prosa.*⁽⁴⁾

El segundo período del modernismo nicaragüense comienza antes del siglo y con el siglo, o sea, con la fundación de la revista *El Alba*, en León, el 15 de septiembre de 1900, y se inicia con esta revista porque ella difundió “el daríismo poético”, según Jorge Eduardo Arellano.⁽⁵⁾ En Managua se llama “Generación de 1907”. ¿Por qué? Acaso por el año del retorno triunfal de Darío, quien trajo un discurso desalentador para la juventud aficionada al arte, instándola más bien a tareas productivas y prácticas. Acaso por la “Batalla de Namasigüe”; enfrentamiento decisivo con las fuerzas armadas de Honduras, en el que participaron unos doscientos jóvenes, entre ellos muchos modernistas, en defensa de una “Nicaragua [que] vibraba con la ofensa hondureña de Los Calpules. Se inflaban las almas con el reclamo de la Patria herida en su honor. Conservadores y liberales acudían a los cuarteles. Era 1907”, escribe Octavio Rivas.⁽⁶⁾

Activo durante las tres décadas siguientes, este segundo período vive entre el auge del proyecto liberal, sus limitaciones y contradicciones, su crisis y su interrupción: una burguesía nacional frustrada, un estado desmontado y una república convertida en protectorado norteamericano. Tal vez podría darse por clausurado con las muertes en 1926 y 1927 de los poetas Salvador Ruiz Morales y Ramón Sáenz Morales; con la publicación de la anti “Oda a Rubén Darío”, de José Coronel Urtecho (*El Diario Nicaragüense*, Granada, 29 de mayo de 1927), ya que este poema es la profanación de Darío y significa la ruptura con el pasado literario inmediato; con la nueva intervención norteamericana (1927-1933) y el terremoto que

4 José Martí, *Obras completas*. La Habana, Editora Nacional, 1963, Vol. 5.

5 Jorge Eduardo Arellano, *Panorama de la literatura nicaragüense*. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1982, 197 p., 4ª ed.

6 *Antología de Oro*, Managua, Editorial Nicaragüense, 1966.

arrasó con Managua, el 31 de marzo de 1931, dispersando las instituciones y los habitantes.

Respecto al primero, generacionalmente este segundo ciclo es el más importante, porque produce en promociones sucesivas a los principales líricos y prosistas, y reúne a los escritores que los precedieron y los consagra como maestros, tal el caso de Santiago Argüello. Además este segundo período ocurre cuando “el país adelanta. El progreso se hace notar (...) “La administración Zelaya en la tierra nicaragüense logró imponer el orden después de varias tentativas de perturbación de la paz, y el orden ha producido en poco tiempo una transformación”.

“El movimiento se ha demostrado andando. Lo realizado en bien de la República y de su adelanto, es la mejor prueba de tales asertos. Se ha establecido la libertad religiosa; el laicismo en la educación; la amplia libertad de testar; el mantenimiento del *habeas corpus*; el voto activo, irrenunciable y obligatorio; la justa representación de las minorías; el establecimiento de una sola Cámara; la incompatibilidad entre el ejercicio de la representación popular y puestos de gobierno; el *self-gouvernement*; la nueva ley electoral; la secularización de cementerios; el divorcio, tal como se ha adoptado en Francia, y mucho antes que en Francia; aumento progresivo de las rentas públicas; desarrollo de la instrucción; aumento de escuelas; cumplimiento exacto en el arreglo de la deuda, cuyos cupones nunca han dejado de pagarse, a veces con anticipación; creación de nuevas líneas férreas; ley de trabajo en protección de los trabajadores; mejoramiento de puentes y caminos; aumento de la pequeña Marina del país; apoyo a empresas agrícolas y forestales que, como las de la costa atlántica, son para la república un venero de riqueza; el muelle del puerto al Pacífico de Corinto.

Por otra parte —dice el mismo presidente—, no se ha circunscrito la presente administración a mantener lo que encontró; antes bien, lo ha modificado, lo ha ampliado, lo ha puesto, en fin, a la altura de las necesidades que ha de llenar. La



industria minera ha adquirido un crecido desenvolvimiento. Se ha establecido en la capital un Museo; en las ciudades el antiguo aspecto colonial ha cambiado, viéndose ahora un aire urbano, elegante y moderno, por parques, calles y edificios nuevos”.⁽⁷⁾

II

Tres centros y tres grupos

Las acciones culturales y literarias de este segundo momento se proyectan, afirma Arellano, desde tres ciudades: León, antiguo asiento del intelecto, sede de la Universidad desde finales de la Colonia, cuna mayor de Rubén Darío y baluarte del ascendente liberalismo; Managua, capital de la república, del comercio y del periodismo, y Masaya, provincia semirrural, con tradición en el ejercicio de la inteligencia, en especial, el aporte primigenio a la historia (Jerónimo Pérez, Francisco Ortega Arancibia); con lo cual no excluye al resto de departamentos del país.

En estas ciudades funcionaban, pues, tres núcleos de poetas vinculados por sus actividades: veladas, revistas, ateneos, tertulias, juegos florales, etcétera. Al grupo leonés u occidental pertenecían, o fueron perteneciendo, amén de los ya nombrados: Francisco Baca (1879-1945), Solón Argüello (1878-1913), quien a pesar de haber pasado casi toda su existencia fuera de Nicaragua, se mantuvo unido a su vida literaria; José Salinas Boquín (1890-1912), Antonio Medrano (1881-1928), Salvador Sacasa (1884-1942), Azarías H. Pallais (1884-1954), Ángel Salgado (1884-1908), Manuel Tijerino (1885-1936), Luis Ángel Villa (1886-1906), Cornelio Soza (1887-¿?), Lino Argüello (1887-1937), y Alfonso Cortés (1893-1969). Las revistas de León fueron *El Ensayo*

7 Rubén Darío, *El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical*. Madrid, Biblioteca “Ateneo”, 1909, 109-111 pp.

(1880-1881), *El Ateneo* (1881-1882), *Revista Literaria, Científica y de Conocimientos* (1888), *La Patria* (1895-1923), *El Alba* (1900-¿1908?), *Ibis* (1904), *Cosmos* (1906), *La Patria de Darío* (1906-¿?) y *Carátulas* (1916-¿1918?)⁽⁸⁾.

El grupo capitalino lo formaban, entre otros: José T. Olivares (1880-1942), Salvador Ruiz Morales (1889-1926), Ramón Sáenz Morales (1891-1927), Octavio Rivas Ortiz (1888-1969), Arcadio Choza (1890-1917), Luis Avilés Ramírez (1893-1938), el boaqueño Antonio Barquero (1891-1966) y Juan Ramón Avilés (1886-1961), oriundo de Masaya y domiciliado en Managua, donde llegó a dirigir el diario que fue centro de divulgación de estos poetas, *La Noticia*. Los otros órganos difusores de Managua eran *Alma Joven* (1907-¿?), *Albores* (1907), *Esfinge* (1908), *La Torre de Marfil* (2 épocas: 1908 y 1919), *Atlántida* (1911), *Letras* (1913-1914), *Las Revistas* (1913-1914) y *Los Domingos* (1918-1926).

Emulando a París, Managua tenía su barrio bohemio, que obviamente se llamaba Barrio Latino, zona de convivencia generacional de la capital y de todo el país. “El Barrio Latino... Queda vecino a la calle El Triunfo, antaño el Camino Real de la Colonia, entre el barrio de San Sebastián y el cantón del Parque Central. A diez años de la muerte de Rubén Darío (1916), aún se recuerda en la tertulia que aquí vivió el poeta durante su estadía juvenil en Managua. El Barrio Latino ya va para valetudinario y han partido sus fundadores del siglo pasado; su vocero, el poeta Salvador Ruiz Morales, fallece en San Salvador el jueves 4 de febrero de 1926, y un cofrade, ORO (Octavio Rivas Ortiz), le da el *Post Mortem*.

Al morir Ruiz Morales cae en orfandad la generación de modernistas de Managua; sin el abanderado, el velorio se les vuelve agonía... Juan Ramón Avilés, en el número de homenaje de *Los Domingos* (que él mismo sustituirá luego con *La Noticia*

8 *Idem.* nota 5.

Ilustrada) a su fundador, la denomina Generación de 1907. “Eran —dice Avilés en su responso— Andrés Largaespada, Lino Argüello, Luis Avilés Ramírez, Virgilio Zúñiga, Ramón Sáenz Morales, Carlos A. Bravo, Leonardo Montalván, Octavio Rivas Ortiz (ORO), Juan Estrada Mayorga, Arcadio Choza... Y, querido por todos, un muchacho pálido, irónico, soñador: Salvador Ruiz Morales, que era el abanderado poético. Los de 1907, pues (el año —hacía ya casi veinte— que Rubén Darío regresó laureado a Nicaragua) se dispersan o sucumben.

Managua y sus olvidadas Sierras se abandonan pesarosamente. En este toque de queda del reino póstumo del modernismo, el sobreviviente guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, en su *croniqueur* y *boulevardier*, anuncia desde Francia con un clarín mortuorio la revista ilustrada *Parisina*, último suspiro azul menopáusico de la *Belle Époque*... Barrio Latino, adiós”.⁽⁹⁾

El grupo de Masaya lo componían: J. Augusto Flores Z. (1885-1964), Rafael Montiel (1887-1973), Anselmo Sequeira (1890-1965) y sus hermanos Natán y Efraín; Alberto Ortiz (1892-1913), José Dolores Morales (1885-1930), Rigoberto Gutiérrez. Todos ellos animaron las publicaciones de Masaya: *Lilas y Campánulas* (1905), *Germinal* (1907), *Pliegos fernandinos* (1909), *Pierrot* (1910-1911), *Castalia* (1915-1918) y *Vida* (?). En Masaya no existía ningún barrio bohemio, pero “allá por los años de 1910 u 11 [había] tertulia en la Tipografía Colón, donde se editaba, bajo la dirección del *aeda* fernandino, el semanario *Pierrot*. Colaboraban en aquella publicación literaria Ramón Caldera, quien más tarde figuró en *La Tribuna* de San José de Costa Rica, diario que representó el joven escritor en el Centenario de Ayacucho, celebrado en la capital del Perú; Manuel Rosales, dramaturgo

9 *Memorias de La Prensa*, 2 de marzo de 1926 / 2 de marzo de 1986. (En el 60 aniversario de este diario). El Diario de los Nicaragüenses, Libro Primero, La última guerra civil / 1926 a 1930. Edición de Mario Cajina-Vega, p. 9.

y cuentista [...]; Napoleón Escobar, poeta y bohemio; Salvador Calero y Gilberto C. Torres, los dos inseparables de los terribles nepentes y la lira. Frente a ese panorama intelectual, Masaya vislumbraba su porvenir en la cultura nicaragüense, porque aquel grupo era fanal y armonía en la decadencia de los viejos, unos en los caminos del exilio y otros en la muerte”. Eudoro Solís ⁽¹⁰⁾

El “*aeda fernandino*”, vocero o abanderado, era Alberto Ortiz, niño precoz, adolescente compiló la antología de la época: *Parnaso nicaragüense* (Barcelona, Editorial Maucci, 1912), hijo de Pedro Ortiz, hermano de Octavio Rivas Ortiz y cuñado de Flores Z., murió de tuberculosis en Santiago de Chile, cuando apenas cumplía sus veintiún años. Todo un mito.

Tanto en León como en Managua y Masaya, hay que advertir la existencia de familias enteras de poetas, prosistas y periodistas, o sea, de intelectuales: los Argüello, los Avilés Ramírez, los Baca, los Barreto, los Medrano, los Sequeira, los Ortiz, los Salinas, los Tijerino, y hasta en Granada, los Guzmán Selva y sus sobrinos, los Vivas. Verdaderos clanes. Élites. Cabe preguntarse, teniendo en cuenta la ascendente clase media, cuál era la posición del poeta modernista en esta sociedad y cuál su función. El poeta formaba parte de los ideólogos de la transformación del país y era el creador de objetos verbales o productos estéticos modernos; sin embargo, su contradicción con el positivismo, es decir, con su filosofía se profundizó, se generaron nuevas contradicciones con la burguesía como clase y el capitalismo incipiente lo tuvo por lacra social, vago y sujeto raro. Recibió hostilidad y vacío de una sociedad que suponía obra suya y acorde con su revolución estética, y respondió hostilmente, escapándose, criticando, marginándose.

No obstante, el poeta se convirtió desde aquel momento hasta nuestros días —máxime a partir del genio y de la gloria

10 *Grato pretérito*, Managua, Artes Gráficas, 1957.

de Darío—, en el héroe nacional por excelencia, en su líder natural. Poeta, profeta admirado, pero temido. Poeta laureado, pero condenado, con prestigio y con descrédito. Contradictoriamente en la Nicaragua de entonces como ahora, ser poeta es su máxima categoría: toda una categoría intelectual y social, pero dudosa. Nicaragua es una república de poetas, a despecho de Platón, y una república inventada por la poesía.

Recapitulando, observamos que el modernismo en Nicaragua irrumpe tempranamente convirtiendo al país en su cuna, lo cual sólo viene a confirmar una vez más la tesis de que el modernismo inicial tuvo en la cuenca del Caribe su capitalidad—México, Centroamérica, Cuba y Colombia— y que se desarrolla en tres grupos, con cierta tardanza, en relación con el resto de América.

III

Modernistas de vida y en muerte

Si el modernismo en Nicaragua fue madrugador, contradictoriamente anduvo algo demorado, tardó en su desarrollo, según los marcos cronológicos que establecen los historiadores. Y es debido a esta causa que, quizá, Max Henríquez Ureña afirma:

Fuera de [Santiago] Argüello no hubo entre los hombres de su generación, dentro de las fronteras de Nicaragua, otros representantes del modernismo que tuvieran algún renombre. Para encontrar poetas y escritores que tengan nexos evidentes con el modernismo, hay que saltar a una generación posterior, y en tal caso más bien cabría referirse al influjo que ejerció el modernismo, en el momento en que iba de pasada, sobre la juventud literaria en la América española.⁽¹¹⁾

11 Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*. México / Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 381-382.

Pero discrepando con el maestro dominicano, creemos que esa “generación posterior” que él señala, o sea, los autores de nuestra segunda hora, no tienen “nexos” débiles o fuertes, visibles o velados con la corriente, ni reciben la influencia de un modernismo que ya va en su ocaso, en su recta final, sino que son verdaderos modernistas, modernistas de vida y en muerte, como vamos a demostrarlo.

Bastaría recordar las impresiones de Darío cuando efectuó su “viaje a Nicaragua” (1907-1908), para detectar de inmediato la vigencia del modernismo en la juventud de la primera década del siglo. Darío oía “hermosas estrofas”, reconocía “finos caprichos”, “complicaciones”, “prosas poemáticas” y “elegantes”; rasgos todos que son típicos del modernismo. Pero mejor será leer directamente a Darío. Dice:

Junto con [Santiago] Argüello sostienen en aquellas tierras el culto artístico escritores como [Tomás] Ayón (...); como Félix Quiñónez, a cuyo ferviente humanismo debe tanto la cultura intelectual nicaragüense; Manuel Maldonado, que es un poeta sentimental y elegante, duplicado de un orador admirable, de un Crisóstomo fogueado por aquellos soles; Francisco Huezco, inteligencia largamente abarcadora y verbo ardiente y cordial; los hermanos Paniagua Prado; Francisco, sutil, sensitivo y a veces complicado, cuya prosa elegante y moderna es reveladora del espíritu progresista y asimilador de Nicaragua; José María, líricamente airoso y amador de quimeras.⁽¹²⁾

Continúa Darío:

Los nuevos en la vida de la mente, los de ahora tienen su esperanza en flor y su corazón lleno de futuro. El [Padre] Casco es sapiente y armonioso; meditabundo, sereno e impregnado de universal amor escribe sus ritmos Manuel Tijerino; con ímpetu y con fragancias sílvicas exterioriza sus energías Antonio Medrano; Juan R. Avilés decora

12 *Idem.* nota 7.

bizarramente sus prosas poemáticas; el poeta [Juan de Dios] Vanegas, quizá el más firme y sólido, expresa su generoso sentido de la vida en hermosas estrofas; José [T.] Olivares sinfoniza suaves melancolías y eterizadas divagaciones; Lino Argüello, de finos caprichos y prematuras languideces, combina plausibles versos, y García Robleto y Narciso Callejas, que heredara superioridades maternas, y Juan Guerra y [Octavio] Rivas Ortiz, y otros más, hacen la noble, y allá por desgracia estéril, buena campaña del arte.⁽¹³⁾

IV

Magisterio dariano y relaciones literarias

Aunque el párrafo dariano basta y sobra para ratificarnos la naturaleza modernista de estos poetas, revisemos someramente cuáles fueron los autores que despertaron los gustos, afinaron la sensibilidad y contribuyeron a encontrar su personalidad a los nicaragüenses. Es obvio que por razones de paisanaje, la enseñanza de Darío fue la más inmediata y fuerte, y a pesar de que casi siempre vivió distante de su “Nicaragua natal”, desde “Allá lejos” constituyó su brújula; la mayor parte de sus discípulos coterráneos dieron los pasos iniciales de su mano, ya para perderse, ya para ganarse.

Darío fue el centro, el modelo y el guía. Véase, por ejemplo, y sólo para referir tres casos opuestos, cómo los despegues de los poetas y/o sus poemas evocan muy sugerentemente la voz, los acentos de su maestro: Montiel contempla la “Caravana de las miserias”, uno de sus *Motivos del Harlem*, desde “La gran cosmópolis”, después de la “Quinta Avenida [donde] la miseria está vestida... / con dolor, dolor, dolor...”; Sáenz Morales viene a ignorar la esencia de las tardes (“No sé qué tienen para mí las

13 *Ibidem.*

tardes” o “Yo busco el sosegado atardecer”), desde la primera persona, desde aquel Yo dariano y/o virgiliano que abre *Cantos de Vida y Esperanza* (1905); y Cortés, en opinión de Pablo Antonio Cuadra, es alumno de Quirón, uno de los interlocutores del “Coloquio de los Centauros”.⁽¹⁴⁾ Y esto, como dijimos, para citar únicamente tres nombres contrarios, porque el carácter nacional o nacionalista que va a distinguir al modernismo de Nicaragua y que trataremos más adelante, lo determinará en gran medida el mismo Darío, además de los factores literarios del continente y de los sociopolíticos de la nación.

Aparte del estímulo y ejemplo de Darío, y de las relaciones entre Martí y Mayorga Rivas, Santiago Argüello redactó ensayos y dictó conferencias sobre el libertador y polígrafo cubano, en revistas centroamericanas y en institutos y asociaciones culturales de América: “El Martí espiritual”, “El Martí universal”, “José Martí” y “El Martí poeta”. También otros modernistas renombrados fueron objeto de la exégesis de Argüello: José Asunción Silva, Manuel Gutiérrez Nájera y Amado Nervo.⁽¹⁵⁾ Solón Argüello consagró las secciones de su primer libro, *El grito de las islas* (1905), a Justo Sierra, Darío, Leopoldo Lugones y Nervo, y sostenía amistad y correspondencia con José Juan Tablada, Luis G. Urbina, Enrique Gómez Carrillo y Salvador Rueda.

Ramón Sáenz Morales dedicó el poema “Sin rojo” al poeta español Francisco Villaespesa, quien correspondió con esta postal.⁽¹⁶⁾

-
- 14 Pablo Antonio Cuadra, “Alfonso, discípulo del Centauro Quirón”. *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, Managua, febrero de 1969, núm. 101, Vol. XII, segunda época.
- 15 Estos estudios de Santiago Argüello se encuentran en *Modernismo y modernistas*. Guatemala, Tipografía Nacional, 1935. Véanse los siguientes números del *Boletín de la Biblioteca Nacional*, de Guatemala, n.º 5, mayo de 1933; n.º 6, agosto de 1933; n.º 7, octubre de 1933 y n.º 8, febrero de 1934. *Repertorio Americano*, Costa Rica, del 25 de agosto al 1 de diciembre de 1928. Y *Letras apostólicas*, La Habana, Imprenta Molina, 1929.
- 16 Ramón Sáenz Morales, *Aires monteros y otros poemas*. Managua, Editorial Atlántida, 1947, Biblioteca Nicaragüense de Letras y Ciencias, Volumen n.º 1. Véase la página 87.

Sr. Don Ramón Sáenz Morales: Poeta: gracias por tanta y tanta belleza como me habéis hecho saborear en vuestro maravilloso soneto “Sin rojo”. La patria de Rubén y de Argüello tiene un nuevo y originalísimo continuador de su gloria. Recibid, querido poeta, mi felicitación más entusiasta. Suyo siempre — Francisco Villaespesa. S. C. — Ponzano 18. — Madrid, 30 de abril de 1915.

Juan de Dios Vanegas usa epígrafes de Gutiérrez Nájera, y con Lino Argüello se adueñan del motivo horaciano, “*Non omnis moriar*”. Lino Argüello incluso llegó a apropiarse de un título muy divulgado de Gutiérrez Nájera, “Para entonces”, y de otro de Silva, “Día de difuntos”.

Otro autor bastante común a nuestros modernistas era José Asunción Silva, aunque, tal vez, en su región más deleznable, en su zona anecdótica: el incestuoso y el suicida de frac. Sin embargo, para Lino Argüello, en quien su impronta es más notoria, porque se emparenta temperamentalmente con él, como con Gutiérrez Nájera, por el sentimiento romántico, parece que la única noche literaria, entre todas las noches del alma y de la literatura universal, es la del colombiano: “Noche; sólo la de Silva!”, así exclamaba ya en su poemario, *Claros de alma* (1908). Por su parte, Azarías H. Pallais no simpatizaba con esa “noche lunática de los espectros” de Silva, ni con su “angustioso lloro”, ni con el afamado “Nocturno” de “sombras enlazadas”, ni con su “luna que mira, con pupilas cargadas de filtros y locuras, de celos y tormentos”. O sea, Pallais no comulgaba —nada más opuesto a él— con los elementos insanos, malditos, desquiciados de la poesía de Silva, pero sí la conocía: prueba de ello es que la sintetiza en los versos citados de sus *Camínos* (1921).

Como podemos enterarnos, los escritores que fomentaron los gustos y ayudaron a configurar la personalidad de los líricos nicaragüenses fueron los modernistas americanos y algunos españoles, de los cuales tres son los conocidos precursores de la corriente: Martí, Gutiérrez Nájera y Silva; y esto que estamos postergando deliberadamente las traducciones de los parnasianos y simbolistas, facturas de Ricardo Contreras, Modesto Barrios,

Román Mayorga Rivas y Alfonso Cortés, que vendrían a poner de manifiesto que los nicaragüenses, conscientes de la tendencia, se procuraron las fuentes genuinas del modernismo.

V

El modernismo: una definición y una práctica múltiple

Bien visto y desde ahora el modernismo es una época: el arranque de la modernidad y de la lucha por la segunda independencia de América, o sea, la liberación del nuevo imperio, los Estados Unidos. Una voluntad de ser modernos, una actitud de ruptura, de rebeldía estética, ética y hasta religiosa. “Era el encuentro de lo nuevo con la belleza sepultada durante el siglo XIX —dice Juan Ramón Jiménez— por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza”.

“El modernismo es la forma hispánica de la crisis universal de las letras y del espíritu que inicia hacia 1885 la disolución del siglo XIX y que se había de manifestar en el arte, la ciencia, la religión, la política, y gradualmente en los demás aspectos de la vida entera, con todos los caracteres, por lo tanto, de un hondo cambio histórico cuyo proceso continúa hoy”, asevera Federico de Onís (1932).

El modernismo es una técnica, como piensa Dámaso Alonso, pero también una visión del mundo.

Para Noé Jitrik el modernismo es un sistema. Supraestructuralmente, el modernismo es la corona de rosas del liberalismo.

Estilísticamente el modernismo es un mestizaje, una mezcla muy a la hispanoamericana del Renacimiento, del romanticismo, del parnasianismo, del decadentismo, del impresionismo y del simbolismo; pero es más, siempre será más, porque es asimismo la trascendencia de esa amalgama, su transfiguración.

El modernismo es tendencia, nunca escuela. Su norma es la libertad y la orgía creadora individual. Por eso hay tantos modernismos como hubo poetas, según José Emilio Pacheco.

“El modernismo [también es] una sintaxis, una prosodia, un vocabulario; una escuela de baile, un campo de entrenamiento físico, un circo y una mascarada”, dice Octavio Paz.

VI

Cosmopolitismo y pasión formal: exotismo y orfebrería

El parnasianismo propiciaba el exotismo y cosmopolitismo: universalismo igual a modernidad, abría los cuatro puntos cardinales del mundo, de sus culturas y de sus idiomas: Grecia y Roma, especialmente en la región mitológica, el medioevo, el orientalismo (las chinerías, plumas, piedras y telas preciosas, pagodas y califas); las leyendas cristianas y el refinamiento aristocrático (salones vesallescos, pelucas y pavos reales).

Los nicaragüenses se movieron con mucha soltura y naturalidad en este amplio abanico temático propuesto: Santiago Argüello inspirado en las biografías y devociones cristianas escribió “El martirio de Santa ” y “Vuelve, Mikael”; vuelto hacia la Sagrada Escritura y equiparándose con Cristo, muy dentro de la secularización, Olivares compuso su poema “Terebintos”. Egipto y el Japón, extremos de Oriente, aparecen en “Cleopatra” de Vanegas, “Canicular” de Santiago Argüello y “Nipona” de Octavio Rivas Ortiz. Lo medieval surge y cubre toda la poética de Pallais y el soneto “En sus ojos amor lleva mi dama” de Florez Z. Lo grecorromano, estimulado, entre otros, por las traducciones de Mayorga Rivas: “Nacimiento de Afrodita” y “Antiguo orfebre” de José-María Heredia, “Safo” de Paul Verlaine y “Diálogo de los dioses” de Enrique Heine, se encuentra en “La verdadera

desnudez de Friné” y “Habla Safo” de Santiago Argüello, “En Grecia” de Olivares y en varios textos en los que se mencionan divinidades y monumentos.

Los modernistas adoptaron también del parnasianismo el ideal de perfección formal, conseguido a través de una poesía artificiosa, de extremado rigor, impersonal y descriptiva, cuyo contenido era la forma misma. De aquí el tan llevado y traído gusto por las artes plásticas: la pintura, la escultura, la gráfica y sus preocupaciones por llegar a ser virtuosos, “artífices” u “orfebres” —como decían y se querían ellos—, diestros en el manejo, invención, actualización y combinación de estrofas y metros españoles y franceses.

Excelentes ejemplos de estos afanes serían en cuanto a lo pictórico, por la limpieza del dibujo, su colorido y su luz: “Venus púdica”, “En la catedral” e “Islas del Gran Lago” de Mayorga Rivas; “El martirio de Santa Águeda” de Santiago Argüello, que para Max Henríquez Ureña consigue “envidiable altura: merced a la nitidez de la forma y el brillante juego de las imágenes”;⁽¹⁷⁾ “A María Inmaculada” de Flores Z., que a la manera de la “Sinfonía en blanco mayor” de Gautier y de “El poeta pregunta por Stella” de Darío, recorre y matiza un blanco implícitamente criollo: lirios, nieve, nubes, algodonaes, cera de Castilla, altares, el alma de los niños, etcétera. “Wateau lírico” y “Éxtasis” de Lino Argüello, subtulado “Sepia de M. Feliu”; las figuras de “Leandre y Greco”, un tanto expresionistas, de Montiel; el “Cuadro” y “Un detalle” azul que “tiene mayor / intensidad que todo el cielo” en la tela de Cortés y “la fiesta de los pintores y colores” de Pallais.

Los logros de los cuidados versificadores, habría que ejemplificarlos con los tersos y fluidos exasílabos, heptasílabos, octosílabos, endecasílabos sáficos, pentasílabos dactílicos, dodecasílabos y alejandrinos del mismo Pallais; con los

17 Max Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 381.

eneasílabos, tan difíciles en español, que Cortés conquista en “Un detalle” y con sus calcas del hexámetro en “La Odisea del Istmo”, etcétera. Y en lo que respecta a modelar y gobernar estrofas, véanse los dísticos, tercetos monorrimos, cuartetos y serventesios, redondillas y sextetos que utilizan Mayorga Rivas en “Islas del Gran Lago”; Santiago Argüello en la elástica “Procesión de san Benito”; Vanegas en “Pájaros y frutos” y “Mi padre”; Olivares en “Versos de mayo” y “Bochornos del sol”; Flores Z. en “La agüela”; Lino Argüello en “¡Oh triste novia mía...!” y “Blanca murió en octubre”; y Cortés en “Pasos”, “Raquel”, “En el sendero” y “Fuga de otoño”.

Esta pasión por idear y manejar las “urnas” o “vasos sacros” en los que se depositaba la poesía, fue haciéndoseles facilidad en la medida en que los iban poseyendo, y esta facilidad degeneró en vicio y el vicio se llamó soneto. Compusieron sobre todos los temas y con todos los tonos, y de todas las calidades y metros. Montiel hasta fusionó el soneto con el sonetillo en “Sobre la verde difusión que calla”, cuyo título original fue “Pinceladas rurales”, e intentó volverlo de revés: “Señal de mal agüero”, primero los dos tercetos y después los dos serventesios; Pallais prometió un volumen completo de *Sonetos ingenuos*; Sáenz Morales dejó poco más de cien (“Sáenz Morales puede decirse que tenía, midiéndolo como se miden los versos, la estatura de un soneto. Y era justamente el soneto su forma predilecta, y era el marco labrado del soneto el que más le gustaba para encuadrar sus paisajes”, Juan Ramón Avilés).⁽¹⁸⁾ Lino Argüello escribió más de setenta sonetos, y Vanegas, una cantidad igual. La estrofa de máximo predominio, pues, fue el soneto. Era natural, por tanto, que uno de los mejores textos de nuestro modernismo fuera un soneto: “Las tres hermanas” de Cortés, que por la metáfora sugerente y múltiple, la agilidad y riqueza de rima, el lirismo sostenido y la soltura musical del verso, es decir, por su temperatura y la cabalidad del vaciado, podría soportar sin

18 Véase el prólogo de Juan Ramón Avilés para *Aires monteros...*, *op. cit.* nota 116.

desdoro alguno el cotejo con cualquiera de los catalogados grandes sonetos del idioma español.

Así se explica que el último eco del modernismo, su canto de cisne, o mejor dicho, su supervivencia se produjera a través de sonetos. Allí quedan sonetos modernistas que son modernos y sonetos modernos que son modernistas. Por ejemplo, “Mi prima” de Antenor Sandino Hernández, es un soneto alejandrino y con alusiones míticas (Sísifo), modernista, sin embargo, agota, llega a cerrar en aquella hora un tema muy de moda: las primas literarias.⁽¹⁹⁾ Soneto de clausura y de apertura. Liquidada espléndidamente nuestro modernismo y lo abre al prosaísmo y a la evocación moderna. Otro ejemplo: los sonetos de Manolo Cuadra (1907-1957), son sonetos “áureos”, “medallones”, que regresan del vanguardismo por el modernismo, debatiéndose entre las voces de Leopoldo Lugones y Julio Herrera y Reissig.⁽²⁰⁾ No es gratuito que el movimiento de vanguardia atacara por este flanco a los modernistas, llamándolos burlescamente *poetas soneteros*, y al soneto, *choneto*, y deformando el molde hasta el límite de su destrucción, para cultivarlo a su vez como género clásico. Pienso en los gongorinos, “Naturaleza muerta” y “Ontología de la sombra” de Joaquín Pasos, en el “Auto-soneto” de Pablo Antonio Cuadra, en los “Sonetos de uso doméstico” de José Coronel Urtecho y en Eudoro Solís y su *Insurrección en sábado*.⁽²¹⁾

-
- 19 Las primas constituyen todo un tópico en la literatura española e hispanoamericana. Ya desde la Edad Media, Jorge Manrique entonaba las coplas: “A una prima suya que le estorbaba unos amores”. En el último período del modernismo, reapareció el tema y aún hoy subsiste tanto en la narrativa como en la lírica: Rubén Darío, “Palomas blancas y garzas morenas” (cuento), *Azul...* (1888); Ramón López Velarde, “Mi prima Águeda”, *La sangre devota* (1916); Julio Torri, “El abuelo”, *Poemas y ensayos* (1918); Francisco López Merino, “Las primas”, *Las tardes* (1925); Lino Argüello, “La prima”, *El gráfico*. Managua, 1 de diciembre de 1929, n.º 173, Año V; Ernesto Mejía Sánchez, “Las primas del pueblo” (cuento), *El Pez y la Serpiente*. Managua, 1972, n.º 12, y Mario Cajina-Vega, “Memoria del amor”, *El hijo* (1976).
- 20 Manolo Cuadra, *Tres amores*. Managua, Editorial Krumen, 1955. Los sonetos que muestran mayores huellas modernistas son: “A Maruja la mal comprendida”, “Eugenesia”, “Miguel Ángel Ortez” y “Romance burlesco a don Pedro Altamirano”. 2^{da}. Edición: Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1992.
- 21 Separata de *Cuadernos Hispanoamericanos*, Madrid, n.º 201, septiembre de 1966).

VII

Simbolismo y religiones heterodoxas

Autores y a su vez productos de su sociedad y de su época, los modernistas, como criaturas de arte, se estrellan contra el capitalismo, la burguesía y el positivismo. De este enfrentamiento provenía la atormentada *Weltanschauung*, ya auténtica o fingida, que hizo rebeldes, revolucionarios, visionarios y profetas a Pallais, Solón Argüello, Santiago Argüello y Cortés; que arrastró a muchos al suicidio, como a José Ángel Villa; que estancó a otros en un pesimismo sistemático, o los envileció en medios sórdidos, tales los casos de Montiel y Lino Argüello. Napoleón Escobar murió de una puñalada en una oscura cantina en una de sus tantas noches de juerga. Aguardiente bebido como si fuera ajeno, países ideales, ciudades de ensueño, que los salvaban de la barriada provinciana. La “inquerida bohemia” que Darío profesó y condenó. Anselmo Sequeira optó por la excentricidad, se enloqueció deliberadamente; limpio y estrafulario, se dejó crecer melena y barba y sobrevivía como secretario o redactor de cartas de analfabetas y campesinos; respondió a su medio con una poesía pornográfica, que vendía manuscrita en hojas sueltas. Personajes pintorescos cuando no bufones, que encontraron en los café de las capitales y en las cantinas de las provincias “lo que les negaba la sociedad: reconocimiento, público, contactos, admiración, seguidores, [...] huyendo de la mansarda pobre y de la sociedad”, señala Gutiérrez Girardot.

El simbolismo los dotó de otros temas, recurrencias, obsesiones, como la búsqueda de la belleza en el esperpento y el misterio. El simbolismo los abrió al esoterismo y el esoterismo alimentó su simbolismo, porque la crisis de creencias —la muerte de Dios— que padecía el hombre hispanoamericano enfrentado al mesianismo de los científicos, al racionalismo, al utilitarismo o pragmatismo burgués, o al materialismo positivista, los condujo a una suerte de religión heterodoxa: esoterismo, ocultismo,

espiritismo, epicureísmo. Incluso, se aferraron al catolicismo como rechazo al protestantismo. El mundo como analogía.

Un mundo en las correspondencias: realidades espirituales y realidades materiales. Rubén Darío tituló “La boca de sombra” el artículo donde cuenta los extraños fenómenos advertidos por su amigo Santiago Argüello —indica Ricardo Gullón—,⁽²²⁾ y los experimentados por él mismo como consecuencia de su pacto de desencarnación con Jorge Castro.⁽²³⁾ Maldonado, Santiago Argüello y Olivares fundaron logias teosóficas, publicaron revistas para su propagación, entre ellas, *Los Domingos* y *Australia*. Leían a Mme. Blavatsky, Allan Kardec, Anna Bessant y al conde Saint Germain.

Al margen de Darío y del “Responso” que le cantó a Paul Verlaine, Mayorga Rivas tradujo ocho poemas del Pobre Lélian: “El bandolín sonoro”, “A la sordina”, “Safo”, “Paseo sentimental”, “Las conchas”, “Sabia canción”, “Coloquio sentimental” y “Romanzas sin palabras”, más cinco piezas de Longfellow: “Idilio”, “Día de lluvia”, “Se muere el día”, “La flecha y el canto” y “Consuelos”, y dos de Edgar Allan Poe, el “celestes Edgardo”, “Estrellas fijas” y “Ulalume” —los poetas norteamericanos puestos de moda por Charles Baudelaire, padre del simbolismo—, integrando, con estas traducciones, una sección entera de su poemario, *Viejo y nuevo* (1915). Igualmente Cortés, vertió cuatro poemas de Verlaine: “En el calvario”, “Un crucifijo”, “Yo he habitado...” y “Pensamiento de la tarde”; y varios textos de otros simbolistas: “Brisa marina” de Mallarmé, “Rodopa” de Moréas, un fragmento de Jammes, “Nos sommes, oh mon Dieu” de Guerin y “El cuervo” de Poe, recogidos tardíamente bajo el título de *Por extrañas lenguas*.⁽²⁴⁾

22 Véase el ensayo de Ricardo Gullón, “Espiritismo y modernismo”, en el tomo colectivo *Nuevos asedios al modernismo*. Edición de Iván A. Schullman, Madrid, Taurus, 1987, p. 86.

23 *La Nación*, 15 de octubre de 1909

24 *Ventana, Cuadernos Universitarios*, León, segundo trimestre, 1964, n.º 1, Año I).

Al ser Verlaine el poeta más admirado, leído y traducido, su influencia fue la más generalizada. El subjetivismo simplista de los poemas de Santiago Argüello: “Saca miel”, “Nunca, nunca, nunca...”, “Elegía quinta” y “Laxidad”, que son sin duda de lo más afortunado suyo, poseen franca raíz verlainiana, y no sólo por el tono, sino por un recurso estilístico: la consonancia por forzada del acento secundario, que produce fluidez y musicalidad juguetona. Asimismo Cortés echó mano del recurso en “Raquel”, “Verano” y “En el sendero”.

Las *Flores del mal* de Baudelaire fueron leídas por la mayoría de poetas y exaltados por Olivares en un poema con el mismo nombre. Su influjo incrementó la expresión refinada y abstracta por la que propugnaban; así germinaron una serie de poemas vagos, inefables, y sugerentes, iluminados por una calma miedosa en Lino Argüello (“Signo”, “Siesta” y “Rimas”); y otros, de Flores Z. (“A María Inmaculada”) y de Sáenz Morales (“Sin rojo” y “En rojo”), en los que se reconocen las “Correspondencias”. La mallarmeana traslación al verso de las señas domiciliarias y las fechas, aparece en Lino Argüello (“El sol de un sonetillo”). Mallarmé, Moréas y Maeterlinck se contaban entre las lecturas de cabecera de Vanegas y Montiel. Rimbaud, inaccesible entonces, se halla con su soneto de las vocales y las *Illuminaciones*, en algunas vocales y mayúsculas floridas de Pallais, y con su “Barco ebrio” en el “Barco pensativo” de Cortés. Cierta tópicos, o mejor dicho, ciertas campanadas, las de los ángeles matinales y vespertinos, que se oían en las barriadas nicaragüenses (“Ángelus” de Vanegas, “Ángelus” de Olivares, “Ángelus” de Cortés y “Ángelus del suburbio” de Lino Argüello), procedían *Del Ángelus del alba al ángelus de la tarde* de Jammes. De tal manera que los

25 Este comentario de Pedro Henríquez Ureña sobre *El grito de las islas* (1905), de Solón Argüello, fue publicado en la *Revista Crítica* de Veracruz, posiblemente en los primeros meses de 1906. Nosotros lo conocemos fragmentado, a través de los juicios y reseñas que se reproducen al final del segundo impreso de Argüello, *El libro de los símbolos e islas frágiles* (1909).

simbolistas no les eran ajenos; por el contrario, simbolistas franceses y belgas resultaban familiares a nuestros poetas. Pero los tres que los aprovecharon y obtuvieron un mejor partido de ellos fueron Solón Argüello, Pallais y Cortés.

Al comentar Pedro Henríquez Ureña el impreso inicial de Solón Argüello, *El grito de las islas* (1905), objetaba que “los temas y la manera de sus canciones [pertenecían] a un simbolismo cuya época [ya había pasado] definitivamente”.⁽²⁵⁾ No obstante, cuatro años más tarde de aquel reproche, en 1909, Argüello, en son de reto, tituló su segunda obra *El libro de los símbolos e islas frágiles*, y dedicó a Henríquez Ureña el primer poema: “En busca del símbolo”; todo lo cual nos viene a desnudar a un convencido del simbolismo.

Y en efecto, Argüello prosiguió, orientado por Verlaine y Baudelaire, en la búsqueda del símbolo y del signo; anduvo como los raras peregrinos de sus poemas, de esos que “con sus viejas sandalias conocen / cien valles, cien desiertos, mil caminos”, creyendo que la tristeza era música de organillo, y la ausencia, adiós o pañuelo en el horizonte; leyendo el vuelo agorero de las aves y recreándose en los cortejos de brujas. Ambiguo, por inocente y morboso, y a veces, por arrítmico y superficial; sin embargo, no carece de aciertos inventivos, ni musicales, ni de palpitación humana, así lo atestiguan esos dos hermosos poemas: “No pasa ningún vuelo”, que es todo un mallarmeano símbolo continuado de la creación y de la esterilidad; y “Al ver su aldea”, cálido, suelto, que “corre alegre, de pronto, como el vino”, que festeja el retorno del exiliado.

Aunque Pallais parece monocorde, encierra u ofrece inusitadas variaciones temáticas y afinaciones verbales. Originario de la banda menor del simbolismo: Jammes, Rodernbach, Guerin, Fort, etcétera, su vínculo no es únicamente literario, como puede creerse por Brujas la muerta de Rodernbach —ciudad desde donde Pallais dató idealmente su obra—, o por las *Baladas francesas* de Fort —modalidad que cultivó en sus últimos años—, sino principalmente, religioso. Su médula cris-

tiana es la misma de Jammes, su *alter ego*, y Pallais, con análogos pies y pasos contados de Jammes: el dístico alejandrino, anduvo evangélicamente alabando, elogiando la creación: Cristo, los hombres, los pintores, los caminos, el mar, las aves, las trinitarias, los árboles y los frutos, contra todo el mundo moderno, masónico, positivista, comercial, “materialista”.

Pero el más importante e interesante de estos descendientes del simbolismo es Cortés, por su producción y por su existencia trágica; se volvió loco a los treinta y cuatro años y ya para entonces había escrito la mayor parte de poemas que han calificado de geniales. Cuerdo aún escribió poemas delirantes, disparatados, expresión de verdaderos estados alterados de la conciencia. Loco escribió poemas desiguales. Procede de la primera línea del simbolismo, o sea, de los simbolistas mayores: Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont y primordialmente de Mallarmé. Él, Mallarmé mismo, llamado Mallarmé por sus coetáneos. Poseía los cinco sentidos extraviados a la perfección y la percepción de lo inaudito e intangible, concretando extraordinarias sinestesias. Un desarreglo cultivado, como de vidente.

La teosofía que enajenó a muchos de sus coetáneos, en él fue sugerencia enriquecedora, poética. Teosofía salvada en poesía. Está lleno de vocablos en mayúsculas: ortografía decorativa por parnasiana y significativa por simbolista. Con certidumbre visionaria, Cortés tira hacia el lado oculto de los seres y del ser, de las cosas y de Dios, el tiempo, el espacio, el vacío, de aquí y hasta aquí lo metafísico. Su universo simbólico es inconexo. Canto que siempre surge dentro de una atmósfera de oscuridad, misterio, hermetismo; pero esa oscuridad es siempre también solar o ardiente. Cada texto de Cortés es un enigma luminoso o un enunciado científico. Místico laico tanto porque enuncia el misterio como por su rarísima experiencia directa de Dios.



VIII

¿Quién que es no es romántico?

El componente romántico en el modernismo no era de orden temático ni estilístico —nada más lejano de él que las confesiones, los arrebatos o alaridos subjetivos y las licencias e impericias técnicas—, aunque era sí una especie de latido, de pulsación a la sordina, y a su vez, el indicio de la sobrevivencia del romanticismo en las letras continentales. ¿Quién siendo poeta y, más aún, modernista, no era romántico? El vocablo “romántico” llegó a ser y es vulgarmente sinónimo de poeta y/o poesía.

Y si alguna peculiaridad del romanticismo propiamente dicho se registra en nuestros modernistas, esa sería su búsqueda de una expresión nacional. Así que esta pulsación fue generalizada, generacional. Todos eran románticos. Alberto Ortiz, precoz, doliente y edíptico, hasta murió tísico. Pero fue Lino Argüello quien encarnó este romanticismo entre los nicaragüenses. En él concurren y discurren pesimismo a lo Heine y vitalidad metafísica a lo Nietzsche. O sea, Lino Argüello responde a algo que se parece a la tendencia íntima y sentimental que, dicho sea de paso, había corrido con suerte en el romanticismo español (Bécquer, Carolina Coronado y Rosalía de Castro), tan pobre que no puede compararse con el romanticismo alemán, inglés o italiano. Hasta su persona física era débil, enfermiza, digna de una tuberculosis, que no padeció. Huérfano, dipsómano, neurótico, mas sin escándalos ni descabellamientos. Su seudónimo fue *Lino de Luna*: con su nombre tejía una tela preciosa, delicada, como él, pero lunática, nocturnal o fantástica. Velo nupcial o mortuario. Sudario de su propia cruz. Pues bien, en Lino Argüello su romanticismo se agota en lo temático y sentimental o temperamental. No es el “único” y mucho menos será el “último” romántico, como ha dictaminado la crítica nicaragüense. Existen, amén de modernistas románticos, vanguardistas románticos como Luis Alberto Cabrales (1901-1974) y Manolo Cuadra, con amores imposibles, pasión por los ataúdes y la luna.

No hay que exagerar la anécdota ni limitar su obra, en la que coexisten o conviven abundantes ingredientes parnasianos y simbolistas. Cultivó el poema en prosa como forma elocutiva y genérica ambigua y abierta, es decir, como un signo de modernidad. Poema, poesía ya no sólo en verso, sino en prosa, ya no sólo lírica, sino que objetiva. Aún más, los dos poemarios de Lino Argüello revelan un mundo propio, interior y una coherencia en su universo simbólico que en verdad sorprenden. Es un poeta con constantes fáciles de identificar: noviembre, el cementerio, el ciprés, las góndolas suicidas, las vírgenes enfermas, lánguidas, y las amadas muertas o inexistentes, o sea, la muerte. Su corazón latía románticamente, pero su indumentaria era de corte y confección modernista. Guardando las debidas proporciones y distancias, este caso es similar a los casos de Julián del Casal y José Asunción Silva, románticos en el sentir y modernistas en el decir.

IX

El nacionalismo original... y provincial

Después de señalar estas concepciones, tan estéticas como éticas, tópicos, recursos formales, influencias y relaciones, “simpatías y diferencias”, con las que hemos pretendido comprobar la índole modernista de los poetas de Nicaragua, quizá se les descarte diciendo que modernismo y/o modernistas como éstos y muy superiores, los hubo con creces a lo largo y ancho del continente americano y sus islas. En cierta medida, es verdad. Pero existe algo en estos autores que los torna particularmente importantes para nosotros, en el contexto, o sea, dentro de las difusas fronteras de Centroamérica y de la cultura de su tiempo. Algo que impide desecharlos tan categóricamente y que amerita atención. Veamos qué es ese algo. A través de sus caretas y antifaces o de sus distintas fisonomías: melenas desmelenadas y mostachos soberbios, frentes esclarecidas y miradas insomnes, mejillas pálidas y corbatas de pajarita, cuellos duros y moños de

seda negra enmarcadas por guirnaldas, ninfas y aves de una tinta *art-nouveau*, bien podemos adivinar o develar un parecido común, rasgo, aire de familia y es que ellos son poetas “nicaragüenses”, nuestros, con algún acento gentilicio. Latinoamericanismo o nacionalismo poético. Americanismo o nacionalismo verbal y artístico, que constituye el valor positivo de muchos textos y su aporte a las directrices de la poesía nicaragüense.

Esto quiere decir que nuestros modernistas respondieron al viraje de la corriente que se operó después de 1905 con la aparición de *Cantos de Vida y Esperanza* (1905), de Darío; *Alma América* (1906), de José Santos Chocano, y *Odas seculares* (1910), de Leopoldo Lugones; viraje que significó el *retorno de los galeones* a redescubrir América y su humanidad. La lírica modernista se enrumba hacia las costas de la América indígena e hispánica. Recuperación americana —muy mundonovista— que ya se venía operando desde las “Palabras liminares” de *Prosas profanas* (1896):

*Si hay poesía en nuestra América, ella está en las cosas viejas:
en Palenke y Utatlán, en el indio legendario y el inca sensual
y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro.*

X

La intervención como sacrilegio

Un factor de orden sociopolítico subrayó este americanismo poético entre los nicaragüenses: la situación de una Nicaragua intervenida desde 1909 por el imperialismo norteamericano, que aseguraba así sus dominios en Centroamérica, pues acababa de ocurrir el caso de Panamá (1904), por el que Darío, convirtiendo su voz en “clamor continental”, disparó su oda al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Theodoro Roosevelt. Esta intervención frustró el desarrollo de una burguesía nacional y, por consiguiente, la modernización de Nicaragua, que se estaba

conformando al amparo de la Revolución Liberal de 1893, acaudillada por el general José Santos Zelaya. Los Estados Unidos desconocieron al general Zelaya (Nota Knox, 1909) y de este modo apoyaron a la oligarquía conservadora que derrocó a su sucesor el doctor José Madriz (Contrarrevolución de la Costa Atlántica, 1910); en cambio o pago de esta ayuda, los conservadores entregaron la nación; para ese entonces el pueblo solía llamarlos acusadoramente “vende patria”. En el mismo 1910 se firmaron los Pactos Dawson.

En 1912, después de la guerra de Mena, Nicaragua permanecía ocupada por los marinos y ellos administraban el banco (desnacionalizado), la línea férrea y las aduanas (garantía de los empréstitos), y en 1914, impusieron el afrentoso Tratado Chamorro-Bryan.⁽²⁶⁾ La ocupación militar (2,350 *marines* en 1912, más nuevos desembarcos) y la presión política y económica del Departamento de Estado y de Wall Street en las cuestiones y decisiones internas del país, lo convirtieron en un protectorado, provocando la reacción de la ciudadanía consciente, en especial el sector intelectual, que había sido partidario y colaborador de los regímenes de Zelaya (1893-1909) y Madriz (1910). La plana mayor de la inteligencia estuvo empeñada en el proyecto liberal; recordemos que el modernismo en América, como atinadamente indica Ángel Rama, es la respuesta artística al liberalismo.⁽²⁷⁾ La reacción, naturalmente, fue de protesta y repudio o rechazo de la “barbarie yanqui”, del “materialismo” de la civilización norteamericana, de las “bestias rubias”, de los “bárbaros del norte”, como la llamaron y los llamaban nuestros escritores.⁽²⁸⁾ Este enfrentamiento ideológico entre la latinidad

26 Véase “La crisis del período”, 246-253 pp., *op. cit.*, Óscar-René Vargas. Y capítulo V, 131-152 pp., *op. cit.*, José Luis Velázquez Pereira. Nota n.º 2.

27 Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo (circunstancia socioeconómica de un arte americano)*. Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970.

28 A manera de ilustración, véanse los poemas que Luis Alberto Cabrales recoge en su libro de ensayos *Política de Estados Unidos y poesía de Hispano América* (Managua, Publicaciones del Ministerio de Educación Pública, 1958); y estos párrafos que retratan

y el anglosajonismo, en Nicaragua fue algo más desgarrador y concreto: el imperio anglosajón contra una nación latinoamericana. Este sacrilegio de profanar la soberanía patria fue el gran trauma de la sociedad y de la intelectualidad nicaragüense en aquellos años.

XI

Una temática que desmiente el escapismo

El acento gentilicio de estos poetas y/o poesía, en el intrincado e impredecible proceso de creación, se lo impuso quizá, pues, la boga literaria: el anhelo de liberar una expresión americana; y se lo remarcó la situación sociopolítica del país. La moda se hizo vital necesidad, cobró como un sexto sentido entre los nicaragüenses. Al enaltecer lo americano nicaragüense o lo nicaragüense americano se respondía a la hora poética, a la vez que se replicaba a la intervención yanqui. Canto a y de nuestra identidad y defensa de ella misma. Es interesante acotar que en esa misma época, los músicos nicaragüenses, aunque componían valeses en cuyas venas discurría la “Sang Viennois” de Strauss, también comenzaron a indagar y a recuperar ya la música popular nicara-

la circunstancia del país, firmados, entre otros textos, por Santiago Argüello en ocasión del fallecimiento de Madriz en 1911: “La revolución había triunfado —dice—; la revolución urdida desde Washington por el bucanerismo bursátil, y en aquellos entonces, embozadamente imperialista. En la misma tierra de los lagos, paupérrima de población, habían muerto tres mil hombres. Había sido el luto, durante más de un año, el color de Nicaragua. Pero habían logrado sustituir a José Madriz por... ¡Juan Estrada! Pero habían conseguido reinstaurar la pena capital, prohibir la libertad de conciencia, poner las aulas sobre el regazo de la Iglesia, cerrar los horizontes, matar de hambre al famélico residuo del pueblo... Y, sobre todo, habían conquistado la gloria: ¡vender a su patria!... Y Madriz fue al destierro a pedir sepultura. / Y las aduanas fueron a manos extranjeras. / Y los bancos fueron a manos extranjeras. / Y los ferrocarriles fueron a manos extranjeras. / Y la pobre tierra en que nací sólo fue... ¡la ignominia!” (“In Memoriam” y Notas Preliminares sobre José Madriz, en *Poesías escogidas y Poesías Nuevas*. Guatemala, Tipografía Nacional, 1935).

güense, por ejemplo: Alejandro Vega Matus (1875-1937), recreó la “Mama Ramona” y escribió “El zanatillo”, “Mama chilindrán”, “Corazón indio”, villancicos, sones de toros, “cachos”, sones de pascua, etcétera.

Nuestros modernistas no siempre rebasaron las limitaciones y su americanismo tuvo que quedarse en localismo pintoresco; sin embargo, creemos que aún allí conmueven y que nosotros, lectores nicaragüenses, podemos encontrar cierto encanto, algo íntimo, mucho de lo nuestro. Es revelador que esta poesía no suele resolverse como un himno a la patria agredida, de tono épico mayor, epopeya nacional, sino que formula verbalmente la vivencia de la infancia. Es una Nicaragua lírica, personal. Poetas y/o poesía provinciana, si se quiere —”licor de aldea”, susurra Sáenz Morales— con algo de regionalismo, costumbrismo, criollismo o nativismo, superior al regionalismo y populismo de la poesía modernista chilena. O sea, poetas que produjeron nuestra poesía de primera instancia ya válida, que trasciende el mero valor utilitario, y que habrá que apreciarse, que verse, como humilde, modesta literatura de calor y color local. Y recuérdese que hubo un período, precisamente después del modernismo, que el “color local” significó la raíz de lo americano. Poesía menor, pero que a veces asciende a verdaderas cimas y amplía su radio de significación; pensamos en algunos momentos de Cortés, Pallais, Lino Argüello o Sáenz Morales. Para afianzar el criterio, sería saludable leer este párrafo del sabio y mágico Alfonso Reyes. Dice:

La topografía (...) no puede trazarse solamente con las excepciones y nombres. Desde Darío, desde Rodó, bajan empinadas laderas hasta los barrancos más intrincados. Y allá, en el fondo de una cañada, encontramos tal poeta o tal libro que, con ser humilde y hasta efímero, respondió a una necesidad vital innegable, tuvo su razón de ser y seguramente su utilidad.⁽²⁹⁾

29 Alfonso Reyes, “Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas”, en *Marginalia Primera Serie* (1946-1951). México, Tezontle, 1952, pp. 154-159.

Así que con la grata compañía de Reyes, descendamos a reconocer y evaluar a los modernistas nicaragüenses.

Los tópicos nicaragüenses-americanos estaban latentes, subyacentes en estos poetas y en el mismo Darío, desde mucho antes de 1905, 1909, 1911 y 1912, ⁽³⁰⁾ años en los que surgen e insurgen con las siguientes obras del maestro: “Allá lejos”, penúltimo poema de *Cantos de Vida y Esperanza* (1905) que, para Pablo Antonio Cuadra, es el acta de nacimiento de la poesía nicaragüense,⁽³¹⁾ *El viaje a Nicaragua*, cuyo *Intermezzo tropical* contiene: “Mediodía”, “Vesperal”, “Raza” y “Retorno”, cuatro piezas de motivos nicaragüenses; unos “Poemitas de verano”, en los que “apura todo el léxico de la flora doméstica en la frescura del poema en prosa”, y el “Tríptico de Nicaragua”, sonetos en los que “funde las esencias nativas y personales con el calor de las remembranzas apoyadas en la lengua”.

Enumeremos textos e identifiquemos temas en los otros poetas: en 1888, Mayorga Rivas pintaba “En la catedral” el contraste climatológico del trópico, el claroscuro, y un paisaje, las “Islas del Gran Lago”; entre 1888 y 1889 posiblemente, Darío ofrendaba su nombre y obra, honra y fama, a “Nicaragua”;⁽³²⁾ en 1890, Santiago Argüello metía las manos en el “horno de abril”; en 1906, Vanegas entonaba un himno a la heroica acción de San Jacinto, y en 1909, Alberto Ortiz desplegaba el código filosófico e indígena de los “Ensueños primitivos”. Así que, emulando a Darío, excitados por el momento literario y urgidos por las circunstancias sociopolíticas de su país, fácil les fue a los modernistas descubrir a Nicaragua como tema: el paisaje provinciano y campesino; las estaciones; el hombre mestizo con sus costumbres y su habla: el español nicaragüense; y la historia

30 Ernesto Mejía Sánchez, “El nicaragüense Rubén Darío”, en *Cuestiones Rubendarianas*. Madrid, *Revista de Occidente*, 1970, p. 20.

31 Pablo Antonio Cuadra, “Un nicaragüense llamado Rubén Darío”, en *El Nicaragüense*. Edición especial. Managua, Incusa-Librotheque, 1974, p. 105.

32 Véase a Jorge Eduardo Arellano, “Nicaragua en la poesía de Rubén Darío”, *La Prensa Literaria*, 14 de febrero, 1976.



patria y centroamericana. Y aunque la temática no implica mérito alguno de suyo, es posible que lo alcance en el proceso de la poesía nicaragüense, en particular, y del modernismo, en general, ya que significa la toma de conciencia de un ser y de un medio propio, de un entorno vivencial, que era lo que se deseaba, opuesto al tan llevado y traído escapismo o evasimismo enrostrado. Ellos nos enseñan a vernos, a reconocernos.

XII

La ciudad celeste, la provincia y el campo

La mayoría de los poetas pusieron los ojos en el paisaje pueblerino y rural. Todos casi se sentían atraídos y enamorados, rayando en la idealización, de las comarcas campesinas, semirurales, aldeanas, y, no sin afecto, sin sentimentalismo, rechazaban y ridiculizaban la provincia pretenciosa, su mundillo “municipal y espeso”. Sólo la provincia de Cortés: las tapias, los patios, las tejas, las plazas, las ventanas, el clarín nocturno y militar se alzan para construir una provincia mística, que es la que se nos “representa”. Más que provincia, la de Cortés es una ciudad: “León celeste”, como no la hay en la poesía del resto del continente.

Si el León de Cortés es celeste, el León de Vanegas es terrestre, terrenal, familiar. Un poder lírico que proviene de la evocación, hace que el puñado de poemas de Vanegas construya el ambiente solariego de las casas leonesas y reconstruya el paladar y el olfato infantil. Ambiente sereno, grato y sentidos despiertos. Se siente y se huele lo nicaragüense. En la casa de Vanegas, “con un jardín delante, / una mata de trigo florecida en el jardín, / una dulce mañana bajo un cielo radiante / y un pájaro en la mata, con pecho carmín”, podemos escuchar las proezas del general Francisco Morazán de labios del abuelo, podemos ver el viejo butaco forrado de cuero ennegrecido, y

hasta los fantasmas o los bultos que espantaban el sueño y la tranquilidad, podemos saborear en las alacenas las frutas tropicales, “olor, sabor, color en las frutas; para eso, las nuestras.

Olor penetrante, enloquecedor, que no sólo se apodera del olfato sino que despierta y humedece el paladar, pone erectas todas las fibras del tacto y entusiasmo y enciende toda la fantasía”: melón, guineo patriota, guineo de rosa, mango, marañón, naranja, sandía, guaba, nancite, jocote, anona, guanábana, mamey, caimito, piña. En sus ramajes los chichitotes se funden con los mangos y las frutas se metamorfosean en pájaros. Poemas líricos por evocadores los de Vanegas y por evocadores de lo leonés doméstico, poemas nicaragüenses. Entrañables. Sentidos. Patria y paladar, suelo y cielo, familia y país. Visión y expresión desde una infancia encantada.

Olivares cantó también con timbre encantado la Managua lacustre, lluviosa y pesquera (“Mañana sin sol”), pero al llegar a las ciudades centroamericanas, a esos “vecindarios, sabidos de memoria”, afloró su desencanto y dijo, con inusitado tono coloquial, de la “tristeza displicente de sus calles sin ruido”, de su “vida ilusoria”, de sus “tropicales tardanzas” y de sus luchas y frustraciones cívicas. Fue Montiel quien trató la provincia, específicamente, a sus personajes con ácido, o sea, con sarcasmo y humor. Su pluma filosa, ágil e hiperbólica —metros menores y rimas en serie, cansadas, a veces—, trazó o buriló caricaturas, un epigrama por hora o por día (“..hice un epigrama / y a dormir. Ya el nocturnal / son de las diez desparrama / el relojón parroquial”), y caprichos goyescos: la pareja en el atrio eclesiástico tirándose uno al otro como una locomotora a un vagón, de aquí que sus poemas rebocen de dimes y diretes; las viejas meretrices, el anciano barbisucia, el patrón gordo, falto de la más elemental urbanidad; los comerciantes y los ebrios, teñidos o manchados de autobiografía. Los tipos humanos de Montiel son las ventanas y con pesquisas, para contemplar, espiar y sorprender a la provincia: la soleada aridez, el crepúsculo vacío, los perros callejeros y caseros ladrando, la jauría de remordimientos, las

barriadas, las miserias éticas y económicas, los recovecos, la amargura, el malogro y el desencanto del autor.

Fueron Olivares y Sáenz Morales quienes abordaron el paisaje campesino con propiedad, o sea con acierto y constancia. Olivares habló preferentemente del campo y el verano (parece que el verano era su estación tutelar, porque un su libro primerizo se titularía *Abril*), logrando plasmar lúcidos ángulos y sensaciones. Allí quedan tres memorables poemas: “El arrullo”, “Bochorno de sol” y “Tierra seca”, no superados aún en algunas notas. En estos poemas el verano duro, seco, es símbolo de la intervención: “estación” americana. La tierra o la patria ocupada se ha entristecido y es vista melancólicamente por sus dueños, que ya no son sus dueños; por eso “marzo da sed y tristeza”; por eso, a través del agro “afligido de polvo y de sol”, cabalga la decepción del poeta. El verano es un estado del alma. Objetividad lírica, si la hay. Paisaje interior que es externo. Estos poemas hacen del verano una metáfora. Léanse estos tres dísticos de Olivares, plásticos y elegíacos:

*Cerros calcinados de marzo; vendrán
muchos años de mundo, y siempre han de estar
callando su enigma... Yo voy extranjero
en mi tren, de yanques marinos repleto,
ante la bandera que ahogó mi bandera.
Un baño de fuego atrista la cosecha.*

El paisaje de Sáenz Morales es más plural, se le multiplica, porque lo contempla desde diversas perspectivas y detalladamente: toma cada uno de sus elementos, cada accidente geográfico: “Los montes, verde y flor, los valles abrisados, / un río, una laguna, un volcán”, las veredas ardidadas por el verano, el platanar florido, la milpa, la plazoleta de la Veracruz de Masatepe, el naranjo bajo la lluvia, las sierras de Managua; los toma como quien escoge caricias que acaricia, que satura de amor. De aquí que su verso sea melodioso, sus adjetivos y epítetos, felices; es decir, de aquí que su expresión sea emocionada, entusiasmada, lírica, con un pícaro y maligno hálito carnal, que

se nos antoja el de un aprendiz de Baudelaire, estableciendo ignoradas correspondencias (“Sin rojo” y “En rojo”), “gentleman” tropical: sombrero de pita y traje de lino, que subrepticamente aguarda el instante de la galantería o de la seducción (“Y suponiendo” y “Lasciate...”).

Es un erótico y erotómano, que se regodea en su tierra y por los objetos y criaturas de su tierra. “Nunca habléis de belleza sin conocer mi tierra”, arenga a sus contemporáneos al final de un poema. Por esto se le ha llamado: “el primer poeta de la tierra nicaragüense”; “lo más propio que tiene Nicaragua. Lo que mejor habla y canta por ella”; “el poeta de las sierras y los lagos y las razas nicaragüenses”. Luis Alberto Cabrales, crítico sin concesiones, en un artículo revalorativo que se dispensó escribir sobre Sáenz Morales (gracias a su deuda con el modernismo y a su condición de poeta telúrico), supo entenderlo y sentar algunas prioridades y méritos.⁽³³⁾ Afirma:

Creo que Sáenz Morales fue el primero en lograr aciertos nativos. Como todo poeta fue influenciado por el fluir de las estaciones, la seca y la lluviosa. Sus poemas como <La brava quema>, fue un esfuerzo por lograr el acento poético de lo nuestro. Como todos los que venimos después de él, sufrió el influjo del tremendo verano y la felicidad indecible de las primeras lluvias. En sus descripciones veraneras tiene versos de gran expresividad:

Verano, alto verano, por qué sueñas tan fuerte.

En un sólo verso acierta a dar la sensación de aquel viento bochornoso que asola campos y ciudades en tiempos de los soles marceños. Sensación mejor dada que en cualquier poema ulterior.

El verano en Cortés es sensorial, se fragua al calor de nuestro marzo y abril; pero allá, en el “valle del alma”, provoca el desborde de los sentidos y aumenta el habitual y poético

33 *La Prensa Literaria* (Managua, 9 de noviembre de 1969).

desarreglo: “Bajo el veneno / del Sol, se precipita / esta maldita / raza de mis Pasiones / y de mis Sensaciones; / que van a saltos de cabra”.

El verano en Pallais, como en Olivares, también sube a categoría de imagen, pero como el mundo del poeta es medieval, esta imagen es la del Infierno: alegoría del pecado, las siete capitales del pecado, los siete pecados capitales. De aquí que el sol lo que padezca sea “rabia” por los caminos; de aquí que al verano y/o al sol se le compare con las bestias: “El lobo endemoniado”, el “furioso basilisco”, etcétera; de aquí que, en número cabalístico o bíblico, el calor de Nicaragua sea un “calor siete calores”.

Asimismo los modernistas experimentaron el influjo de los meses lluviosos, que llamamos invierno. Esta estación cambia al país. Temporada esperanzadora, para una población y un país agrícola, dinámica y contrastante: fango y limpieza, bochorno y frescor, alegría que suele rimar con melancolía, cielos nublados y calles “nuevecitas, / donde reza el aseo su plegaria bendita”. Y así como reverdece la faz de la tierra, así muda la voz y la fisonomía de los poetas. A esto se debe que Olivares, Sáenz Morales, Lino Argüello y Pallais, salten, brinquen como niños, prorrumpen con y en alegría a la entrada del invierno. La alegría es sentimiento de vida nueva. Mayo redime las penalidades de abril. Los pájaros pedían agua y cantaron a su llegada; las vísperas, la precipitación de las aguas desataron esa “felicidad” indecible que subraya Cabrales. Sáenz Morales como que intuye, avizora —en el naranjo de su ventana— los beneficios que le ocasionarán las lluvias:

*Naranjo que enmarcas mi ventana
y en cuya fronda el alba se atenúa:
¡Cómo te ha lavado esta mañana
el agua en flor de la primer garúa!*

Olivares, que ya en su “Mañana sin sol” había confesado la dicha de exponerse a “los vendavales”, o de “mirar un aguacero / a través de los cristales” y “las cotorras que van en coro / para

la sierra nublada”, imitó la tormenta con la rima y las *erres* vibrantes múltiples y esbozó en sus “Versos de mayo”, una escena doméstica, auscultando y presentando la excitación de la naturaleza ante la inminencia y la caída de los aguaceros tropicales:

*Imponiendo su grandeza
el retumbo celestial,
desparrama la promesa
de un futuro temporal.*

*El aguacero se tarda;
hay sofocación interna,
y el sapo, súbito, aguarda
como una piedra que piensa.*

Para Lino Argüello, los senderitos de mayo transpirando gozo y fecundidad, después de una noche de lluvias, se le hacen espejos en los cuales ve su rostro, y nosotros, lectores, su autorretrato:

*Senderitos que habéis amanecido
por las lluvias de anoche, esta mañana,
con el rostro de un niño que sonrío,
pero que antes lloraba.*

*Olorosos a menta, a tierra húmeda,
a leche, a albahaca...*

Es a Pallais a quien la lluvia le restituye su infancia y le crea un universo mágico, pleno de personajes míticos y leyendas. Nuevamente la estación metamorfoseada, fundida en metáfora: invierno igual a lámpara prodigiosa o cofre de sorpresas. Lluvia convertida en maestra, como en el poema “Mayo/Oratorio de los cuatro héroes” (1974), de Pablo Antonio Cuadra:

*Desde que era muy niño, saltaba de alegría
cuando la fresca lluvia de los cielos caía.*

*Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía
el divino silencio de la melancolía.*

*Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones...
con Alí Babá pasan los cuarenta ladrones.*

*Y cantaban mis sueños en la noche lluviosa:
¡Lámpara de Aladino, Lámpara milagrosa!*

XIII

El nicaragüense de los modernistas y su lengua

El hombre nicaragüense para estos poetas es sólo el campesino mestizo de la Costa del Pacífico y del centro: Chontales y Las Segovias; casi nunca el indio autóctono ni el negro del Caribe. Santiago Argüello todavía fue capaz de vislumbrar en “La procesión de san Benito”, al “indio ritual”, o sea, al sacerdote o brujo conquistado sirviendo en cultos de religiones extrañas. Vanegas desenterró a los héroes de la raza, a los caciques filósofos y bélicos: “Nicarao”, “Diriangén”, “Nequecheri” y “Tipitapa”. Los demás poetas se precipitan en lo pintoresco y en la idealización: el propio Vanegas, por ejemplo, galanteaba a “esa indita morena y ondulante”, por la misma que a Sáenz Morales le sucedían una serie de trastornos, esperables en un erotómano y lírico: florecía otra cuerda en su lira, divisaba “muy otro su destino” y hasta agonizaba. Únicamente Flores Z., sustentado en la vivienda de los barrios indígenas, exaltaba con un matiz realista la indocilidad, enumeraba las costumbres y sus modos de vida (“Monimbó”), describía el rancho o la choza arbórea y pajarera, y aludía con cierta ironía a la explotación a que es sometido el indio:

*Viven o se alimentan trabajando en los siembros
de algún amo que tiene margen para el favor.*

El español nicaragüense transita temerosamente, aunque en sus tres aspectos: fonético, morfosintáctico y lexicográfico.

Montiel utiliza en sus “Cantares del mal amor”,⁽³⁴⁾ los plurales de segunda persona, que como ya sabemos se originan del *voseo*, característico del español del sur de México, Centroamérica, Argentina, Uruguay, etcétera.

A modo de ejemplo, léanse estas tres coplas:

*Cantá si querés hablar
si querés andar bailá
que hablás lo que no sentís
y por mal camino andás.*

*Ayer estabas muy seria,
hoy estás de mal humor,
mañana me insultarás,
cada día vas peor.*

*Todos somos animales
en este mundo de Dios,
pero entre todas las fieras
la más fierita sos vos.*

Flores Z. dejó algunos textos, entre ellos, “La agüela”, donde usa palabras con una suerte de transcripción fonética: *Agüela*, *Ñetos* (nasalización de la N y contracción de la ie), *Albajaca* (aspiración de la H), etcétera. Pero el nivel del español nicaragüense más alcanzado fue el lexicográfico, que por lo regular es el más epidérmico y movedizo. Cuando nuestros modernistas empleaban estos vocablos, unos lo hacían con pudor, más bien, temor académico y los transcribían en cursivas o entrecomillados, como el mismo Darío, Santiago Argüello y Lino Argüello, en “Los poemitas de verano”, “La procesión de San Benito” y “En la montaña...”, respectivamente; y otros, más atrevidos, más dueños de su lengua quizá, como Mayorga Rivas, Vanegas, Pallais, Montiel, Sáenz Morales y Cortés, omitían la llamada de atención tipográfica, especie de licencia. Cabe hacer notar que el autor que se lanzó de lleno, sin escrúpulos y manejó el léxico fue Flores Z.,

34 Rafael Montiel, “Cantares del mal amor”, en *La Noticia*, 17 de enero, 1932.

tanto en sus publicaciones como en sus manuscritos y copias mecanográficas que hemos consultado en varias oportunidades, agregaba al final del poema el glosario, a la manera de las posteriores novelas costumbristas.⁽³⁵⁾

XIV

Crítica a la sociedad moderna

Regresando a la visión de la provincia, de lo pueblerino, que observaban nuestros modernistas, anotaremos que ella los vincula con los mexicanos Francisco González León y cierto Ramón López Velarde, y especialmente con el colombiano Luis Carlos López; o sea, los conecta con el prosaísmo sentimental, la ironía, el desencanto y el humor. Hasta el triste Lino de Luna posee a veces un inesperado sentido de humor y toques de picardía. Y en este punto coincide con Montiel y con otros coetáneos. Para Argüello la provincia es placidez, tristeza, paleta de melancolía; para Montiel es una “tierra con gusanos y polillas”, caricaturizable. Repito que Lino Argüello conservador, descendiente de la oligarquía y Montiel liberal, clase media, coinciden también en su visión y contradicción con la burguesía y el capitalismo.⁽³⁶⁾ Su misma bohemia, alcoholismo y miseria, son formas de rechazo y denuncia de una burguesía carente de ideales, mediocre, atrasada respecto al resto

35 He aquí parte de ese vocabulario: Agüisoterías-Almendro (*Caumarouna panamensis. Terminalia Coppa*) —Bebe - Chicha - Coyote - Calandracas - Cacaste - Carretanagua - Chichiltote - Chigüines - Chinampas - Corozo (*Acrocomis venifera*) Cautivos (Disfraz para niños en las fiestas religiosas, especialmente de la virgen de Mercedes y San Benito) —Guanacaste (*Enterolobium cyclocarpum*) —Genízaro (*Pithecolobium Saman*) —Huacal - Huavas - Gamicón - Guanábana - Pepenando - Pachanquitos - Masatepe - Monimbó - Mocepo - Ocote - Pocoyo - Dichosofuí (nombre onomatopéyico que se le da a un pájaro) —Nictio - Ojoche - Zapote - Tata - Tilinte - Tiste.

36 Este texto de Lino Argüello, como todos los otros que se citan a lo largo de la Introducción, se localiza en la recopilación del poeta leonés realizada por Franco Cerutti: *Lino Argüello: Obras en verso*. Managua, Colección Cultural Banco de América, 1976.

de Centroamérica y vulgar. El mundo estaba dividido para ellos; por un lado, hombres de arte, por el arte y para el arte, criaturas sensibles, desamparadas y perros flacos, hambrientos; putillas y locos callejeros; y por otro lado, caballeros, felices, ricos, gordos y damas lozanas, fragantes y elegantes. Ellos optaron por los marginados y se supieron marginales. Pallais vivió en una sostenida controversia con la iglesia y la sociedad. Quería un entierro de pobre. En 1908, Argüello se declaraba enfermo:

*Enfermos de una época
audaz, en que el banquero versifica,
ya os cantará la estrofa
sin metro, sin cadencia y sin rima!*

En 1917, Montiel era capaz de ver y señalar:

*La burguesía
se come al mundo anémico.
Y toca el clarinete la ironía,
luciendo ilustres gafas de académico.*

Y ese mismo año confesó:

*Luego baja el hocico y filosofa
¿habrá en la obesidad filantropía?
y así, como quien piensa alguna estrofa
muestra el aspecto de su hipocondría.
Mi vida de cuadrúpedo cobarde
no debiera ser —se dice él mismo—
y mientras se va el sol y se hace tarde
siente despertar un feroz bolcheviquismo.*

Nicaragua intervenida, sojuzgada, profanada en el sentido cívico de la sacralización, con la mayoría de su inteligencia en el exilio y el pueblo pasando la penuria de la postguerra, vivía en una atmósfera de depresión, de desencanto; era, para Montiel, “la tierra del no vivir”: “En mi pobre terruño sin paz y sin bonanza, / ¿cómo cantar los *Cantos de Vida y Esperanza* / pensando en el dilema de matarse o matar?”

Montiel, más acaso que Lino Argüello, lleno de elementos inaugurales, es quien estaba más próximo a la modernidad. Un modernista moderno no sólo por la configuración verbal de sus poemas sino también por su actitud crítica ante el modernismo y en las sociedades nicaragüense y norteamericana, en la cual le tocó insertarse por una temporada. Una vida en la provincia con una temporada en una de las capitales del capitalismo: *De Masaya a Masaya pasando por Nueva York* se llaman sus crónicas. Montiel no fue un modernista enclaustrado en su Torre de Marfil; por el contrario, fue un vagabundo abandonado en las barriadas, en los desolados parques municipales de su patria o en el Harlem. Experiencia y relación directa de la realidad. Combatiente de divisa liberal bajo las órdenes del general Benjamín Zeledón, resistió a las fuerzas norteamericanas en octubre de 1912 en Masaya; sus poemas son realistas, anecdóticos, descriptivos y desencantados. Montiel carece de princesas y de cisnes, sólo tiene perros y días de una “escualidez perruna”. El platónico adjetivo “divino”, en él únicamente lo provoca el placer carnal: “*un crujido de camas, / cansancio masculino, / quejido femenino / al son del grillo fino... / ¡Qué fino! ¡Qué divino!*”

Nicaragua era inhabitable, y las urbes, también:

*Hudson River, Brooklyn, the Bronx and Manhattan,
si guardan tesoros miserias desatan.*

Estos grandes centros están llenos igualmente de “gabanes raídos y descoloridos, / como las ausencias, como los olvidos; / sombreros ajados, tacones gastados”. Arellano dice que “Rafael Montiel [es] precursor del epigrama nacional”. Y en efecto, Montiel fue el único modernista nicaragüense y uno de los pocos hispanoamericanos que escribió epigramas, lo cual lo aísla de sus compañeros y lo hace dar pasos adelante y al frente de la poesía moderna. Escribió epigramas y autoepigramas; en el *Parnaso nicaragüense* seleccionan dos series: “Risas” y “De dos noches”. Conservando los tres elementos: la brevedad, la gracia y el aguijón, se burla, se ríe del amor y de sí mismo, desde el desamor y la pobreza.

El humor y la crítica son privativos de la poesía moderna y sus principales aliados. Y esto favoreció a los propósitos renovadores, porque los modernistas de Nicaragua, tal vez inconscientemente, se procuraron salidas a la modernidad. Es sintomático que entre los artistas plásticos nicaragüenses de esa época —Octavio Torrealba, “Tavín”, Aarón Ruiz, Roberto Rivas Velásquez y Peñalba— lo que proliferara fueran las caricaturas y no las ilustraciones simbolistas, ni las viñetas ni las portadas de libros o revistas a lo Aubrey Beardsley. Acaso los modernistas nicaragüenses resintieron el peso asfixiante de Darío. Acaso por tardíos percibieron las voces de los tiempos que se avecinaban. Acaso como modernistas aspiraron a ser tráfugas del modernismo.

La verdad es que en mayor o menor grado son modernistas que aparecen implicados en la rebelión de la modernidad. No es difícil encontrar el tópico o tema de las primas del postmodernismo en Lino Argüello y Sandino Hernández; primas que ya están en aquel cuento primigenio y autobiográfico de Darío, “Palomas blancas y garzas morenas”. Amor inocente y a su vez incestuoso. No es difícil hallar o reconocer humanizados los objetos, los muebles o las cosas en Lino Argüello (“Andas de caridad” y “Sonetos de la abuelita muerta”), verso libre, poemas en prosa, imágenes precisas y esquemáticas que se aproximan al Hai-Kai y que al mismo tiempo denotan nuestras costumbres. Leamos dos ejemplos de Santiago Argüello en “La procesión de San Benito”:

*Y aroma el corozo;
y ríe de gozo
de estreno el rebozo.
(...)*

*Y pasa un olor
de geranio y de reseda
y de cofre de alcanfor.
Mientras gime el pito
junto al tambor.*

No en vano la muchachada vanguardista reconoció como precursores suyos a Pallais y Cortés; simbolismo simplista, simbolismo que deriva en surrealismo. Breton también reclamó como suyo a Gustave Moreau. Quizá en esto y por esto —en hacerse vías a la modernidad— los modernistas de Nicaragua sean más modernistas y aún más, por esto y en esto radica quizá su mayor y mejor nicaraguanidad, ya que inauguran ese constante carácter de la poesía nicaragüense, que ha sido y que es ser “nueva”, siempre a la vanguardia.

XV

Punto final

Resumiendo cuentas, los poetas modernistas esbozaron poéticamente —lo que vale tanto como crear o inventar—, la geografía de Nicaragua y el rostro del hombre de Nicaragua. Nuestros modernistas crearon su Nicaragua como sublimación ante la destrucción del proyecto liberal de 1893 a 1909-1912, o sea, su sagrado estado nacional o estado-nación, ante la frustración social y la violación de la soberanía debido a la ocupación militar por Estados Unidos. El caso de Nicaragua, guardando las proporciones, es parecido al de la “Generación del 98” —Unamuno, Azorín, los Machado, Baroja—, que se inventaron en verso y prosa y hasta en las ideas, su España, su Castilla, con su Cid, sus Felipes y sus Quijotes, ante el desastre, o sea, ante hechos y enemigos similares: la derrota de España por los Estados Unidos.

“Moralmente inseguros, filósofos natos de la historia, hombres de extraordinaria sensibilidad, no sólidos pero con buena mirada que descubrieron problemas y campos, dispuestos a la aventura y a lo *oscurante*, construyeron, descubre Gutiérrez Girardot, el paisaje de Castilla, la España interior de Gavinet, la América de los indigenistas, la de Lugones, la de Manuel

Ugarte”. Mientras Darío salió al mundo para universalizarnos, ellos muy modestamente se recogieron, se acurrucaron en la matriz para construir en la filosofía de la historia una poética nicaragüense que era mucho más que su temática.

La poesía a veces realiza lo que se frustra en la historia; los poetas a veces crean lo que malogran sus propias sociedades. Los poetas modernistas de Nicaragua crearon la nación que no pudo fundar el liberalismo. Al desaparecer Nicaragua como república libre, soberana e independiente, sus poetas hicieron que la poesía fuera la patria libre, soberana e independiente de Nicaragua. He aquí su utopía: fundar el país de la poesía, del arte, de la belleza —”nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria, / nuestra tierra está hecha para la Humanidad”—, asimilando “el pensamiento y la literatura del siglo XIX, poniéndose en ocasiones a su altura, y hasta perfilando su especificidad. Los países de lengua española ya no deberían considerarse zonas marginales de la literatura mundial”. Gracias a que fueron fieles al acto creador y fieles a la historia, al momento que les tocó vivir, pudieron asentar las bases para una poesía nacional y por tanto, incorporarse a la poesía hispanoamericana.

Valores intrínsecos y extrínsecos, que no son de poca monta. Los modernistas son, nada menos, que los fundadores de la poesía y de la prosa, de la literatura nicaragüense y de su modernidad. Son el primer momento de la modernidad de nuestra literatura. Fundan la literatura moderna de Nicaragua. Son el punto de partida, de tal manera que su desarrollo y desembocadura natural, su proceso estético, formal y ético, sin solución de continuidad, sea la figura y la obra de Salomón de la Selva (1893-1959), el primer poeta moderno de Mesoamérica y el Caribe, o sea, un segundo momento, que arrancó con el modernismo.

Después, el Movimiento de Vanguardia (1925-1940) y la Posvanguardia, sus sucesores: la Generación de 1940 y la Promoción de 1950, constituirán un tercer momento de modernidad y de originalidad y la Neovanguardia, grupos, poetas indepen-

dientes y aportes, a partir de los sesenta, son un cuarto momento. Todos se han encargado de desarrollar y enriquecer la lírica y los otros géneros, consiguiendo, según José Coronel Urtecho, ese “único producto nicaragüense de indiscutible valor universal” que continúa siendo nuestra poesía y que completa el siglo XX: el siglo de la poesía en Nicaragua.

Román Mayorga Rivas

(León: ¿? junio o julio de 1862

San Salvador, El Salvador: 28 de diciembre de 1925)

Hijo de María Rivas y del licenciado Cleto Mayorga, versificador y político; nieto de Patricio Rivas, expresidente de Nicaragua y poeta ocasional; y hermano de José María, poeta también, quien cayó peleando en Tegucigalpa en 1894 —su muerte fue llorada por Martí, Darío e Ismael Enríquez Arciniegas—, cuando el general Zelaya depuso al dictador hondureño Domingo Vásquez. José Román Mayorga Rivas creció, pues, en el seno de una familia de políticos e intelectuales y, como era de esperarse, se inició literariamente desde muy temprano y obtuvo una excepcional cultura. Sabía varios idiomas: francés, inglés, italiano y portugués. A los 12 años, en 1873, ingresó al prestigioso colegio de los profesores Hildebrando Martí y Anselmo Valdés en El Salvador. En 1877 retornó a su patria y en 1878 viajó de nuevo a El Salvador, en calidad de secretario del doctor Tomás Ayón, quien buscaba datos y documentos para redactar su historia.

Tal oportunidad fue aprovechada por Mayorga Rivas para ingresar activa y brillantemente en la vida literaria salvadoreña: fundó el *Diario del Comercio* en compañía de Federico Proaño y Francisco Castañeda, se relacionó y hasta escribió con Francisco Gavidia —maestro de los alejandrinos franceses de Darío— el drama “Los misterios del hogar”, colaboró en *La Opinión Pública*, *El Pueblo*, *El Ciudadano* y *la Juventud*, y seleccionó y anotó la *Guirnalda salvadoreña*, antología en dos



tomos, que prologada por el propio historiador Tomás Ayón, se imprimió en El Salvador en 1884 y 1886. A fines de 1879 y comienzos de 1880 participa igualmente del movimiento intelectual de León, Nicaragua; frecuenta a los jesuitas —procuradores de Humanidades—, colabora en *El Ensayo* y el adolescente Rubén Darío le dedica “al dulce vate” Mayorga Rivas la oda titulada “Naturaleza”; este mismo año se halla dirigiendo en El Salvador otro periódico que ha fundado, *La Nación*. En 1882 vuelve a reunirse con Darío y en una velada patriótica en el mes de septiembre escriben en conjunto un poema. De 1884 a 1888 vive en su tierra natal: contrae matrimonio con una dama granadina y trabaja de redactor en *El Independiente* de Granada y en negocios personales en León.

En 1889 el gobierno de Evaristo Carazo lo nombra secretario de la delegación nicaragüense en Washington y este puesto le permite entablar —al parecer por cartas y artículos— una honda amistad con el gran polígrafo y libertador cubano José Martí. En 1895 funda el dinámico y moderno *Diario de El Salvador*. En 1906 es enviado dentro de la representación de esta república a la Conferencia Panamericana de Río de Janeiro, Brasil, en la que se reencuentra con Darío, que desempeña el mismo cargo, a nombre de Nicaragua. En 1909 regresó a su país de origen y en 1910, cuando la presidencia del doctor José Madriz, fue subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Mientras tanto sus piezas creativas aparecían en las siguientes revistas de Nicaragua: *La Patria*, *Azul* y *Los Domingos*. En atención a sus conocimientos y méritos la Real Academia Española de la Lengua y la Academia Salvadoreña lo contaron entre sus miembros honorarios.

En 1915 publicó su único libro de versos, *Viejo y nuevo*, donde recoge, además de sus poemas, las “Paráfrasis y versiones libres” de románticos, parnasianos y simbolistas, y de los poetas norteamericanos puestos de moda por Baudelaire: Edgar A. Poe y Longfellow; estas traducciones fomentaron los gustos literarios de la época y mucho antes de integrar la sección de su poemario

se difundieron en órganos como la *Revista Ilustrada de Nueva York*. Román Mayorga Rivas, supo repartir su existencia y labores de diplomático, político, traductor, antólogo, periodista, orador y poeta entre Nicaragua y El Salvador; así, pues, se le debe considerar uno de los principales promotores del modernismo y del periodismo moderno en Centroamérica.

BIBLIOGRAFÍA

Libro de poemas: *Viejo y nuevo*. San Salvador, *Diario de El Salvador*, 1915.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1921, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Editorial Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Poesía mariana nicaragüense (Antología)*. *Idem*. 1954; y *Antología de sonetos nicaragüenses*. *Ventana*, León, octubre-diciembre de 1963, año 4, n.º 19; y *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano.

Estudio sobre el autor: José Martí, *Obras completas*. La Habana, Editora Nacional, 1963, vol. 5.

En la Catedral

Son las tres de la tarde. En la vieja
catedral no se siente el bochorno
de este día de fuego. Está fresca
y callada y sombría. Hacia el Coro
se encaminan al rezo litúrgico
de vigilia, los viejos canónigos;
sus asientos ocupan, y al punto
rompe en roncadas salmodias el órgano.

Tiene un tono monótono el canto
de los místicos trémulos labios,
y se duermen en las ondas del aire
con bostezos de sueño y pereza,
mientras arde la vida, despierta
en el himno triunfal de la calle.

Cisne negro

En las dormidas aguas del estanque,
góndola de azabache, un cisne negro,
a la luz moribunda de la tarde
bogando va con sus callados remos.

Cuentan que un día, como flor del aire,
cayó una garza en el estanque terso,
que repelióla el cisne, y que, al instante
de un picotazo lo dejó ella ciego.

Voló, huyendo veloz, la nívica garza
y, aunque sin ver el cisne, victorioso
sintióse, único rey de sus dominios,
y así, desde que nace la mañana
hasta que muere el sol, los cruza solo,
negro como el dolor y pensativo.

Islas del Gran Lago

(Fragmento)

En el enorme lago —el mar de Nicaragua—
veloz con el buen viento navega una piragua
que hace más pequeñuela la inmensidad del agua.

El claro sol del día pone al aire radiante;
su luz cae en el lago cual lluvia de diamante
y se irisa y disuelve en la masa ondulante.

En el lindo horizonte de aquel hermoso día
la indígena piragua un ave parecía
que con vuelo anheloso a la playa venía.

El viento de las islas, que en la vasta llanura
del lago surgen mágicas, todas flor y verdura,
sopla sobre Granada su aliento de frescura.

Y en inmensas bandadas, aves multicolores
en torno a las islas, como del aire flores,
vibrar hacen la atmósfera con más brillo y rumores.

Entre unas y otras islas forma el agua canales,
donde al llegar el viento con sus alas triunfales,
las abate rendido en los mansos cristales.

En desmayo de sueño, sobre esa agua callada
de los isleños bordes cae la fruta dorada
del naranjo y del mango. La linda conturbada,
cual si le diera dolor y escalofrío,
en círculos se arruga, y exhala un murmullo
que se prolonga trémulo y sordo en el vacío.

De las islas en medio, con empuje galano,
las palmeras se yerguen; y de su fruto ufano,
tremola sus penachos el pródigo banano.

En la hermosa arboleda, fulge la pedrería
de los rayos del sol. En gran algarabía
aletean los pájaros entre el fulgor del día

y asustada se escapa una ardilla que muerde
en la fruta de un árbol, cuando llega una verde
bandada de pericos que en el árbol se pierde;

en tanto que del aire en las ondas serenas
como sarta de rosas, violetas y azucenas
vuelan las garzas blancas, rosadas y morenas.

Las islas, cual chinampas, no flotan en el vago
vaivén de la onda pérfida; sólo sienten su halago
y les sirve de espejo el claro azul del lago.

Las mariposas (*Théophile Gautier*)

Si a las mariposas contemplo que vuelan
en raudas bandadas, con rumbo hacia allá,
fugaz mariposa quisiera volverme
y, el ala agitando, los aires cruzar.

Entonces volara entre muchos jardines,
sin ver a las flores, por ir hacia ti;
y ¿sabes qué haría? —besara tus labios,
que son flor de mi alma, muriéndome allí!

(1889)

Las palomas (*Théophile Gautier*)

¿Ves? En el valle una palmera altiva
alza a los cielos sus frondosas ramas,
a do en busca de albergue se dirigen
blancas palomas con ligeras alas.

Aletean gozosas y allí duermen;
pero cuando despunta la mañana,
aletean de nuevo, y por el aire
como sarta de perlas se desgranán.

Vuelan al horizonte con presura,

semejando, a lo lejos, nube blanca
que se pierde bien pronto y sólo deja
triste y vago recuerdo dentro el alma.

¡Pues bien! Cual la palmera de aquel valle
así es mi corazón... Visiones blancas
en él buscan albergue por la noche,
pero huyen ¡ay! al resplandor del alba.

Yo las siento volar en loco enjambre
y me estremece el ruido de sus alas;
me quedo solo, y al pensar en ellas
pienso en tu amor y vierto acerbas lágrimas.

(1890)

Nacimiento de Afrodita

(José-María Heredia)

Profundo aún el caos, con sus densas tinieblas
del tiempo y del espacio velaba la carrera,
cuando Titea dióles a sus titanes hijos
placentera la leche de sus senos divinos.

Los titanes cayeron, y en sus aguas dormidas
los sepultó el Estigia... Primavera no había
hecho fulgir a Febo, ni con su savia Estío
madurar las cosechas de los dorados trigos.

Los inmortales dioses en el Olimpo sacro,
moraban, grave el seño, del bien y el mal ignaros;
y de pronto los cielos de rocío una lluvia

lanzaron sobre el mar... Se alumbraron las sombras,
y de sangre de Urano, en la espuma de la onda
nació Afrodita grácil, inmortal y desnuda!

El bandolín sonoro

(*Paul Verlaine*)

Los trovadores nocturnos
y las bellas que los oyen,
cabe el florido ramaje
cambian palabras de amores.

Allí Tirsis y allí Aminta,
allí el eterno Clitandro,
y allí Danis, el que a tantas
ingratas cantó sus cantos.

Las cortas vestes de seda
y las faldas de amplia cola,
la elegancia y la alegría,
las raudas y azules sombras,
pasan danzando en el éxtasis
de una luna rosa y gris,
mientras en la brisa ríe
el sonoro bandolín.

De las romanzas sin palabras

(*Paul Verlaine*)

I

Llanto cae en mi corazón
y cae lluvia en la ciudad...
¿Qué lánguida vaguedad
penetra en mi corazón?

Oh dulce rumor de lluvia
en la tierra y en los techos!
Para los hastiados pechos,
Oh la canción de la lluvia!

Llorando está sin razón
mi corazón acongojado...
Si nadie lo ha traicionado,
este duelo es sin razón.

En verdad, es grande pena
no saber si por amor
o por profundo rencor,
mi corazón siente pena.

II

La sombra de los árboles
como humor se disipa
en el brumoso río;
mientras tanto, allá arriba
entre las verdes hojas
se querellan las tórtolas.
¡Cuántas veces, viandante,
ese paisaje pálido
palidecer te ha visto,
y lloraban en lo alto,
tristes entre las ramas,
todas tus esperanzas!...

Estrellas fijas

(*Edgar Allan Poe*)

Plenilunio...

Era en junio,
y la noche parecía
casi clara como el día;
y era tibia y olorosa,
y era diáfana y tranquila y silenciosa.
De los cielos,
descendían sobre el parque solitario,
argentados,
opalinos, áureos velos,
que diríase impregnados
de humo blanco de incensario
que, recóndito en el éter soberano,
columpiáse reverente la invisible sacra mano

de algún ángel... Ningún ruido
 la infinita calma aquella
 perturbaba;
 —una calma suave y tierna, grave y bella,
 de una extraña melodía sin sonido;—
 y el ambiente
 se embriagaba blandamente,
 en un sueño
 de delicias amorosas,
 suturado del beleño
 que las rosas
 en el parque exhalaban voluptuosas...
 Tú, de pronto, apareciste coronada
 por los rayos de la luna,
 y vestida de blancura toda, toda,
 cual si fuera en la noche de tu boda.
 Luz perlada,
 como una
 lluvia diáfana caía
 de ti en torno, y en las rosas se prendía,
 y aleteaba como un alma
 de la atmósfera en la calma,
 cual si esa alma diluyera con encanto
 en el éter sus suspiros y su llanto.

Toda hermosa, toda blanca
 —visión bella como nunca se forjaron los poetas—
 te sentaste en una banca
 que emergía sobre un fondo de jazmines y violetas.

En tus trenzas caudalosas
 se enredaban los fulgores
 de la luna, y plateaban a las rosas.
 Y mis ojos fijos, fijos, contemplaban hondamente
 tu figura, tu romántica figura,
 la soñada
 por mi mente,
 la adorada
 por esta alma que está enferma y sin ventura!
 Te miraba... y en oír ponía empeño;

de tus ojos, en que arde,
 toda entera, palpitante y viva tu alma!
 (¡Oh cuán pura, cuán brillante
 y extrahumana
 tu mirada en las tinieblas! Se diría
 ser de Diana
 un destello que anda huérfano, un destello que va errante,
 o que alumbra ya a la noche el fulgor del nuevo día!)
 Todo calla, todo muere! Tú y yo sólo de la vida
 somos signo, en el profundo
 gran silencio y en el sueño
 de los cielos y del mundo.
 Tú y yo solo ¡quién creyera que tú, unida
 a mi suerte, te encontraras sin que sea yo tu dueño!
 ¡Ah, tus ojos que me miran
 de fijeza y de dulzura dos portentos,
 que parece que me llaman,
 que me aman,
 que me inspiran
 misteriosos pensamientos,
 destacándose en la sombra sus miradas
 delatorias de esperanzas ignoradas
 y de sueños amorosos de una trunca,
 dulce historia que no ha sido, ni será jamás ni nunca!...
 Vaporosa
 como nube, y toda blanca;
 luminosa
 en la noche, ya te alejas
 y en la banca
 de jazmines y violetas como un lampo de luz dejas;
 y caminas por la senda solitaria,
 cual fantasma funerario...
 Pero siempre tu mirada escrutadora
 en el aire tenebroso se dilata
 con su clara luz de luna, ópalo y plata,
 y al espacio y a la sombra los devora.
 ¡Ah, tus ojos!... me contemplan hondamente
 y penetran en la tumba de mi duelo,
 do reviven esperanzas ya difuntas!



Solitario con mi alma, pos oscura
 senda poblada de cipreses iba...
 Iba con mi alma misteriosa y pura,
 con Psiquis amorosa y pensativa.
 Para mi corazón, de amor vehemente,
 era la edad volcánica, y su llama
 como la del Yanék que en lava ardiente
 en la noche del polo se derrama.
 Nos dijimos los dos frases muy suaves,
 que fueron silenciosa confidencia,
 cosas íntimas, tiernas, tristes, graves
 que dejan honda huella en la existencia...
 ¡Y fue en el triste octubre, entre la oscura

 noche, y en la región del tenebroso
 lago, y del bosque lleno de pavura,
 igual que mi destino doloroso!...

•

La noche entoldó el cielo con su sombra;
 pero, de pronto, en la avenida oscura
 tendieron las estrellas una alfombra
 tejida de hilos de una luz muy pura.
 Tras fantástica nube diamantina,
 que fulguró en el éter cual ninguna,
 surgió Astarté, la pálida y divina,
 la virgen del amor, la blanca luna!
 —Y la dije a mi alma: Diana es esa
 de los bosques del cielo; cazadora
 de las almas, con su arco de turquesa
 irá de caza hasta nacer la aurora!
 Ardiente y dulce, en armoniosos giros,
 la luna boga, blanca y misteriosa,
 en un éter de lánguidos suspiros,
 con lágrimas de amor su faz radiosa.
 Y su llanto cae donde no muere
 la vida nunca; y en su raudo vuelo
 en busca nuestra viene, porque quiere,
 aun a despecho del león del cielo,
 cuyas estrellas rauda en su camino
 dejó vencidas, —darnos la ventura

de ver en ella un celestial destino
 y la paz de Leteo y su dulzura.
 Y al fin la dije a mi alma: la mirada
 de la pálida luna no me ofusca;
 de amor es mensajera; enamorada
 ¡ve con qué suave resplandor nos busca!

•

Pero Psiquis, los ojos en lo alto,
 me replicó, temblando: “De la luna
 la palidez me infunde sobresalto
 y su tétrico imperio me importuna.
 Abandonemos este sitio! surge
 que pronto huyamos; el temor me pasma,
 porque yo siento que a mi lado surge
 algo fúnebre y triste cual fantasma”.
 Y se cubrió la faz Psiquis doliente
 con las alas en lánguido desmayo,
 y eclipsaron sus plumas en su frente
 de la pálida luna el fugaz rayo...
 Sollozadora, desolada y mustia,
 la vi, abatidas sus celestes galas,
 reconcentrarse en sí llena de angustia
 y como rotas sus virgíneas alas.
 —Es vano el hondo miedo que te aflige;
 mira esa luz purísima, desciende
 como una bendición, —dulce la dije—
 y es fuego celestial el que la enciende.
 De esa luz los fulgores diamantinos
 que nos bañen; alumbra su pureza
 los encantados célicos caminos
 del amor, la esperanza y la belleza.
 Caigan sobre nosotros sus halagos,
 que augurios son de dones inmortales;
 esa luz, cual la estrella de los Magos,
 simboliza designios celestiales.
 No temamos seguir sus resplandores
 a través de la bóveda estrellada,
 porque nos llevarán, como entre flores,
 al término triunfal de la jornada.

Y a Psiquis mis palabras y mis besos
 la infundieron quietud y fe de sobra,
 y en medio de sueños y embelesos
 la ruta proseguimos sin zozobra.
 No quedaría mi ilusión ya trunca!
 Fuimos en pos del mágico miraje,
 y llegamos al fin... ¡No hubiera nunca
 jamás, llegado el término del viaje...
 En el confín de la avenida oscura,
 que un toldo espeso de cipreses cubre,
 la losa de una negra sepultura
 detuvo nuestro paso!... ¡Y fue en octubre,
 en la noche del mes de las angustias,
 que surgió ante nosotros, de repente,
 la tumba aquella, entre las hojas mustias,
 al fulgor tenue de una luz doliente!...
 —Psiquis, oh hermana, mira! En esa losa
 hay un nombre grabado, y me consume
 el ansia de leerlo...

—¡Aquí reposa
 para siempre tu pálida Ulalume...
 Mi corazón quedó triste y nublado
 como el cielo otoñal; hondas congojas
 cayeron en tropel sobre el cuitado,
 como en octubre gris las secas hojas.
 Y díjeme: ¡fue la noche amarga
 del mes infausto, en que el destino impió
 a estos sitios me trajo con la carga
 de mi dolor y el infortunio mío!
 Reconozco el lugar... Entre la niebla
 estanca el lago Aubér sus muertas ondas,
 y una legión de espectros ronda y puebla
 del bosque Wéir las pavorosas frondas...

(¿1889?)

La flecha y el canto

(Henry Wadsworth Longfellow)

Una flecha arrojé del arco de oro,
la vi un punto brillar, y se perdió;
me fue imposible perseguir su vuelo,
pues el espacio rápida cruzó.

Luego a los aires arrojé mi canto
al sencillo compás de mi laúd;
pero no pude perseguir su vuelo,
porque perdióse en el confín azul.

Muchos años después, la flecha de oro
intacta en una encina la encontré;
y la canción perdida de mi alma
en tu amoroso corazón la hallé!

Idilio

(Henry Wadsworth Longfellow)

Vamos, amada, por entre los trigales!
Ya soplan las brisas
del mes del amor;

y suenan muy suaves entre los rosales,
besando sus rosas
con dulce pasión.

Corramos en busca de cosas aladas,
tras las mariposas
que vuelan allí;

cabe los pinares de ramas mojadas
por lluvia temprana,
brillante y sutil.

Oirás en el bosque las cosas que expresan
la fuente y el ave,
el viento y la luz...

Veré, mientras tanto mis labios te besan,
copiada en tus ojos
la bóveda azul...

No tiembles, amada! Te ofrezco mi auxilio;
reclina en mi pecho
tu pálida sien...

Tus flores de virgen, en medio el idilio,
su aroma despiden,
cayendo a mis pies...

Rubén Darío

(Metapa, hoy Ciudad Darío: 18 de enero de 1867

— León: 6 de febrero de 1916)

El sólo nombre de Rubén Darío explica el florecimiento actual de la literatura hispanoamericana, y que el español se cuenta aún entre las lenguas vivas. Sólo él le devuelve al español el oro de su siglo de Cervantes, Lope de Vega, Góngora y Quevedo. Fundador de las letras nacionales, Centroamérica conquista en él y por él su universalidad. Cabeza visible, capitán de la insurgencia literaria que en el continente se ha llamado modernismo. *Gentleman* e hidalgo. Cosmopolita y siempre nicaragüense; diplomático de su patria en 1892, 1903, 1906, 1907 y 1910, y de otros países, tales como Colombia y Argentina. Traductor, conferencista en el Ateneo de Madrid y en la Universidad de Columbia. Periodista: fundó, dirigió y colaboró en revistas y diarios de su Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Chile, Costa Rica, Argentina, España, Francia, etcétera, tales como *El Termómetro*, *El Ensayo*, *El Ferrocarril*, *El Diario Nicaragüense*, *La Juventud*, *La Unión*, *La Prensa Libre*, *Diario de Centroamérica* y *El Correo de la Tarde*, *El Herald*, *Diario del Comercio*, *Revista de Costa Rica*, *El Mercurio*, *La Época*, *Revista de Artes y Letras*, *La Nación*, *La Tribuna*, *El Tiempo*, *La Vida Literaria*, *La Ilustración Española*, *Mundial Magazine* y *Elegancias*.

Y amén de todo esto, y sobre todo, poeta, el más alto lírico de los últimos siglos de la lengua española. Su producción en verso y prosa está recogida en los siguientes libros: *Epístolas y poemas* (1885), *Abrojos*, *Emelina* (novela) y *Rimas* (1887),



Azul... (1888), *A. de Gilbert* (1890), *Los raros* (1896), *Prosas profanas y otros poemas* (1896), *Peregrinaciones y España contemporánea* (1901), *La caravana pasa* (1902), *Tierras solares* (1904), *Cantos de Vida y Esperanza, Los cisnes y otros poemas* (1905), *Oda a Mitre y Opiniones* (1906), *Parisiana* (1907), *Alfonso XIII y El viaje a Nicaragua e Intermezzo tropical* (1909), *Poemas del otoño y otros poemas* (1910), *Letras* (1911), *Todo al vuelo* (1912), *Canto a la Argentina y otros poemas* (1914) y *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915).

Primogénito del mal avenido matrimonio de Manuel García y Rosa Sarmiento, nació en un pueblo del centro de Nicaragua, San Pedro de Metapa, y no en León, domicilio de sus mayores. Bautizado el 3 de marzo del mismo año de su nacimiento, 1867, su nombre literario será la fusión de su segundo nombre legal —Félix Rubén— y el apellido Darío, que procede de la tradición de llamar a los miembros de la familia con el nombre de su jefe; en este caso, los Darío, por Darío Mayorga. Hacia 1869, después de la separación de Manuel García, Rosa Sarmiento se fugó, con su hijo y un nuevo cónyuge, de la casa de su tía y madre adoptiva Bernarda Sarmiento, quien había concertado las primeras bodas. Radicaron en San Marcos de Colón, aldea hondureña, pero meses más tarde, el coronel Félix Ramírez, esposo de Bernarda Sarmiento y padrino del niño, lo va a traer y lo lleva a León; desde entonces el pequeño pertenecerá al hogar Ramírez Sarmiento.

Esta casa reunía a políticos e intelectuales de la época; sus tertulias eran muy afamadas. Así, pues, la niñez de Darío transcurre en León, ciudad llena de iglesias y conventos, casas de adobe y tejas de barro, calles empedradas por las que corren leyendas y consejas de “aparecidos”: caballos desbocados y sacerdotes sin cabeza; ambiente propio para inculcar en su ánimo terror y religiosidad. Según el mismo Darío y sus biógrafos, para subrayar la precocidad, ya a los 3 años sabía leer. Posiblemente, entre 1873 y 1879, descubrió y leyó en un arcón de sus tíos abuelos el *Quijote*, la *Biblia*, Cicerón, Moratín y Mme. Stael. Ya para 1880 era conocido como poeta, firmaba

con sus anagramas: *Bernardo I. U.* y *Bruno Erdía*, y al año siguiente, 1881, tenía organizada su primera obra, y en diciembre viajó a Managua, en busca de ayuda oficial. En los meses iniciales de 1882, el gobierno de Nicaragua asumió los gastos de su instrucción. Darío no acepta la protección estatal y en agosto sus amigos lo embarcan hacia El Salvador. En 1884 desempeña un puesto en la secretaría privada de la presidencia de Nicaragua y en la Biblioteca Nacional donde lee vorazmente a los franceses, españoles e ingleses.

En junio de 1886 parte a Chile y así, luego del viaje aquel a El Salvador, empiezan sus itinerarios por el norte y sur de América, sus navegaciones y regresos de América a Europa y de Europa a América. En medio de todo esto, contrajo matrimonio dos veces, una en 1890, con Rafaela Contreras, con la que procreó un hijo, y la otra, con Rosario Murillo; pero una aproximación de hogar únicamente la logró con su amante española Francisca Sánchez del Pozo, con quien tuvo tres hijos, dos murieron muy niños y otro, Rubén Darío Sánchez, fue su heredero universal. En 1914, en compañía de Alejandro Bermúdez, Darío abandonó España para emprender una gira pro paz a través del continente. En noviembre llegaron a Nueva York, y en 1915, ya solo, pasó a Guatemala y de allí a Nicaragua. Después de que unos médicos amigos lo intervinieron quirúrgicamente, y que el obispo le aplicó la extremaunción, Rubén Darío falleció a las 10 y 15 de la noche del 6 de febrero de 1916. La Universidad, el Estado y la Iglesia le tributaron una serie de homenajes que concluyeron con su entierro al pie de la estatua de San Pablo en la Catedral de León.

Todos los poetas de España y América: Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Amado Nervo, Rafael Heliodoro Valle, etcétera, y todos los críticos lloraron su muerte con poemas, artículos y discursos elogiosos que reconocen y exaltan su genio y su calidad de clásico de la lengua española. Su bibliografía activa y pasiva que fue abundante en vida, hoy no cesa de crecer, razón por la cual prescindimos de ella en esta nota.

Venus

En la tranquila noche mis nostalgias amargas sufría.
En busca de quietud bajé al fresco y callado jardín.
En el obscuro cielo Venus bella temblando lucía,
como incrustado en ébano un dorado y divino jazmín.

A mi alma enamorada, una reina oriental parecía,
que esperaba a su amante bajo el techo de su camarín,
o que, llevada en hombros, la profunda extensión recorría,
triunfante y luminosa, recostada sobre un palanquín.

“¡Oh, reina rubia!, —díjeme—, mi alma quiere dejar su crisálida
y volar hacia ti, y tus labios de fuego besar;
y flotar en el nimbo que derrama en tu frente luz pálida,

y en siderales éxtasis no dejarte un momento de amar”.
El aire de la noche refrescaba la atmósfera cálida.
Venus, desde el abismo, me miraba con triste mirar.

[1889]

Heraldos

¡Helena!
La anuncia el blancor de un cisne.
¡Makheda!
La anuncia un pavo real.
¡Ifigenia, Electra, Catalina!
Anúncialas un caballero con un hacha.
¡Ruth, Lía, Enone!
Anúncialas un paje con un lirio.
¡Yolanda!
Anúnciala una paloma.
¡Clorinda, Carolina!
Anúncialas un paje con una rama de viña.
¡Sylvia!
Anúnciala una corza blanca.
¡Aurora, Isabel!
Anúncialas de pronto

un resplandor que ciega mis ojos.
 ¿Ella?
 (No la anuncian. No llega aún).

[Diciembre de 1896]

Verlaine

A Ángel Estrada, poeta

RESPONSO

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
 que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
 diste tu acento encantador;
 ¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
 hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste,
 ¡al son del sistro y del tambor!

Que tu sepulcro cubra de flores Primavera,
 que se humedezca el áspero hocico de la fiera
 de amor si pasa por allí;
 que el fúnebre recinto visite Pan bicorne;
 que de sangrientas rosas el fresco abril te adorne
 y de claveles de rubí.

Que si posarse quiere sobre la tumba el cuervo,
 ahuyenten la negrura del pájaro protervo
 el dulce canto de cristal
 que Filomela vierta sobre tus tristes huesos,
 o la armonía dulce de risas y de besos
 de culto oculto y florestal.

Que púberes canéforas te ofrenden el acanto;
 que sobre tu sepulcro no se derrame el llanto,
 sino rocío, vino, miel;
 que el pámpano allí brote, las flores de Citeres,
 y que se escuchen vagos suspiros de mujeres
 ¡bajo un simbólico laurel!

Que si un pastor su pífano bajo el frescor del haya,
 en amorosos días, como en Virgilio, ensaya,

tu nombre ponga en la canción;
y que la virgen náyade, cuando ese nombre escuche
con ansias y temores entre las linfas luce,
llena de miedo y de pasión.

De noche, en la montaña, en la negra montaña
de las Visiones, pase gigante sombra extraña,
sombra de un Sátiro espectral;
que ella al centauro adusto con su grandeza asuste;
de una extra-humana flauta la melodía ajuste
a la armonía sideral.

Y huya el tropel equino por la montaña vasta;
tu rostro de ultratumba bañe la luna casta
de compasiva y blanca luz;
y el Sátiro contemple sobre un lejano monte,
una cruz que se eleve cubriendo el horizonte,
¡y un resplandor sobre la cruz!

[1896]

La espiga

Mira el signo sutil que los dedos del viento
hacen al agitar el tallo que se inclina
y se alza en una rítmica virtud de movimiento.
Con el áureo pincel de la flor de la harina
trazan sobre la tela azul del firmamento
el misterio inmortal de la tierra divina
y el alma de las cosas que da su sacramento
en una interminable frescura matutina.

Pues en la paz del campo la faz de Dios asoma.
De las floridas urnas místico incienso aroma
el vasto altar en donde triunfa la azul sonrisa.

Aún verde está y cubierto de flores el madero,
bajo sus ramas llenas de amor paca el cordero
y en la espiga de oro y luz duerme la misa.

[1899]

La fuente

Joven, te ofrezco el don de esta copa de plata
para que un día puedas calmar la sed ardiente,
la sed que con su fuego más que la muerte mata.
Mas debes abrevarte tan sólo en una fuente.

Otra agua que la suya tendrá que serte ingrata;
busca su oculto origen en la gruta viviente
donde la interna música de su cristal desata,
junto al árbol que llora y la roca que siente.

Guíete el misterioso eco de su murmullo;
asciende por los riscos ásperos del orgullo,
baja por la constancia y desciende al abismo

cuya entrada sombría guardan siete panteras;
son los Siete Pecados, las siete bestias fieras.
Llena la copa y bebe: la fuente está en ti mismo.

[1899]

Ama tu ritmo

Ama tu ritmo y ritma tus acciones
bajo su ley, así como tus versos;
eres un universo de universos
y tu alma una fuente de canciones.

La celeste unidad que presupones
hará brotar en ti mundos diversos,
y al resonar tus números dispersos
pitagoriza en tus constelaciones.

Escucha la retórica divina
del pájaro del aire y la nocturna
irradiación geométrica adivina;

mata la indiferencia taciturna
y engarza perla y perla cristalina
en donde la verdad vuelca su urna.

[1899]

A los poetas risueños

Anacreonte, padre de la sana alegría;
Ovidio, sacerdote de la ciencia amorosa;
Quevedo, en cuyo cáliz licor jovial rebosa;
Banville, insigne orfeo de la sacra Harmonía,

y con vosotros toda la grey hija del día,
a quien habla el amante corazón de la rosa,
abejas que fabrican sobre la humana prosa
en sus Himetos mágicos mieles de poesía:

Prefiero vuestra risa sonora, vuestra musa
risueña, vuestros versos perfumados de vino,
a los versos de sombra y a la canción confusa

que opone el numen bárbaro al resplandor latino;
y ante la fiera máscara de la fatal Medusa,
medrosa huye mi alondra de canto cristalino.

[1899]

La anciana

Pues la anciana me dijo: “Mira esta rosa seca
que encantó el aparato de su estación un día:
el tiempo que los muros altísimos derrueca
no privará este libro de su sabiduría.

En esos secos pétalos hay más filosofía
que la que darte pueda tu sabia biblioteca;
ella en mis labios pone la mágica armonía
con que en mi torno encarno los sueños de mi rueca”.

“Sois un hada”, le dije. “Soy un hada —me dijo—
y de la primavera celebro el regocijo
dándoles vida y vuelo a estas hojas de rosa”.

Y transformóse en una princesa perfumada,
y en el aire sutil, de los dedos del hada
voló la rosa seca como una mariposa.

[1899]

Alma mía

Alma mía, perdura en tu idea divina;
 todo está bajo el signo de un destino supremo;
 sigue en tu rumbo, sigue hasta el ocaso extremo
 por el camino que hacia la Esfinge te encamina.

Corta la flor al paso, deja la dura espina;
 en el río de oro lleva a compás el remo;
 saluda el rudo arado del rudo Triptolemo,
 y sigue como un dios que sus sueños destina...

Y sigue como un dios que la dicha estimula,
 y mientras la retórica del pájaro te adula
 y los astros del cielo te acompañan, y los

ramos de la Esperanza surgen primaverales,
 atraviesa impertérrita por el bosque de males
 sin temer las serpientes, y sigue, como un dios...

[1900]

Marina

Como al fletar mi barca con destino a Citeres
 saludara a las olas, contestaron las olas
 con un saludo alegre de voces de mujeres.
 Y los faros celestes prendían sus farolas,
 mientras temblaba el suave crepúsculo violeta.
 “Adiós —dije—, países que me fuisteis esquivos;
 adiós, peñascos enemigos del poeta;
 adiós; costas en donde se secaron las viñas,
 y cayeron los Términos en los bosques de olivos.
 Parto para una tierra de rosas y de niñas,
 para una isla melodiosa
 donde más de una musa me ofrecerá una rosa”.
 Mi barca era la misma que condujo a Gautier
 y que Verlaine un día para Chipre fletó,
 y provenía de
 el divino astillero del divino Watteau.

Y era un celeste mar de ensueño,
 y la luna empezaba en su rueda de oro
 a hilar los mil hilos de su manto sedero.
 Saludaba mi paso de las brisas el coro
 y a dos carrillos daba redondez a las velas.
 En mi alma cantaban celestes Filomelas,
 cuando oí que en la plaza sonaba como un grito.
 Volví la vista y vi que era una ilusión
 que dejara olvidada mi antiguo corazón.
 Entonces, fijo del azur en lo infinito,
 para olvidar del todo las amarguras viejas,
 como Ulises un día, me tapé las orejas.
 Y les dije a las brisas: “Soplad, soplad más fuerte;
 soplad hacia las costas de la isla de la Vida”.
 Y en la playa quedaba desolada y perdida
 una ilusión que aullaba como un perro a la Muerte.

[1899]

Syrinx

¡Syrinx, divina Syrinx! Buscar quiero la leve
 caña que corresponda a tus labios esquivos;
 haré de ella mi flauta e inventaré motivos
 que extasiarán de amor a los cisnes de nieve.

Al canto mío el tiempo parecerá más breve;
 como Pan en el campo haré danzar los chivos;
 como Orfeo tendré los leones cautivos,
 y moveré el Imperio de Amor que todo mueve.

Y todo será, Syrinx, por la virtud secreta
 que en la fibra sutil de la caña coloca
 con la pasión del dios el sueño del poeta;

porque si de la flauta la boca mía toca
 el sonoro carrizo, su misterio interpreta
 y la armonía nace del beso de tu boca.

[1899]

Yo persigo una forma

Yo persigo una forma que no encuentra mi estilo,
botón de pensamiento que busca ser la rosa;
se anuncia con un beso que en mis labios se posa
al abrazo imposible de la Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;
los astros me han predicho la visión de la Diosa;
y en mi alma reposa la luz como reposa
el ave de la luna sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye,
la iniciación melódica que de la flauta fluye
y la barca del sueño que en el espacio boga;

y bajo la ventana de mi Bella-Durmiente,
el sollozo continuo del chorro de la fuente
y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

[1900]

Yo soy aquel que ayer no más decía

A J[osé] Enrique Rodó

Yo soy aquel que ayer no más decía
el verso azul y la canción profana,
en cuya noche un ruiseñor había
que era alondra de luz por la mañana.

El dueño fui de mi jardín de sueño,
lleno de rosas y de cisnes vagos;
el dueño de las tórtolas, el dueño
de góndolas y liras en los lagos;

y muy siglo diez y ocho y muy antiguo
y muy moderno; audaz, cosmopolita;
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,
y una sed de ilusiones infinita.

Yo supe de dolor desde mi infancia,
mi juventud... ¿fue juventud la mía?
Sus rosas aún me dejan su fragancia...
una fragancia de melancolía...

Potro sin freno se lanzó mi instinto,
mi juventud montó potro sin freno;
iba embriagada y con puñal al cinto;
si no cayó, fue porque Dios es bueno.

En mi jardín se vio una estatua bella;
se juzgó mármol y era carne viva;
una alma joven habitaba en ella,
sentimental, sensible, sensitiva.

Y tímida ante el mundo, de manera
que encerrada en silencio no salía,
sino cuando en la dulce primavera
era la hora de la melodía...

Hora de ocaso y de discreto beso;
hora crepuscular y de retiro;
hora de madrigal y de embeleso,
de “te adoro”, de “¡ay!” y de suspiro.

Y entonces era en la dulzaina un juego
de misteriosas gamas cristalinas,
un renovar de notas del Pan griego
y un desgranar de músicas latinas.

Con aire tal y con ardor tan vivo,
que a la estatua nacían de repente
en el muslo viril patas de chivo
y dos cuernos de sátiro en la frente.

Como la Galatea gongorina
me encantó la marquesa verleniana,
y así juntaba a la pasión divina
una sensual hiperestesia humana;

todo ansia, todo ardor, sensación pura
y vigor natural; y sin falsía,
y sin comedia y sin literatura...:
si hay una alma sincera, esa es la mía.

La torre de marfil tentó mi anhelo;
 quise encerrarme dentro de mí mismo,
 y tuve hambre de espacio y sed de cielo
 desde las sombras de mi propio abismo.

Como la esponja que la sal satura
 en el jugo del mar, fue el dulce y tierno
 corazón mío, henchido de amargura
 por el mundo, la carne y el infierno.

Mas, por gracia de Dios, en mi conciencia
 el Bien supo elegir la mejor parte;
 y si hubo áspera hiel en mi existencia,
 melificó toda acritud el Arte.

Mi intelecto libré de pensar bajo,
 bañó el agua castalia el alma mía,
 peregrinó mi corazón y trajo
 de la sagrada selva la armonía.

¡Oh, la selva sagrada! ¡Oh, la profunda
 emanación del corazón divino
 de la sagrada selva! ¡Oh, la fecunda
 fuente cuya virtud vence al destino!

Bosque ideal que lo real complica,
 allí el cuerpo arde y vive y Psiquis vuela;
 mientras abajo el sátiro fornicaba,
 ebria de azul deslía Filomela.

Perla de ensueño y música amorosa
 en la cúpula en flor del laurel verde,
 Hipsipila sutil liba en la rosa,
 y la boca del fauno el pezón muerde.

Allí va el dios en celo tras la hembra,
 y la caña de Pan se alza del lodo;
 la eterna vida sus semillas siembra,
 y brota la armonía del gran Todo.

El alma que entra allí debe ir desnuda,
 temblando de deseo y fiebre santa,
 sobre cardo heridor y espina aguda:
 así sueña, así vibra y así canta.

Vida, luz y verdad, tal triple llama
 produce la interior llama infinita.
 El Arte puro como Cristo exclama:
Ego sum lux et veritas et vita!

Y la vida es misterio, la luz ciega
 y la verdad inaccesible asombra;
 la adusta perfección jamás se entrega,
 y el secreto ideal duerme en la sombra.

Por eso ser sincero es ser potente;
 de desnuda que está, brilla la estrella;
 el agua dice el alma de la fuente
 en la voz de cristal que fluye de ella.

Tal fue mi intento, hacer del alma pura
 mía, una estrella, una fuente sonora,
 con el horror de la literatura
 y loco de crepúsculo y de aurora.

Del crepúsculo azul que da la pauta
 que los celestes éxtasis inspira,
 bruma y tono menor —¡toda la flauta!,
 y Aurora, hija del Sol —¡toda la lira!

Pasó una piedra que lanzó una honda;
 pasó una flecha que aguzó un violento.
 La piedra de la honda fue a la onda,
 y la flecha del odio fuese al viento.

La virtud está en ser tranquilo y fuerte;
 con el fuego interior todo se abrasa;
 se triunfa del rencor y de la muerte,
 y hacia Belén... ¡la caravana pasa!

[París, 1904]

A Roosevelt

¡Es con voz de la Biblia, o verso de Walt Whitman,
 que habría que llegar hasta ti, Cazador!
 ¡Primitivo y moderno, sencillo y complicado,
 con un algo de Washington y cuatro de Nemrod!

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.

Eres soberbio y fuerte ejemplar de tu raza;
eres culto, eres hábil; te opones a Tolstoy.
Y domando caballos, o asesinando tigres,
eres un Alejandro-Nabucodonosor.
(Eres un profesor de energía,
como dicen los locos de hoy)

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción;
en donde pones la bala
el porvenir pones.

No.

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
Si clamáis, se oye como el rugir del león.
Ya Hugo a Grant lo dijo: "Las estrellas son vuestras".
(Apenas brilla, alzándose, el argentino sol
y la estrella chilena se levanta...) Sois ricos.
Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammóm;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva-York.

Mas la América nuestra, que tenía poetas
desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,
que ha guardado las huellas de los pies del gran Baco,
que el alfabeto pánico en un tiempo aprendió;
que consultó los astros, que conoció la Atlántida,
cuyo nombre nos llega resonando en Platón,
que desde los remotos momentos de su vida
vive de luz, de fuego, de perfume, de amor,
la América del grande Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,
la América en que dijo el noble Guatemoc:

“Yo no estoy en un lecho de rosas”; esa América
que tiembla de huracanes y que vive de Amor;
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.
Y sueña. Y ama, y vibra; y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!,
hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser por Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,
para poder tenernos en vuestras férreas garras.

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

[Málaga, 1904]

¡Torres de Dios! ¡Poetas!...

¡Torres de Dios! ¡Poetas!
¡Pararrayos celestes,
que resistís las duras tempestades,
como crestas escuetas,
como picos agrestes,
rompeolas de las eternidades!

La mágica esperanza anuncia un día
en que sobre la roca de armonía
expirará la pérfida sirena.
¡Esperad, esperemos todavía!

Esperad todavía
El bestial elemento se solaza
en el odio a la sacra poesía
y se arroja baldón de raza a raza.

La insurrección de abajo
tiende a los Excelentes.
El caníbal codicia su tasajo
con roja encía y afilados dientes.

Torres, poned al pabellón sonrisa.
Poned ante ese mal y ese recelo

una soberbia insinuación de brisa
y una tranquilidad de mar y cielo...

[París, 1903]

La dulzura del ángelus

La dulzura del ángelus matinal y divino
que diluyen ingenuas campanas provinciales,
en un aire inocente a fuerza de rosales,
de plegaria, de ensueño de virgen y de trino
de ruiseñor, opuesto todo al rudo destino
que no cree en Dios... El áureo ovillo vespertino
que la tarde devana tras opacos cristales
por tejer la inconsútil tela de nuestros males
todos hechos de carne y aromados de vino...
Y esta atroz amargura de no gustar de nada,
de no saber adónde dirigir nuestra prora
mientras el pobre esquife en la noche cerrada
va en las hostiles olas huérfano de la aurora...
(¡Oh, suaves campanadas entre la madrugada!)

[Madrid, 1905]

Canción de otoño en Primavera

A [Gregorio] Martínez Sierra

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...

Plural ha sido la celeste
historia de mi corazón.
Era una dulce niña, en este
mundo de duelo y aflicción.

Miraba como el alba pura;
sonreía como una flor.
Era su cabellera oscura
hecha de noche y de dolor.

Yo era tímido como un niño.
Ella, naturalmente, fue,
para mi amor hecho de armiño,
Herodías y Salomé...

Juventud, divino tesoro,
¡ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...

Y más consoladora y más
halagadora y expresiva,
la otra fue más sensitiva
cual no pensé encontrar jamás.

Pues a su continua ternura
una pasión violenta unía.
En un peplo de gasa pura
una bacante se envolvía...

En sus brazos tomó mi ensueño
y lo arrulló como a un bebé...
y le mató, triste y pequeño,
falto de luz, falto de fe...

Juventud, divino tesoro,
¡te fuiste para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer...

Otra juzgó que era mi boca
el estuche de su pasión;
y que me roería, loca,
con sus dientes el corazón.

Poniendo en un amor de exceso
la mira de su voluntad,
mientras eran abrazo y beso
síntesis de la eternidad;

y de nuestra carne ligera
 imaginar siempre un Edén,
 sin pensar que la Primavera
 y la carne acaban también...

Juventud, divino tesoro,
 ¡ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

¡Y las demás! En tantos climas,
 en tantas tierras siempre son,
 si no pretextos de mis rimas
 fantasmas de mi corazón.

En vano busqué a la princesa
 que estaba triste de esperar.
 La vida es dura. Amarga y pesa.
 ¡Ya no hay princesa que cantar!

Mas a pesar del tiempo terco,
 mi sed de amor no tiene fin;
 con el cabello gris, me acerco
 a los rosales del jardín...

Juventud, divino tesoro,
 ¡ya te vas para no volver!
 Cuando quiero llorar, no lloro...
 y a veces lloro sin querer...

¡Mas es mía el Alba de oro!

Nocturno

Quiero expresar mi angustia en versos que abolida
 dirán mi juventud de rosas y de ensueños,
 y la desfloración amarga de mi vida
 por un vasto dolor y cuidados pequeños.

Y el viaje a un vago Oriente por entrevistados barcos,
 y el grano de oraciones que floreció en blasfemia,
 y los azoramientos del cisne entre los charcos
 y el falso azul nocturno de inquerida bohemia.

Lejano clavicordio que en silencio y olvido
no diste nunca al sueño la sublime sonata,
huérfano esquife, árbol insigne, oscuro nido
que suavizó la noche de dulzura de plata...

Esperanza olorosa a hierbas frescas, trino
del ruiseñor primaveral y matinal,
azucena tronchada por un fatal destino,
rebusca de la dicha, persecución del mal...

El ánfora funesta del divino veneno
que ha de hacer por la vida la tortura interior,
la conciencia espantable de nuestro humano cieno
y el horror de sentirse pasajero, el horror

de ir a tientas, en intermitentes espantos,
hacia lo inevitable, desconocido, y la
pesadilla brutal de este dormir de llantos
¡de la cual no hay más que Ella que nos despertará!

A Phocás el campesino

Phocás el campesino, hijo mío, que tienes,
en apenas escasos meses de vida, tantos
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos
por el fatal pensar que revelan tus sienas...

Tarda en venir a este dolor adonde vienes,
a este mundo terrible en duelos y en espantos;
duerme bajo los Ángeles, sueña bajo los santos,
que ya tendrás la Vida para que te envenenes...

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,
perdóname el fatal don de darte la vida
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas;

pues tú eres la crisálida de mi alma entristecida,
y te he de ver en medio del triunfo que merezcas
renovando el fulgor de mi psique abolida.

[Madrid, 1905]

Melancolía

A Domingo Bolívar

Hermano, tú que tienes la luz, dime la mía.
Soy como un ciego. Voy sin rumbo y ando a tientas.
Voy bajo tempestades y tormentas,
ciego de ensueño y loco de armonía.

Ese es mi mal. Soñar. La poesía
es la camisa férrea de mil puntas cruentas
que llevo sobre el alma. Las espinas sangrientas
dejan caer las gotas de mi melancolía.

Y así voy, ciego y loco, por este mundo amargo;
a veces me parece que el camino es muy largo,
y a veces que es muy corto...

Y en este titubeo de aliento y agonía,
carga lleno de penas lo que apenas soporto.
¿No oyes caer las gotas de mi melancolía?

[¿1903?]

De Otoño

Yo sé que hay quienes dicen: ¿Por qué no canta ahora
con aquella locura armoniosa de antaño?
Esos no ven la obra profunda de la hora,
la labor del minuto y el prodigio del año.

Yo, pobre árbol, produje, al amor de la brisa,
cuando empecé a crecer, un vago y dulce son.
Pasó ya el tiempo de la juvenil sonrisa:
¡Dejad al huracán mover mi corazón!

[1904]

Nocturno

A Mariano de Cavia

Los que auscultasteis el corazón de la noche,
los que por el insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vago, un ligero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo,
¡sabréis leer estos versos de amargor impregnados!...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que un instante pude no haber nacido,
¡y el sueño que es mi vida desde que yo nací!

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.

Allá lejos

Buey que vi en mi niñez echando vaho un día
bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,
en la hacienda fecunda, plena de la armonía
del trópico; paloma de los bosques sonoros
del viento, de las hachas, de pájaros y toros
salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Pesado buey, tú evocas la dulce madrugada
que llamaba a la ordeña de la vaca lechera,
cuando era mi existencia toda blanca y rosada,

y tú, paloma arrulladora y montañera,
significas en mi primavera pasada
todo lo que hay en la divina Primavera.

El canto errante

El cantor va por todo el mundo
sonriente o meditabundo.

El cantor va sobre la tierra
en blanca paz o en roja guerra.

Sobre el lomo del elefante
por la enorme India alucinante.

En palanquín y en seda fina
por el corazón de la China;

en automóvil en Lutecia;
en negra góndola en Venecia;

sobre las pampas y los llanos
en los potros americanos;

por el río va en la canoa,
o se le ve sobre la proa

de un *steamer* sobre el vasto mar,
o en un vagón de *sleeping-car*.

El dromedario del desierto,
barco vivo, le lleva a un puerto.

Sobre el raudo trineo trepa
en la blancura de la estepa.

O en el silencio de cristal
que ama la aurora boreal.

El cantor va a pie por los prados,
entre las siembras y ganados.

Y entra en su Londres en el tren,
y en asno a su Jerusalén.

Con estafeta y con malas,
va el cantor por la humanidad.

El canto vuela, con sus alas:
Armonía y Eternidad.

Momotombo

O vieux Momotombo, colosse chauve et nu...

V. H.

El tren iba rodando sobre sus rieles. Era
en los días de mi dorada primavera
y era en mi Nicaragua natal.
De pronto, entre las copas de los árboles, vi
un cono gigantesco, “calvo y desnudo”, y
lleno de antiguo orgullo triunfal.

Ya había yo leído a Hugo y la leyenda
que Squier le enseñó. Como una vasta tienda
vi aquel coloso negro ante el sol,
maravilloso de majestad. Padre viejo
que se duplica en el armonioso espejo
de un agua perla, esmeralda, col.

Agua de un vario verde y de un gris tan cambiante,
que discernir no deja su ópalo y su diamante,
a la vasta llama tropical.

Momotombo se alzaba lírico y soberano,
yo tenía quince años: ¡una estrella en la mano!
Y era en mi Nicaragua natal.

Ya estaba yo nutrido de Oviedo y de Gomara,
y mi alma florida soñaba historia rara,
fábula, cuento, romance, amor
de conquistas, victorias de caballeros bravos,
incas y sacerdotes, prisioneros y esclavos,
plumas y oro, audacia, esplendor.

Y llegué y vi en las nubes la prestigiosa testa
de aquel cono de siglos, de aquel volcán de gesta,

que era ante mí de revelación.
 Señor de las alturas, emperador del agua,
 a sus pies el divino lago de Managua,
 con islas todas luz y canción.

¡Momotombo! —exclamé— ¡oh nombre de epopeya!
 Con razón Hugo el grande en tu onomatopeya
 ritmo escuchó que es de eternidad.
 Dijérase que fueses para las sombras dique,
 desde que oyera el blanco la lengua del cacique
 en sus discursos de libertad.

Padre de fuego y piedra, yo te pedí ese día
 tu secreto de llamas, tu arcano de armonía,
 la iniciación que podías dar;
 por ti pensé en lo inmenso de Osas y Peliones,
 en que arriba hay titanes en las constelaciones
 y abajo dentro la tierra y el mar.

¡Oh Momotombo ronco y sonoro! Te amo
 porque a tu evocación vienen a mí otra vez,
 obedeciendo a un íntimo reclamo,
 perfumes de mi infancia, brisas de mi niñez.

¡Los estandartes de la tarde y de la aurora!
 Nunca los vi más bellos que alzados sobre ti,
 toda zafir la cúpula sonora
 sobre los triunfos de oro, de esmeralda y rubí.

Cuando las babilonias del Poniente
 en purpúreas catástrofes hacia la inmensidad
 rodaban tras la augusta soberbia de tu frente,
 eras tú como el símbolo de la Serenidad.

En tu incesante hornalla vi la perpetua guerra,
 en tu roca unidades que nunca acabarán.
 Sentí en tus terremotos la brama de la tierra
 y la inmortalidad de Pan.

¡Con un alma volcánica entré en la dura vida,
 Aquilón y huracán sufrió mi corazón
 y de mi mente mueven la cimera encendida
 huracán y Aquilón!

Tu voz escuchó un día Cristóforo Colombo;
Hugo cantó tu gesta legendaria. Los dos
fueron como tú, enormes, Momotombo,
montañas habitadas por el fuego de Dios.

¡Hacia el misterio caen poetas y montañas;
y romperáse el cielo de cristal
cuando luchen sonando de Pan las siete cañas
y la trompeta del Juicio Final!

[1907]

Nocturno

Silencio de la noche, doloroso silencio
nocturno... ¿Por qué el alma tiembla de tal manera?
Oigo el zumbido de mi sangre,
dentro mi cráneo pasa una suave tormenta.
¡Insomnio! No poder dormir, y, sin embargo,
soñar. Ser la auto-pieza
de disección espiritual, ¡el auto-Hamlet!
Diluir mi tristeza
en un vino de noche
en el maravilloso cristal de las tinieblas...
Y me digo: ¿a qué hora vendrá el alba?
Se ha cerrado una puerta...
Ha pasado un transeúnte...
Ha dado el reloj trece horas... ¡Si será Ella!...

[1907]

Epístola

A la señora de Leopoldo Lugones

I

Madame Lugones, *j'ai commencé ces vers
en écoutant la voix d'un carillon d'Anvers...*
¡Así empecé, en francés, pensando en Rodenbach
cuando hice hacia el Brasil una fuga... de Bach!

En Río de Janeiro iba yo a proseguir,
poniendo en cada verso el oro y el zafir
y la esmeralda de esos pájaros-moscas
que melifican entre las áureas siestas foscas
que temen los que temen el cruel vómito negro.
Ya no existe allá fiebre amarilla. ¡Me alegro!
Et pour cause. Yo pan-americanicé
con un vago temor y con muy poca fe
en la tierra de los diamantes y la dicha
tropical. Me encantó ver la vera machicha,
mas encontré también un gran núcleo cordial
de almas llenas de amor, de ensueños, de ideal.
Y si había un calor atroz, también había
todas las consecuencias y ventajas del día,
en panorama igual al de los cuadros y hasta
igual al que pudiera imaginarse... Basta.
Mi ditrambo brasileño es ditrambo
que aprobaría tu marido. *Arcades ambo.*

II

Mas al calor de ese Brasil maravilloso,
tan fecundo, tan grande, tan rico, tan hermoso,
a pesar de Tijuca y del cielo opulento,
a pesar de ese foco vivaz de pensamiento,
a pesar de Nabuco, embajador, y de
los delegados panamericanos que
hicieron lo posible por hacer cosas buenas,
saboreé lo ácido del saco de mis penas;

quiero decir que me enfermé. La neurastenia es un don que me vino con mi obra primigenia.
 ¡Y he vivido tan mal, y tan bien, cómo y tanto!
 ¡Y tan buen comedor guardo bajo mi manto!
 ¡Y tan buen bebedor tengo bajo mi capa!
 ¡Y he gustado bocados de cardenal y papa!...
 Y he exprimido la ubre cerebral tantas veces, que estoy grave. Esto es mucho ruido y pocas nueces, según dicen doctores de una sapiencia suma.
 Mis dolencias se van en ilusión y espuma.
 Me recetan que no haga nada ni piense nada, que me retire al campo a ver la madrugada con las alondras y con Garcilaso, y con el *sport*. ¡Bravo! Sí. Bien. Muy bien. ¿Y *La Nación*?
 ¿Y mi trabajo diario y preciso y fatal?
 ¿No se sabe que soy cónsul como Stendhal?
 Es preciso que el médico que eso recete, dé también libro de cheques para el *Crédit Lyonnais*, y envíe un automóvil devorador del viento, en el cual se pasee mi egregio aburrimiento, harto de profilaxis, de ciencia y de verdad.

III

En fin, convaleciente, llegué a nuestra ciudad de Buenos Aires, no sin haber escuchado a míster Root a bordo del *Charleston* sagrado; mas mi convalecencia duró poco. ¿Qué digo? Mi emoción, mi entusiasmo y mi recuerdo amigo, y el banquete de *La Nación*, que fue estupendo, y mis viejas seringas con su pánico estruendo, y ese fervor porteño, ese perpetuo arder, y el milagro de gracia que brota en la mujer argentina, y mis ansias de gozar de esa tierra, me pusieron de nuevo con mis nervios en guerra. Y me volví a París. Me volví al enemigo terrible, centro de la neurosis, ombligo de la locura, foco de todo *surmenage* donde hago buenamente mi papel de *sauvage*

encerrado en mi celda de la *rue Marivaux*,
 confiando sólo en mí y resguardando el yo.
 ¡Y si lo resguardara, señora, si no fuera
 lo que llaman los parisienses una *pera*!
 A mi rincón me llegan a buscar las intrigas,
 las pequeñas miserias, las traiciones amigas,
 y las ingratitudes. Mi maldita visión
 sentimental del mundo me aprieta el corazón,
 y así cualquier tunante me explotará a su gusto.
 Soy así. Se me puede burlar con calma. Es justo.
 Por eso los astutos, los listos, dicen que
 no conozco el valor del dinero. ¡Lo sé!
 Que ando, nefelibata, por las nubes... Entiendo.
 Que no soy hombre práctico en la vida... ¡Estupendo!
 Sí, lo confieso: soy inútil. No trabajo
 por arrancar a otro su pitanza; no bajo
 a hacer la vida sórdida de ciertos previsores.
 Yo no ahorro ni en seda, ni en champaña, ni en flores.
 No combino sutiles pequeñeces, ni quiero
 quitarle de la boca su pan al compañero.
 Me complace en los cuellos blancos ver los diamantes.
 Gusto de gentes de maneras elegantes
 y de finas palabras y de nobles ideas.
 Las gentes sin higiene ni urbanidad, de feas
 trazas, avaros, torpes, o malignos y rudos,
 mantienen, lo confieso, mis entusiasmos mudos.
 No conozco el valor del oro... ¿Saben esos
 que tal dicen lo amargo del jugo de mis sesos,
 del sudor de mi alma, de mi sangre y mi tinta,
 del pensamiento en obra y de la idea encinta?
 ¿He nacido yo acaso hijo de millonario?
 ¿He tenido yo Cirineo en mi Calvario?

IV

Tal continué en París lo empezado en Anvers.
 Hoy, heme aquí en Mallorca, *la terra dels foners*,
 como dice Mossen Cinto, el gran Catalán.
 Y desde aquí, señora, mis versos a ti van,

olorosos a sal marina y azahares,
 al suave aliento de las Islas Baleares.
 Hay un mar tan azul como el Partenopeo.
 Y al azul celestial, vasto como un deseo,
 su techo cristalino bruñe con sol de oro.
 Aquí todo es alegre, fino, sano y sonoro.
 Barcas de pescadores sobre la mar tranquila
 descubro desde la terraza de mi *villa*,
 que se alza entre las flores de su jardín fragante,
 con un monte detrás y con la mar delante.

V

A veces me dirijo al mercado, que está
 en la Plaza Mayor. (¿Qué Coppée, no es verdad?)
 Me rozo con un núcleo cesposo de muchedumbre
 que viene por la carne, la fruta y la legumbre.
 Las mallorquinas usan una modesta falda,
 pañuelo en la cabeza y la trenza a la espalda.
 Esto, las que yo he visto, al pasar, por supuesto.
 Y las que no la lleven no se enojen por esto.
 He visto unas payesas con sus negros corpiños,
 con cuerpos de odaliscas y con ojos de niños;
 y un velo que les cae por la espalda y el cuello,
 dejando al aire libre lo obscuro del cabello.
 Sobre la falda clara, un delantal vistoso.
 Y saludan con un *bon dia tengui* gracioso,
 entre los cestos llenos de patatas y coles,
 pimientos de corales, tomates de arrebóles,
 sonrosadas cebollas, melones y sandías,
 que hablan de las Arabias y las Andalucías.
 Calabazas y nabos para ofrecer asuntos
 a Madame Noailles y Francis Jammes juntos.

A veces me detengo en la plaza de abastos
 como si respirase soplos de vientos vastos,
 como si se me entrase con el respiro el mundo.
 Estoy ante la casa en que nació Raimundo
 Lulio. Y en ese instante mi recuerdo me cuenta
 las cosas que le dijo la Rosa a la Pimienta...

¡Oh, cómo yo diría el sublime destierro
 y la lucha y la gloria del mallorquín de hierro!
 ¡Oh, cómo cantaría en un carmen sonoro
 la vida, el alma, el numen, del mallorquín de oro!
 De los hondos espíritus es de mis preferidos.
 Sus robles filosóficos están llenos de nidos
 de ruiñeñor. Es otro y es hermano del Dante.
 ¡Cuántas veces pensara su verbo de diamante
 delante la Sorbona vieja del París sabio!
 ¡Cuántas veces he visto su infolio y su astrolabio
 en una bruma vaga de ensueño, y cuántas veces
 le oí hablar a los árabes cual Antonio a los peces,
 en un imaginar de pretéritas cosas
 que, por ser tan antiguas, se sienten tan hermosas!

VI

Hice una pausa.

El tiempo se ha puesto malo. El mar
 a la furia del aire no cesa de bramar.
 El temporal no deja que entren los vapores. Y
 un *yacht* de lujo busca refugio en Porto-Pi.
 Porto-Pi es una rada cercana y pintoresca.
 Vista linda: aguas bellas, luz dulce y tierra fresca.

¡Ah, señora, si fuese posible a algunos el
 dejar su Babilonia, su Tiro, su Babel,
 para poder venir a hacer su vida entera
 en esta luminosa y espléndida ribera!

Hay no lejos de aquí un archiduque austriaco
 que las pomas de Ceres y las uvas de Baco
 cultiva, en un retiro archiducal y egregio.
 Hospeda como un monje —y el hospedaje es regio—.
 Sobre las rocas se alza la mansión señorial
 y la isla le brinda ambiente imperial.

Es un pariente de Jean Orth. Es un atrida
 que aquí ha encontrado el cierto secreto de su vida.
 Es un cuerdo. Aplaudamos al príncipe discreto

que aprovecha a la orilla del mar ese secreto.
 La isla es florida y llena de encanto en todas partes.
 Hay un aire propicio para todas las artes.
 En Pollensa ha pintado Santiago Rusiñol
 cosas de flor de luz y de seda de sol.
 Y hay villa de retiro espiritual famosa:
 La literata Sand escribió en Valldemosa
 un libro. Ignoro si vino aquí con Musset,
 y si la vampiresa sufrió o gozó, no sé.*

¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
 costas antes de que las prematuras canas
 de alma y cabeza hicieran de mí la mezclanza
 formada de tristeza, de vida y esperanza?
 ¡Oh, qué buen mallorquín me sentiría ahora!
 ¡Oh, cómo gustaría sal de mar, miel de aurora,
 al sentir como en un caracol en mi cráneo
 el divino y eterno rumor mediterráneo!
 Hay en mí un griego antiguo que aquí descansó un día,
 después que le dejaron loco de melodía
 las sirenas rosadas que atrajeron su barca.
 Cuanto mi ser respira, cuanto mi vista abarca,
 es recordado por mis íntimos sentidos;
 los aromas, las luces, los ecos, los ruidos,
 como en ondas atávicas me traen añoranzas
 que forman mis ensueños, mis vidas y esperanzas.

Mas, ¿dónde está aquel templo de mármol, y la gruta
 donde mordí aquel seno dulce como una fruta?
 ¿Dónde los hombres ágiles que las piedras redondas
 recogían para los cueros de sus hondas?...

Calma, calma. Esto es mucha poesía, señora.
 Ahora hay comerciantes muy modernos. Ahora
 mandan barcos prosaicos la dorada Valencia,
 Marsella, Barcelona y Génova. La ciencia
 comercial es hoy fuerte y lo acapara todo.

* He leído ya el libro que hizo Aurora Dupín.
 Fue Chopin el amante aquí. ¡Pobre Chopin!...

Entretanto, respiro mi salitre y mi yodo
brindados por las brisas de aqueste golfo inmenso,
y a un tiempo, como Kant y como el asno, pienso.
Es lo mejor.

VII

Y aquí mi epístola concluye.
Hay un ansia de tiempo que de mi pluma fluye
a veces, como hay veces de enorme economía.
“Si hay, he dicho, señora, alma clara, es la mía”.
Mírame transparentemente, con tu marido,
y guárdame lo que tú puedas del olvido.

(Anvers-Buenos Aires-París
Palma de Mallorca, MCMVI)

Poema del otoño

A Mariano Miguel de Val

Tú, que estás la barba en la mano
meditabundo,
¿has dejado pasar, hermano,
la flor del mundo?

Te lamentas de los ayeres
con quejas vanas:
¿aún hay promesas de placeres
en los mañanas!

Aún puedes casar la olorosa
rosa y el lis,
y hay mirtos para tu orgullosa
cabeza gris.

El alma ahíta cruel inmola
lo que la alegra,
como Zingua, reina de Angola,
lúbrica negra.

Tú has gozado de la hora amable,
y oyes después
la imprecación del formidable
Eclesiastés.

El domingo de amor te hechiza;
mas mira cómo
llega el miércoles de ceniza;
Memento, homo...

Por eso hacia el florido monte
las almas van,
y se explican Anacreonte
y Omar Kayam.

Huyendo del mal, de improviso
se entra en el mal,
por la puerta del paraíso
artificial.

Y, no obstante, la vida es bella,
por poseer
la perla, la rosa, la estrella
y la mujer.

Lucifer brilla. Canta el ronco
mar. Y se pierde
Silvano oculto tras el tronco
del haya verde.

Y sentimos la vida pura,
clara, real,
cuando la envuelve la dulzura
primaveral.

¿Para qué las envidias viles
y las injurias,
cuando retuercen sus reptiles
pálidas furias?

¿Para qué los odios funestos
de los ingratos?
¿Para qué los lívidos gestos
de los Pilatos?

¡Si lo terreno acaba, en suma,
cielo e infierno,

y nuestras vidas son la espuma
de un mar eterno!

Lavemos bien de nuestra veste
la amarga prosa;
soñemos en una celeste,
mística rosa.

Cojamos la flor del instante;
¡la melodía
de la mágica alondra cante
la miel del día!

Amor a su fiesta convida
y nos corona.
Todos tenemos en la vida
nuestra Verona.

Aun en la hora crepuscular
canta una voz:
“¡Ruth, risueña, viene a espigar
para Booz!”

Mas coged la flor del instante,
cuando en Oriente
nace el alba para el fragante
adolescente.

¡Oh! Niño que con Eros juegas,
niños lozanos,
danzad como las ninfas griegas
y los silvanos.

El viejo tiempo todo roe
y va de prisa;
sabed vencerle, Cintia, Cloe
y Cidalisa.

Trocad por rosas, azahares,
que suena el son
de aquel Cantar de los Cantares
de Salomón.

Príapo vela en los jardines
que Cipris huella;

Hécate hace aullar los mastines;
mas Diana es bella,

y apenas envuelta en los velos
de la ilusión,
baja a los bosques de los cielos
por Endimión.

¡Adolescencia! Amor te dora
con su virtud;
goza del beso de la aurora,
¡oh juventud!

¡Desventurado el que ha cogido
tarde la flor!
Y ¡ay de aquél que nunca ha sabido
lo que es amor!

Yo he visto en tierra tropical
la sangre arder,
como en un cáliz de cristal,
en la mujer.

Y en todas partes la que ama
y se consume
como una flor hecha de llama
y de perfume.

Abrasaos en esa llama
y respirad
ese perfume que embalsama
la Humanidad.

Gozad de la carne, ese bien
que hoy nos hechiza,
y después se tornará en
polvo y ceniza.

Gozad del sol, de la pagana
luz de sus fuegos;
gozad del sol, porque mañana
estaréis ciegos.

Gozad de la dulce armonía
que a Apolo invoca;

gozad del canto, porque un día
no tendréis boca.

Gozad de la tierra, que un
bien cierto encierra;
gozad, porque no estáis aún
bajo la tierra.

Apartad el temor que os hiela
y que os restringe;
la paloma de Venus vuela
sobre la Esfinge.

Aún vencen muerte, tiempo y hado
las amorosas;
en las tumbas se han encontrado
mirtos y rosas.

Aún Anadiómena en sus lidias
nos da su ayuda;
aún resurge en la obra de Fidias
Friné desnuda.

Vive el bíblico Adán robusto,
de sangre humana,
y aún siente nuestra lengua el gusto
de la manzana.

Y hace de este globo viviente
fuerza y acción
la universal y omnipotente
fecundación.

El corazón del cielo late
por la victoria
de este vivir, que es un combate
y es una gloria.

Pues aunque hay pena y nos agravia
el sino adverso,
en nosotros corre la savia
del universo.

Nuestro cráneo guarda el vibrar
de tierra y sol,

como el ruido de la mar
el caracol.

La sal del mar en nuestras venas
va a borbotones;
tenemos sangre de sirenas
y de tritones.

A nosotros encinas, lauros,
frondas espesas;
tenemos carne de centauros
y satiresas.

En nosotros la Vida vierte
fuerza y calor.
¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

[¿1909?]

Mediodía

Midi, roi des étés, como cantaba el criollo francés. Un mediodía ardiente. La isla quema. Arde el escollo; y el azul fuego envía.

Es la Isla del Cardón, en Nicaragua.
Pienso en Grecia, en Morea o en Zacinto.
Pues al brillo del cielo y al cariño del agua
se alza enfrente una tropical Corinto.

Penachos verdes de palmeras. Lejos,
ruda de antigüedad, grave de mito,
la tribu en roca de volcanes viejos,
que, como todo, aguarda su instante de infinito.

Un ave de rapiña pasa a pescar, y torna
con un pez en las garras.
Y sopla un vaho de horno que abochorna
y tuesta en oro las cigarras.

[1907]

Vesperal

Ha pasado la siesta
y la hora del Poniente se avecina,
y hay ya frescor en esta
costa, que el sol del Trópico calcina.
Hay un suave alentar de aura marina,
y el Occidente finge una floresta
que una llama de púrpura ilumina.

Sobre la arena dejan los cangrejos
la ilegible escritura de sus huellas.
Conchas color de rosa y de reflejos
áureos, caracolillos y fragmentos de estrellas
de mar forman alfombra
sonante al paso en la armoniosa orilla.

Y cuando Venus brilla,
dulce, imperial amor de la divina tarde,
creo que en la onda suena
o son de lira, o canto de sirena.
Y en mi alma otro lucero como el de Venus arde.

[1907]

Retorno

El retorno a la tierra natal ha sido tan
sentimental, y tan mental, y tan divino,
que aún las gotas del alba cristalinas están
en el jazmín de ensueño, de fragancia y de trino.

Por el Anfión antiguo y el prodigio del canto
se levanta una gracia de prodigio y encanto
que une carne y espíritu, como en el pan y el vino.
En el lugar en donde tuve la luz y el bien,
¿qué otra cosa podría sino besar el manto
a mi Roma, mi Atenas o mi Jerusalén?

Exprimidos de idea, y de orgullo y cariño,
de esencia de recuerdo, de arte de corazón,

concreto ahora todos mis ensueños de niño
sobre la crin anciana de mi amado León.

Bendito el dromedario que a través del desierto
condujera al Rey Mago, de aureolada sien,
y que se dirigía por el camino cierto
en que el astro de oro conducía a Belén.

Amapolas de sangre y azucenas de nieve
he mirado no lejos del divino laurel,
y he sabido que el vino de nuestra vida breve
precipita hondamente la ponzoña y la hiel.

Mas sabe el optimista, religioso y pagano,
que por César y Orfeo nuestro planeta gira,
y que hay sobre la tierra que llevar en la mano,
dominadora siempre, o la espada, o la lira.

El paso es misterioso. Los mágicos diamantes
de la corona o las sandalias de los pies
fueron de los maestros que se elevaron antes,
y serán de los genios que triunfarán después.

Parece que Mercurio llevara el caduceo
de manera triunfal en mi dulce país,
y que brotara pura, hecha por mi deseo,
en cada piedra una mágica flor de lis.

Por atavismo griego, o por fenicia influencia,
siempre he sentido en mí ansia de navegar,
y Jasón me ha legado su sublime experiencia
y el sentir en mi vida los misterios del mar.

¡Oh, cuántas veces, cuántas veces oí los sones
de las sirenas líricas en los clásicos mares!
¡Y cuántas he mirado tropeles de tritones
y cortejos de ninfas ceñidas de azahares!

Cuando Pan vino a América, en tiempos fabulosos
en que había gigantes, y conquistaban Pan
y Baco tierra incógnita, y tigres y molosos
custodiaban los templos sagrados de Copán,

se celebraban cultos de estrellas y de abismos;
se tenía una sacra visión de Dios. Y era

ya la vital conciencia que hay en nosotros mismos
de la magnificencia de nuestra Primavera.

Los atlántidas fueron huéspedes nuestros. Suma
revelación un tiempo tuvo el gran Moctezuma,
y Hugo vio en Momotombo órgano de verdad.
A través de las páginas fatales de la historia,
nuestra tierra está hecha de vigor y de gloria,
nuestra tierra está hecha para la Humanidad.

Pueblo vibrante, fuerte, apasionado, altivo;
pueblo que tiene la conciencia de ser vivo,
y que, reuniendo sus energías en haz
portentoso, a la Patria vigoroso demuestra
que puede bravamente presentar en su diestra
el acero de guerra o el olivo de paz.

Cuando Dante llevaba a la Sorbona ciencia
y su maravilloso corazón florentino,
creo que concretaba el alma de Florencia,
y su ciudad estaba en el libro divino.

Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña.
Mis ilusiones, y mis deseos, y mis
esperanzas, me dicen que no hay patria pequeña.
Y León es hoy a mí como Roma o París.

Quisiera ser ahora como el Ulises griego
que domaba los arcos, y los barcos y los
destinos. Quiero ahora deciros ¡hasta luego!
Porque no me resuelvo a deciros ¡adiós!

[22 de diciembre, 1907]

Tríptico de Nicaragua

1.

Los Bufones

Recuerdo, allá en la casa familiar, dos enanos
como los de Velázquez. El uno, varón, era
llamado “el Capitán”. Su vieja compañera
era su madre. Y ambos parecían hermanos.

Tenían de peles, de espectros, de gusanos;
él cojeaba, era bizco, ponía cara fiera;
fabricaba muñecos y figuras de cera
con sus chicas, horribles y regordetas manos.

También fingía ser obispo y bendecía;
predicaba sermones de endemoniado enredo
y rezaba contrito *pater* y avemaría.

Luego, enano y enana se retiraban quedo;
y en tanto que la gente hacendada reía,
yo, silencioso, en un rincón, tenía miedo.

2

Eros

Es en mi juventud, mi juventud que juega
con versos e ilusiones, espada de oro al cinto;
hay en mi mente un sueño siempre vario y distinto,
y mi espíritu ágil al acaso se entrega...

En cada mujer miro como una ninfa griega;
en poemas sonoros sus frescas gracias pinto;
y esto pasa al amor del puerto de Corinto,
o en la rica en naranjas de almíbar, Chinandega.

Tiempo lejano ya. Mas aún veo azahares
en los naranjos verdes impregnados de aromas,
o las viejas fragatas que llegan de los mares

lejanos; o el hicaco, o tupidos manglares;
o tú, rostro adorado en ese tiempo, asomas
con primeros amores y primeros pesares.

3

Terremoto

Madrugada. En silencio reposa la gran villa
donde de niño supe de cuentos y consejas,
o asistí a serenatas de amor junto a las rejas
de alguna novia bella, timorata y sencilla.

El cielo lleno de constelaciones brilla,
y su oriente disputan suaves luces bermejas;

de pronto, un terremoto mueve las casas viejas
y la gente en los patios y calles se arrodilla,

medio desnuda, y clama: “¡Santo Dios! ¡Santo fuerte!
¡Santo inmortal!” La tierra tiembla a cada momento.
¡Algo de apocalíptico mano invisible vierte!...

La atmósfera es pesada como plomo. No hay viento.
Y se diría que ha pasado la muerte,
ante la impasibilidad del firmamento.

[París, 1912]

Santiago Argüello

(León: 6 de noviembre de 1871

— Managua: 4 de julio de 1940)

En ausencia de Darío, tanto en vida como en muerte, Santiago Argüello constituyó el centro del modernismo en Nicaragua: consagraba y desautorizaba, los jóvenes lo llamaban maestro, dirigía las principales revistas y colaboraba en casi todas. Y además fue uno de nuestros pocos autores que alcanzó cierta fama en el mundo exterior de aquella hora; la mayoría de los intelectuales renombrados de Europa y América se ocuparon de su producción y personalidad, entre ellos, Emilia Pardo Bazán, Francisco Villaespesa, Paolo Buzzi, Max Nordau, Joan Fanstenrath, José Juan Tablada, Rafael Arévalo Martínez, Mario Sancho, José María Vargas Vila, Rufino Blanco-Fombona, José Enrique Rodó, el mismo Darío y los hermanos Henríquez Ureña. Precisamente, por ser uno de nuestros primeros modernistas y significar el centro de este modernismo, padeció sus virtudes y defectos y, posteriormente, el escarnio de la vanguardia.

Por eso ha permanecido subestimado y a veces hasta por razones extraliterarias, como son su soberbia y pedantería, aguardando un objetivo recuento y valoración que bien merece. Santiago Argüello Barreto cursó la primaria en escuelas privadas de León; se bachilleró en el Instituto Nacional de Occidente en 1887 y se doctoró en Derecho en la Universidad de Nicaragua el 14 de enero de 1894. Ya graduado, hizo a un lado las leyes y se dedicó a la docencia y las letras con gran fortuna: impartió clases de literatura, filosofía, gramática e historia en diversos centros, y dirigió los Institutos de Masaya (¿1900?), Managua

(1918) y Occidente (¿1905?). En 1897 apareció su libro de poemas, *Primeras ráfagas*, que por su título recuerda al Darío de *Primeras notas*; en 1899, *Siluetas literarias*, que por su temática evoca también a *Los raros* de Darío. En 1900, imprimieron *De tierra cálida*, poemario que en 1909 tuvo segunda edición en Madrid. En 1904 circuló *El poema de la locura*, y el 3 de febrero de 1906, en medio de un escándalo por parte del clero y del pueblo, la compañía de Teófilo Leal estrenó en el Teatro Municipal de León su drama en tres actos, *Ocaso*. Cuando en 1907 Darío visitó Nicaragua, Santiago Argüello le dijo el discurso de bienvenida y Darío le respondió con un elogio y ambos se confundieron en la ovación.

En 1908 editó en París, *Ojo y alma*, con prólogo de José María Vargas Vila, y ese año dirigió en Nicaragua uno de los órganos de divulgación modernista más importante, *La Torre de Marfil*. En 1910 retomó las leyes y se lanzó en pleno al terreno político: fue diputado y dirigió el *Diario Oficial*, y viajó a Costa Rica, de donde fue expulsado, a Honduras y Europa. Este mismo año estuvo en México en calidad de secretario de Darío, que llevaba la representación nicaragüense a las fiestas del Primer Centenario del Grito de Dolores. En 1914, después de algunas reediciones de sus obras y de desempeñar cargos diplomáticos a nombre de varios países de América, regresó a Nicaragua y en 1917 ganó una senaduría por León. Al año siguiente escribió *Canto la misión divina de la Francia*. Hacia 1920, luego de fundar logias teosóficas y revistas para la difusión de estas doctrinas, salió rumbo a Europa: Francia, Italia y España.

De vuelta a América, visitó Cuba y Nueva York. Llega a Nicaragua y retorna a Cuba. Aquí se radica casi por una década: estudia y escribe filosofía, predica en las cárceles y la Academia Cubana de la Lengua lo designa miembro honorario. En 1932 se traslada a Guatemala, donde dicta conferencias y cátedras, y el presidente Jorge Ubico ordena que se editen en la Tipografía Nacional sus obras que alcanzan 12 tomos. En 1939 regresa definitivamente a Nicaragua, pues un año más tarde, el 4 de

julio de 1940, mientras desempeñaba el Ministerio de Educación Pública, falleció en Managua y fue sepultado en León.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poemas: *Primeras ráfagas*. León, Tipografía de J. C. Gurdíán, 1897; *De tierra cálida*. León, Talleres de J. C. Gurdíán, 1900; *El poema de la locura*. León, Tipografía de J. C. Gurdíán, 1904; *Ojo y alma*. París, Librería de la vda. de Ch. Bouter, 1908; *El alma dolorida de la patria*. Madrid, Tipografía de Pueyo, 1909; *La vida en mí*. Barcelona, F. Granada y Cía., 1913; y *Canto a la misión divina de la Francia*. Managua, Talleres Nacionales, 1919.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *100 poemas nicaragüenses*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, núm. 4, Managua, enero de 1963; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; y *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano.

Estudios sobre el autor: Rubén Darío, “Santiago Argüello”, en *Semblanzas*. Ávila, Biblioteca Rubén Darío, s.f.; Jorge Eduardo Arellano, “Revisión crítica de Santiago Argüello”, *La Prensa Literaria*, Managua, 21 de mayo de 1967; Álvaro Urtecho, “Presencia de Santiago Argüello”, *La Prensa Literaria*, Managua, 20 de abril de 1983; y Jorge Eduardo Arellano, “Santiago Argüello: formas e imágenes modernistas”. Managua, *La Prensa Literaria*, 10 de agosto de 1985.

Germinal

El horno de abril. En la hoguera
se abrasan los llanos. Extiende
sus velas el pájaro y hiende
los aires. Resopla la fiera.

El horno de abril reverbera,
y se oye zumbiar: es el duende
que fuegos eróticos prende.
Después, la gentil Primavera

su espeso cabello prendido
con regias coronas. El nido
renueva las notas del coro.

Rosal lujurioso se cubre
de rosas. Da leche la ubre;
la espiga, mazorcas de oro.

Habla Safo

(Fragmento)

¡Oh, vírgenes de Lesbos!... ¡Adoradas
y encantadoras vírgenes! ¡Vosotras
prendéis en el fanal de mi pupila
esa vívida lumbre de las diosas!
¡Qué fulgentes los ortos de mi dicha
cuando os veo venir; cuando radiosas,
el perfume esparcís de las praderas;
cuando, a su paso, vuestros pies enfloran;
cuando bajan en densas espirales,
del cabello, las víboras, que enroscan
sus anillos de seda en vuestro cuello:
esas ávidas víboras, que flotan
como oscuros afluentes del Cocito
o cual rayos de una alba esplendorosa,
buscando sobre el seno palpitante
la miel de Hymeto en la colmena roja!

¡Athis divina! ¡Que se encienda mi alma
 en la risa de luz que hay en tu boca,
 y que es rayo auroral que va jugando
 en los pétalos frescos de una rosa!
 ¡Que envuelva tu pelo rubio, como
 un áureo manto real! Y que a la sombra
 de tu pestaña crespas, Amor encienda
 en tus célicos ojos tus auroras,
 en tus ojos azules como el Actium,
 y como el Etna ardientes...
 ¡Tú Anactoria,
 que enloqueces mi mente! ¡Tú, el ensueño
 del alma ambicionado!... ¡De tu boca
 riega sobre la mía la cascada
 de tus ígnicos besos!
 ¡Venid todas,
 bellas hijas de Pira!... ¡Ven, Cyrina,
 la del mohín lascivo!... ¡Ven, Andrómeda!
 ¡Timas, Nais... volad! ¡Volad! ¡Que escancie
 la madre del Amor en nuestras copas
 sus embriagantes vinos!... ¡Que se tiñan
 los auríferos bordes, y las rosas
 de vuestros grasos labios encendidos
 ensangrienten la tez de sus corolas!
 ¡Matadme, delirantes!...
 ¡Ven, Corina;
 hazme que pruebe de tu piel sabrosa!
 ¡Ponme borracho de deleite!... ¡Déjame
 con mis sedientos labios en la copa!
 Y tú, Cydno, ¡mi adorada Cydno!
 ¡Blanca como el plumón de la garzota,
 como la espuma que envolvió a Citeres
 en pañales de tul!... Ya la zozobra
 de nuestras gratas expresiones íntimas
 me agita el corazón, e hirviendo, azota
 mi sangre las arterias. ¡Haz que sea,
 por el amor, mi sangre abrasadora,
 mar de oleaje bravío, mar de lava
 que se estrella en sus cárceles de roca,

y levanta vorágines, y escupe
 a los cielos la espuma de la cólera!
 ¡Llegad presto, queridas! El deseo
 con sus puntas eléctricas me toca.
 ¡Me parece que os tengo entre mis brazos,
 que vuestras carnes con mis carnes rozan,
 que un aliento caldeado me enloquece,
 en un pujante resollar de forja,
 y que son vuestros senos pebeteros
 de eróticos perfumes se evaporan!
 ¡Volad, hijas de Zeus!... Que ya siento
 calcinarse las fresas en mi boca;
 mi lengua se entumece, y es mi labio
 un páramo. ¡La angustia, sudorosa,
 me aprieta el corazón, tiembla en mis carnes,
 me estruja la garganta y me sofoca!...
 ¡Venid a refrescar este desierto
 de mis áridos labios con las pomas
 humedosas de miel de vuestros pechos!
 Que vuestras carnes, en sus tibias combas,
 cual los poros sutiles de los pétalos
 dan al insecto su embriaguez de aromas,
 me dan a mí su seductor perfume...
 ¡Toda la esencia de sus flores todas!
 ¡Todo el dulce rocío de sus cálices!
 ¡Todo el grato licor de sus corolas!
 ¡Y dormirme, ebria ya!... ¡Siempre soñando
 con otro goce más!... Que me aprisionan
 otros brazos mejores, y otros ojos
 más fúlgidos me queman... ¡Y en las ondas
 del piélago supremo, en los arrullos
 del abrasante amor, sentir ansiosa
 la divina epilepsia del deleite,
 con avidez frenética de loca!...
 ¡Venid! ¡Que ya mi ceñidor desciende!
 Mi túnica está suelta; ya pregona
 la pasión delirante!... ¡Me parece
 el mareo sentir de vuestras rondas,
 oh, lúbricas hetairas!... ¡Vuestro pelo,

en viperina contorsión, retoza
 en los rápidos giros de la danza...,
 y las sedeñas vestes en la alfombra...
 y la gloriosa seducción sin velos
 que vuestros regios cuerpos aureola...,
 y los senos recónditos, que emanan
 arábigas esencias voluptuosas...,
 y los besos que sangran..., y las sangres,
 embriagantes, dulcísimas y rojas...,
 y la estrechez gratísima..., y el lánguido
 desmayo de la dicha enervadora...,
 y el hondo frenesí que al reino vuela
 donde tiene el delirio su corola!...

Canicular

Pasa el Dios. Nuestro Padre el Nilo pasa...
 su lenta cauda de cristal desliza
 como en felpa recóndita, y se irisa
 con el pausado andar. Un sol de brasa
 cae sobre el torrencial: un sol que arrasa
 y echa soplos de fiebre en cada brisa;
 un sol que anega en sueño la sonrisa
 de cada loto azul. El Dios se abrasa.
 Y en esa hora de siesta, y a la vera
 del vasto lecho de sopor del Nilo,
 con las fauces abiertas, cual si fuera
 dentada sierra en que relumbra el filo,
 inmóvil, cerca de una datilera,
 bosteza bajo el sol un cocodrilo.

El martirio de Santa Águeda

*Para Doña Emilia Pardo Bazán:
nobleza de sangre y de talento.*

Desnuda está, temblando, entre paganos,
ante ese pueblo que su hiel destila;
que, al romperle la estola con las manos,
le desgarrar el pudor con la pupila.

Tiembla como una corza sorprendida;
sobre el seno desátase las trenzas;
recoge los andrajos, como égida,
y se cubre con ellos las vergüenzas.

—¡Ya eres mía y de todos! ¡Ya en mi mano
tengo ese cuerpo que a mi amor subyuga!—
Y, apretándose el ceño de Quinciano,
se ve el ojo brillar bajo la arruga.

—Aun pudiera ceder... ¿Quieres?... ¡Contesta!
—ruge Quinciano con su voz de trueno—.
¡Si es tan grande ese Dios que fe te presta,
que te venga a cubrir tu Nazareno!—

Ni le mira la virgen, ni responde;
sólo aspira a ocultar, arqueando el cuello,
el seno tembloroso que se esconde
bajo la suelta red de su cabello.

Y oye la voz de un ángel que pregona:
—¡No temas los martirios de esa hiena!
¡Si la carne en el fango te aprisiona,
procura que te corten la cadena!—

—¿Qué importa al nido, en que tu pena exhalas,
el polvo vil con que salpica el suelo,
si tu alma, el cisne de las blancas alas,
se alista ya para tender el vuelo?...—

—Basta —dijo Quinciano—, ¡te detesto!—
Relampagueó la sangre en su mejilla;
al hambriento chacal le robó el gesto
y le gritó a sus gentes: —¡La cuchilla!...—

—¡La garganta!... ¡No, no, que la garganta
deja escapar la vida!... ¡En ese lleno
vaso de miel que mi delirio encanta!
¡Cortad allí, sobre el botón del seno!...

Aproxímase a ver. El brazo, ahora,
cruzado, esconde la impaciencia suma;
y la rabia impotente y bullidora
borda en los labios su festón de espuma.

—¡Piensa en tu madre!... —la inocente clama—
¡Con esto que me arrancas te dio vida!—
—¡O me curas la herida que me inflama,
o me bebo tu sangre por la herida!

Llega el martirio al fin. Se hunde, sedienta,
la cuchilla en el seno con que topa;
y, entre arroyos de púrpura sangrienta,
se ve caer la palpitante copa.

Baja al vientre la sangre torrentosa
—grumo rojo que, abierto, se desgrana—
como un vino bullente que rebosa
sobre el blanco cristal de porcelana.

La virgen, en los labios sonrosados,
al peso del martirio, el diente clava;
y el dolor, en los labios torturados,
comienza en grito, y en plegaria acaba.

Y delira. Ve a Cristo, a su cordero,
que rompe ya los torturados lazos;
que sus brazos desprende del madero,
y la estrecha amoroso entre sus brazos.

Y ella las orlas del ensueño toca;
y, como alba entre sombras, que se irisa,
en la noche doliente de su boca
se va abriendo el botón de una sonrisa.

Luego, piensa en Horacio, ¡humana fruta
para su lengua humana! ¡Su delicia!
¡Que iba a hacerla cruzar la áspera ruta
sobre el ala fugaz de la caricia!

Su esposo de la tierra, a quien, mañana,
iba a dar de su cuerpo la presea:
sus contornos elásticos de Diana
y su ardiente perfil de Citerea.

Y entonces, una lágrima indecisa
se vio caer de su pupila vaga.
Cruzando el labio, se llevó la risa;
rodó en el pecho, y se perdió en la llaga...

Elegía quinta

Solo, sin esperanzas, se lamenta en el bosque.

Río que pasas llorando,
río del acento blando,
si ella no se mira en ti
¿para qué te quiero, di,
río que pasas llorando?

Flor azul de la ribera,
si yo ansiaba que algún día
en su corpiño te viera,
¿de qué sirves, hechicera,
si para *ella* te quería,
flor azul de la ribera?...

Paloma de pardas alas,
que entre las plumas del nido
tus quejas de amor exhalas,
echa tu canto al olvido...
¡Que ya no escucha su oído,
paloma de pardas alas!...

¿Para qué alumbras el monte,
luz que en el éter destellas,
si solo está el horizonte?...
Si no he de buscar sus huellas,
¿para qué alumbras el monte?...

Como rezando por mí,
 en las montañas desiertas
 volar los vientos oí;
 y un susurro de hojas muertas,
 como rezando por mí...

Saca miel

Abejita de la vida,
 si el vergel
 te da su rosa encendida,
 saca miel.

Mas si tu mano halla en él
 lo que amarga o deja herida,
 de la espina o de la hiel,
 abejita de la vida,
 saca miel.

Nunca, Nunca, Nunca...

Yo me senté en el camino
 a esperarla, y nunca vino.
 ¿Por qué sería? No sé.
 Nunca he sabido por qué
 no vino.

Me acuerdo: la mañanita
 sopla; mi cuerpo tiritita;
 entre los árboles viejos
 la vi venir, a lo lejos...
 Y se fue la mañanita;
 y ella perdióse a lo lejos,
 ¡y nunca vino a la cita!

Nebulosa estaba y fría
 la mañana en que la vi.
 ¿Por qué hasta mí no vendría?

Tal vez el astro del día
se tragó las nieblas y...
tal vez se la tragaría...

Y así siempre. Cuando vaga
mi pupila por el monte,
y al verla venir, se embriaga
de ilusión, del horizonte
surge el Sol, y se la traga.

Y me quedo en el camino
pensando: ¿Por qué no vino?
Ella venía, venía...
Yo no sé por qué sería
que no vino.

¿Veritas?...

Entre aquel bosque insano,
húmedo y frío como una cisterna,
va apoyado en su báculo el anciano
buscando una verdad, con la linterna
que le tiembla en la mano.

Cansado va y sin fe. Se para, mira...
y siempre, nada. ¡El bosque está vacío!...
—¡Haz que encuentre siquiera una mentira,
que ya es hallar una verdad, Dios mío!

Hay en el bosque muchos niños. Lleva
cada uno su verdad alegremente.
Y, al reverso de cada verdad, nueva
verdad que dice a la verdad, que miente.
El viejo tiembla. El sol enfermo. Nieva.

Se sienta y dice: —El bosque está vacío:
es la verdad, que la verdad no existe—.
Se pone a cavilar su desvarío;
y luego exclama con acento triste:
—¿Y si es mentira esa verdad, Dios mío?...

Ella tenía un pajarito

Ella tenía un pajarito.
Era un encanto con
su alegría y sus alas tan rubias, que
cuando abría las alas, amanecía el sol.

Ella tenía un pajarito.
Ella le daba de comer
sobre su palma blanca y rosa.
Ella le daba de beber
poniéndose en los labios
una gotita de agua cuando tenía sed.

Ella tenía un pajarito.
Se acercaba a la jaula silbando alguna vez.
El silbido que daba
parecía de miel.
Y el pajarito entonces doblaba la cabeza,
o, al labio rosicler
acercando el piquito,
le bebía la miel.

Ella tenía un pajarito.
¡Eran dos: ella y él!
Los dos se amaban como si fueran dos hermanos
gemelos.
Él peinaba sus alas con el pico
cuando ella con el peine peinaba sus cabellos.
Cuando los dos se hablaban,
¡cómo se parecían!
Labio que trina cuando habla;
pico que habla cuando trina.

Ella tenía un pajarito.
Y una tarde muy triste ella se me murió.
A ella se la llevaron, y al pajarito huérfano,
como ya no estaba ella, lo acompañaba yo.
Y otra tarde muy triste
el pajarito se murió también.

Y le besé llorando su piquito ya frío.
Y sentí que mi muerta se me murió otra vez.

La procesión de San Benito

(*En Nicaragua*)

La calle, salpicada de cera. Los chiquillos
trajilimpios otean de un lento pito el son,
cuando asoma el sudario y entre hileras de brillos
serpenteando en sombra viene la procesión.

¡Oh pito, sugestivo de olor de cera negra,
de *cautivos*, de *luces*, tocados de fustán!
¡Oh, pito melancólico que con tristeza alegra
los infantiles pechos que repicando van!

Y aroma el corozo;
y ríe de gozo
de estreno el rebozo.

¡Oh rebozo de hilo de modesta gracia!
O con gesto heroico que la barba enreda.
¡Oh la aristocracia
de la media seda!

Y pasa un olor
de geranio y de reseda
y de cofre de alcanfor.
Mientras gime el pito junto del tambor.

El tambor que suena
su solo llorón
cual si fuera pena
de la procesión.

El tambor enano
de parche marcial
que toca la mano
del indio ritual.

Y el tambor enano
va junto al sudario con su pito hermano
como dos inválidos que se dan la mano.

Y pasan y pasan y pasan...
miradas que rezan, miradas que abrasan...

La de ojos de feria que la calle adorna,
la que baja el párpado como la humildad,
y la que a los lados los ojos entorna
con un gesto oblicuo de curiosidad.

Y pasan y pasan y pasan...
miradas que rezan, miradas que abrasan...
mientras ritma el son
de la sacra marcha de la procesión.

Tras de cada santo viene un remolino
de atropellamientos y de ardor divino.

Unos que se empujan para ver mejor.
Otros, que no sienten sino su fervor.

El gemido, en tanto,
de los serafines,
tras de cada santo
fingen los violines.

Todos ven los santos con febril deseo,
los santos que a trechos se miran pasar
con su andar de palo, con su contoneo
todo de una pieza, sin articular.

Y atrás... la Madona siguiendo sus huellas...
lustrosa de lágrimas, húmedos los hilos
crespos, de pestañas, en su angustia bellas;
en panoplia el pecho, con sus siete fillos;
y en abismo el manto, con su mar de estrellas.

Y detrás de su pena,
sin un alma, una música deshilachada suena.

Lejos, como onda que rueda,
se oye la gente ruidosa,
mientras esta calle queda
silenciosa.

Que cual dos hermanos, el grito
y el dolor,

ya en otra parte asoma el pito
y el tambor.

Junto al sudario llora el pito
y tose a ratos el tambor.

Y el indio regordete y serio
con ritual gesto de misterio
y en la cabeza un lienzo tostado de algodón,
dice en su pito lento, con gesto de misterio,
que viene ya la procesión.

Juan de Dios Vanegas

(León: 8 de marzo de 1873 — *Idem*:
31 de marzo de 1964)

El “abuelo [de Juan de Dios Vanegas Zapata era] un hombrazo, con un gran taller de carpintería. Su padre [un] obrero también, que de tiempo en tiempo fleteaba con sus carretas de bueyes a Managua”, dice un testigo y compañero, Alfonso Valle. No obstante la estrechez que supone su extracción social, Vanegas logró una formación académica completa: estudió la primaria con el propio Rubén Darío, cuando el poeta cumplía condena por “vago”, impartiendo clases en 1884 en una escuelita del barrio San Sebastián de León, y con los profesores Justo Pastor Somarriba y Felipe Ibarra. La secundaria la cursó con Ricardo Contreras, el mexicano traductor de poetas franceses, quien entonces dirigía el Instituto Nacional de Occidente. Y pudo seguir la carrera de Derecho en la Universidad Nacional de Nicaragua y alcanzar el grado de doctor en 1903, gracias a un modesto empleo de maestro de primaria.

Desde entonces, Vanegas se dedicó al ejercicio de las leyes, profesión en la que gozó fama de sabio y honesto; a la literatura y a la enseñanza de la mayor parte de las materias jurídicas, especialmente, Derecho Romano, cátedra que dictaba casi sin necesidad de texto, según aseveración de uno de sus discípulos, nada menos que Salomón de la Selva. Asimismo explicaba gramática, historia e historia de la literatura española, tanto en la Universidad, como en el Colegio San Ramón y en el Instituto de su ciudad natal. Por este tiempo participaba del Ateneo de León y alentaba la revista *El Alba*. En 1904 casó con Angélica

Aguirre Gutiérrez y procreó varios hijos. En 1906 conquistó los dos primeros premios en los Juegos Florales de León, con los poemas “El regreso” y “La acción de San Jacinto”, y en 1907 apareció su libro *Urnas y voces del campo*. Ya para entonces sus poemas, artículos y ensayos se difundían en revistas y periódicos, y era una de las firmas más seguras y acreditadas en el panorama intelectual del país; por lo menos así lo creyó Darío al afirmar en 1909: “el poeta Vanegas [es] quizá el más firme y sólido” de los nicaragüenses.

Durante el gobierno del general Zelaya desempeñó el cargo de oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores, y hubiera sido Ministro de Instrucción Pública de no producirse la intervencionista Nota Knox. En 1916 obtuvo otro premio en la misma ciudad de León. En 1924 imprimieron sus *Poemas de la ausencia*, y en los años posteriores, cuatro obras en verso y prosa: *Por tierras fecundas*, *Semana Santa en León*, *Poemas de la hermana* y *Nacimiento y primera infancia de Rubén Darío*. En 1943 le concedieron el premio nacional de poesía “Rubén Darío”. A fines de los cuarenta, al borde de sus 70 años, todavía trabajaba como rector de la Universidad, y en una *Historia de la literatura e historia de León colonial*, que al parecer se quedó inédita. Se apagó apaciblemente, en medio de algunos honores oficiales y académicos y de la veneración de su familia y alumnos.

BIBLIOGRAFÍA

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *100 poemas nicaragüenses*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, núm. 4, enero de 1963; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología del árbol nicaragüense*. Managua, Publicaciones Nicaragüenses, 1973, selección e introducción de Orlando Cuadra Downing; y *Antología general de la poesía*

nicaragiense. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano.

Estudios sobre el autor: *Corona fúnebre del doctor Juan de Dios Vanegas, en el primer aniversario de su muerte*. León, s.p.d.i. 1965, contiene una serie de ensayos y estudios sobre su obra y personalidad, firmados por Alfonso Valle, Rubén Darío, Ildelfonso Palma Martínez, Joaquín T. Sacasa, Eudoro Solís, Mariano Fiallos, etcétera.

Pájaros y frutos

Chichitote: ave color de fuego.

Mango: fruto semejante al ave.

Hay un pájaro en mi tierra
que es rojo y negro y que canta
con dulzura, porque encierra
miel divina en su garganta.

Y hay un fruto en mi tierra
que es rojo y negro también,
como el pájaro, y encierra
fragante y sabrosa miel.

Cuando el pájaro se mece
al extremo de la rama,
que es el fruto me parece,
con su carbón y su llama.

Y si apiñados se ofrecen
los frutos en bella unión,
pájaros presos parecen
con su llama y su carbón.

Fruto y pájaros hermanos,
hijos de esta tierra mía,
que cuando estáis en mis manos,
me dais la grata alegría

de escuchar trinos risueños
del fruto bajo la piel,
y en los plumajes sedeños
sentir la fragante miel.

Tal vez en tiempo mejor
fueron uno, y su figura
repartieron con amor;
color el fruto y dulzura;
dulzura el ave y color.

A mi padre

Mi padre es carpintero. Dulces horas
pasé con él en mi niñez sencilla;
la luz de aquellas cándidas auroras
con más fulgor dentro mi pecho brilla.

A la sombra de un árbol corpulento
que mayo viste con su verde manto,
mientras arriba susurraba el viento
y un coro de aves arpegiaba un canto,
él empuñaba de la azuela el cabo
y a los golpes sonoros y seguros,
abría la madera como un bravo
batallador que derribase muros.

Luego el cepillo, como sierpe esclava,
iba en su mano ondulador y suave
y la viruta sin cesar brotaba
como un plumaje tumultuoso de ave.

El ruido, a veces, de la hiriente sierra
en vaivén pertinaz se sucedía,
y al soplo fugaz, sobre la tierra,
como una alfombra el aserrín lucía.

Yo me inclinaba y con incierta mano
trazaba signos en aquella alfombra;
el pensamiento germinaba ufano
y proyectaba su primera sombra.

Qué alegre el corazón al retumbante
golpe del fuerte y vencedor martillo,
hundiendo el clavo, con su son triunfante
como un cantar enérgico y sencillo.

Y cuando el eco en el confín lejano
aquellas notas límpidas volvía,
también un grito altivo y soberano
el sereno horizonte recorría.

Me embriagaba sintiendo la fragancia
del terso maque con fulgor bermejo,

y la tabla pulida fue en mi infancia,
después del agua, mi primer espejo.

Encontraba un perfume en la madera
más grato y puro que en las frescas flores;
es que el árbol le da a la primavera
sólo parte de aromas y colores.

¡Si volviera mi infancia! ¡Si la alfombra
del aserrín siguiera por mis días!
¡Si aun opusiera contra el sol la sombra
de aquel árbol poblado de armonías!

Hice castillos con los trozos breves
que dan formas de cubo o de poliedro,
y navegué, sobre los sueños leves
de la niñez, junto al olor del cedro.

El blanco labio del formón cortante
herido por el sol del mediodía,
le dice más al pensamiento infante
que el cielo recamado en pedrería.

El carpintero es un creador. El rudo
tronco transforma en caprichoso adorno,
y como en juego, con escoplo agudo
va haciendo maravillas en el torno.

Es suya el alma buena y sensitiva
del árbol bello, la única sincera,
y sorbe una onda de fragancia viva
cuando abre el corazón de la madera.

Tiene en sus labios como espuma el canto
que hace alejarse la melancolía;
y alza en el taller, su templo santo,
la perenne oración de la armonía.

Trabajando mi padre ¡cuán augusto!
¡Cuánto poder en sus callosas manos!
El compás, transportando, lo hace un justo
y la conglobación de los ancianos.

Si con la fuerza de los trozos labra
y el vigor que los objetos crea,

pudiera yo, domando la palabra,
revelar maravillas con la idea.

Que sea con la pluma, un carpintero
que construye, transforma y abrillanta
y pase levantando en mi sendero
la obra que al sol su primavera canta.

Los poemas de la ausencia

VI

Una humilde casita con un jardín delante,
una mata de trigo florida en el jardín,
una dulce mañana bajo un cielo radiante
y un pájaro en la mata, con pecho carmín.
Mi madre viendo el ave con luz en el semblante.
Yo junto de mi madre mirando aquel festín;
nuestras almas en éxtasis, creyendo que el instante
de aquella emoción única jamás tendría fin.

Ahora, en la casita, dominio ajeno impera,
donde el jardín estaba la arena reverbera;
el pájaro y la mata son sólo una ilusión.

Mi madre, lo supremo de aquel lejano día,
dormida para siempre bajo la losa fría
y yo... de aquel recuerdo nutriendo el corazón.

(1924)

Mis abuelos

II

Fue militar; su brazo con Morazán valiente
estuvo en los combates que refiere la historia.
Y guardaba su espada con hondo y reverente
cariño, cual si fuera su símbolo de gloria.

En derredor sus nietos, con la mirada ardiente
lo vimos exaltarse trayendo a la memoria

las proclamas de fuego del héroe combatiente
que en su corcel llevara al anca la victoria.
Y a veces lo miramos silencioso, abstraído,
como siguiendo el hilo de una invisible malla
profundamente atentos el ojo y el oído
y en sus pupilas vimos, como movable valla:
ejércitos, cañones, con estupendo ruido
bajando a las llanuras en orden de batalla.

El butaco

Triste butaco antiguo que, ornado de tachuelas
y forrado en lustrosa baqueta ennegrecida,
evocas en silencio las canosas abuelas
durmiéndose en la margen oscura de la vida.
Eres el arca mágica de familiares sueños
vividos en los tiempos de veladas dichosas,
entre rosquillas de oro, chocolates risueños,
cuentos de brujerías, barajas silenciosas.
A tu vista reviven las dulces horas muertas
de la divina infancia, con sus alas abiertas
y sus tiernos anhelos dentro del corazón.
El canto de la madre que mece al niño y cose;
los pasos del abuelo abstraído que tose,
y que la mecha prende a golpes de eslabón.

El fantasma

Como en algunas casas, en la nuestra salía
un nocturno fantasma con formas de mujer,
en un rayo de luna vestido parecía;
un hada de los bosques se le podía creer.
Esa es un alma en pena, la gente nos decía,
en dónde está el tesoro es lo que hay que saber;

y bajo de la tierra, con nuestra fantasía,
la botija mirábamos, difícil de mover.

Y juntos y armados y decididamente
nos íbamos a hablarle, golpeando diente a diente,
pero a los pocos pasos negábanse los pies.

Y el fantasma se iba con tácitas pisadas
ante nuestras inciertas, atónitas miradas,
o se desvanecía para volver después.

Solón Argüello

(León: 11 de julio de 1879 — México, D.F.:
29 de agosto de 1913)

Solón Argüello fue un hombre de temperamento fogoso y aventurero; emigró de Nicaragua antes de cumplir sus 20 años y se enroló en empresas revolucionarias que resultaban ajenas a la torre de marfil, o sea, al aparente abstencionismo político y esteticismo de los modernistas. Cursó la carrera magisterial y la jurídica. Vivió en El Salvador, donde fundó en 1897, junto con Félix Medina, Modesto Barrios y otros, un colegio privado y el periódico *El Heraldo*; asimismo pasó largas temporadas en Guatemala, los Estados Unidos de Norte América y México; este último país lo considera héroe suyo. Aunque no se sabe con exactitud la fecha de su arribo a México, bien puede fecharse entre 1900 y 1901, pues ya en septiembre de 1902 sus trabajos creativos eran comentados en el seno de la Sociedad Literaria Manuel Gutiérrez Nájera.

El 22 de diciembre de 1905 lució como orador en una fiesta oficial: el aniversario del fusilamiento del general José María Morelos y Pavón, que se conmemoraba en San Cristóbal Ecatepec; y por esos mismos días, después de una corta estancia en Nueva York, publicó su primer libro de poemas, *El grito de las islas*, cuyas dedicatorias constituyen un tácito homenaje a los modernistas más representativos de la América hispana: Justo Sierra, Rubén Darío, Leopoldo Lugones y Amado Nervo. Antes de 1908 la dictadura porfirista lo persiguió en Tepic, donde se había domiciliado, y en compañía de tres destacados

elementos de la prensa mexicana, Jesús Urueta, Juan Sánchez Azcona y Heriberto Frías, le siguieron proceso en Guadalajara “por delitos de imprenta”. En México sostuvo relaciones con el escritor y diplomático Juan B. Delgado, con los poetas José Juan Tablada y Luis G. Urbina, a quien dedicó el poema “Psiquis”, y con el humanista y traductor de latinos, Joaquín D. Casasús. Amigo además de Enrique Gómez Carrillo, Rafael Heliodoro Valle, Salvador Rueda y Federico Mistral, les dirigió poemas y epístolas. En 1909 salió su segunda obra, *El libro de los símbolos e islas frágiles*, y en 1910 permaneció por unos meses en Jalapa, Veracruz; en estos mismos años colaboraba en *Revista de Revistas*, *Nueva Era*, *La Época*, *El Diario Ilustrado* y *Diario del Hogar*. Compañero y propagandista del presidente Francisco I. Madero, candidato a diputado propietario por el Distrito Central del Territorio de Tepic, y miembro de la directiva del Partido Constitucional, participó, entre muchas otras actividades revolucionarias, en la manifestación que en octubre de 1912 pedía la pena máxima para Félix Díaz, quien se acababa de levantar en armas, y el 9 de febrero de 1913, principio de la “Decena Trágica”, recorrió la Alameda Central tremolando la bandera y llamando al pueblo a la defensa del orden legal.

También en 1913 imprimieron sus *Cosas crueles*. Con disfraz de ferrocarrilero regresó a México a comienzos de agosto del año citado, porque después del asesinato del presidente Madero se había marchado a Nueva York, y venía con el propósito de ajusticiar por su propia mano al usurpador Victoriano Huerta; pero descubierto y capturado el 26 de agosto, fue muerto a tiros la madrugada del 29 en la Estación de Lechería, cuando era conducido en tren a Guadalajara. No obstante vivir lejos y arduamente, Solón Argüello nunca se desvinculó del movimiento literario de su patria; allí quedan sus colaboraciones en revistas, su inclusión en el *Parnaso nicaragüense*, y su correspondencia, intercambio de libros y dedicatorias con Rubén Darío, Román Mayorga Rivas, Juan de Dios Vanegas y con sus parientes, Santiago y

Lino Argüello. Su obra comprende tres poemarios: verso y prosa; dos novelas cortas (*Las dos cruces* y *Blanca tristia*), y dos dramas escolares (*La venganza de un héroe* y *La toma de Churubusco*), que para 1909 estaban ya en prensa, según se lee en la contratapa de su segundo impreso, mas no se sabe si llegaron a circular.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poemas: *El grito de las islas*. México, Tipografía Franco-Mexicana, 1905; *El libro de los símbolos e islas frágiles*, México, Imprenta del Gobierno, 1909; y *Cosas crueles*. México, Imprenta Lacaud, 1913.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; y *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano. *Hija del día, artes poéticas nicaragüenses*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1994, por Julio Valle-Castillo.

Estudio sobre el autor: Jorge Eduardo Arellano, “Solón Argüello modernista y revolucionario”. *La Prensa*, Managua, 22 de octubre de 1972.

Las brujas

Decidme, ¡oh! viejas brujas
Doctoras de los sábados,
ya la buena ventura
o la mala.

Buscaos
en las noches de luna
los más feos yerbajos,
los que ocultan
lo más raro:
murciélagos que fuman
o espeluznantes sapos,
alas negras difuntas
de búhos malhadados,
y víboras que ondulan:
todo bicho que de asco,
¡oh! las brujas,
Doctoras de los sábados.

Y en marmitas que gruñan,
y en hornillas de barro
echad la grasa inmunda
que os aportan los drasgos
desde las sepulturas
de muertos putrefactos,
cuando aúllan
las hienas en el campo.

Y que hiervan, que rujan
tras los conjuros mágicos
y las muecas que emulan
los gestos demoníacos,
al culebrear columnas
de fuego y humo fatuos,
que en la gruta
dicen futuros casos,
¡oh! las brujas
Doctoras de los sábados.

Y haced que emerjan unas
 sombras, colmillos largos,
 y que surjan
 fieros diablos
 que en nocturnas
 asambleas de pálidos
 me digan la ventura
 que reservan los hados,
 ¡oh! las brujas
 Doctoras de los sábados.
 —*Crac crec croc.*
 Gato negro, maúlla.
 —*Crac crec croc.*
 Perro flébil, aúlla,
 croc croc.
 —Que en nocturnas
 asambleas de pálidos
 me digan la ventura
 que reservan los hados
 ¡oh! las brujas
 Doctoras de los sábados...
 —¿Qué faz de la Luna buscas?
 crac crec croc.
 —La que a Citeres alumbraba
 entre las rosas de amor.
 ¿Aún habrá para mí una...?
 —*Crac crec croc.*
 ¿Cuántos años ha tu daño?
 —¡Oh soy viejo! Toqué hoy
 vigésimo octavo escaño...
 —¡Uf! ¡qué horror!
 Humo, sube,
croc, croc, croc.
 Huye, nube.
 (Y alzaron el vuelo las viejas,
 las doctas perversas,
 cual parva de Furias famélicas
 con gritas y burlas siniestras,
 haciendo mil muecas.

Sus híspidas largas melenas
tendíanse, negras,
cual luengo penacho de luengas
humaredas).

Y prosiguió en su signo...

Pasó, lleno de polvo
su traje asaz roído,
con sus viejas sandalias que conocen
cien valles, cien desiertos, mil caminos.

Pasó, con su melena
que desgreñaba el austro,
con su triste mirada pensativa,
que escruta, siempre fija en el arcano.

Pasó, como una sombra,
callado, obscuro, solo,
con sus laxos camellos de tristeza
doloridos. Pasó lleno de polvo...

Miró hacia atrás en busca
del ya lejano predio
y aun oyó los reproches que venían
traídos por la parva de los vientos.

Y se bebió sus lágrimas
y prosiguió, en su signo,
con sus viejas sandalias que conocen
cien valles, cien desiertos, mil caminos.

(¿1904?)

Al ver su aldea

Gana Febo el cenit. Lago de llamas,
temblar mírase el éter igniscente
y en el monte monótono y silente,
de la siesta en el horno, arden las ramas.

Contemplando los yermos panoramas,
 el sudor a raudales en la frente,
 baja, heridas sus plantas, la pendiente
 el viajero senil. Cívicos dramas

lo expatriaron —diez lustros peregrino—
 y hoy que torna su alma gigantea,
 teme yerto caer en el camino;

mas, no obstante que agónico flaquea,
 corre alegre, de pronto, como el vino,
 al doblar un recodo y ver su aldea.

(¿1904?)

La línea azul

Y fue en la proa del barco,
 y en noche, gárrula en luz,
 do escuché a la inocente niña enferma:
 —Di, mi bien, ¿qué es aquella línea azul?

El inviolado horizonte,
 puente del viaje eternal,
 miraba ella al hacer sobre de mi hombro
 su paciente cabeza reposar.

Y, abejeando mi beso
 su pálida boca en flor,
 la dije: —Es el propíleo do se juntan
 las almas que desliga el Sino atroz.

Hoy en la proa del barco
 vuelo solo...; y a la luz
 de los astros, contemplo el infinito
 y la busco en aquella línea azul...

(1905)

No pasa ningún vuelo

Como impaciente carne de mujer, la cuartilla;
el lápiz, suspendido, como interrogación;
y en la siniestra mano la pálida mejilla...
No pasa ningún vuelo de águila o alción.

¡Oh! Mi Nemrod insomne que por doquier escruta
con rifle arcaico y noble de lívido cañón;
mas bajo el cielo autócrata sobre la tierra hirsuta
no pasa ningún vuelo de águila o alción.

El bosque duerme y gruñe. La siesta dice cosas
que —antiguos estribillos— simulan oración;
y en tanto que en la ciénaga son mil las mariposas...
no pasa ningún vuelo de águila o alción.

(¿1908?)

La música del barrio

Yo amo la música, yo amo
la música del pobre
organillo del barrio;
la voz de esas almas quejumbrosas
que imploran con lúgubres halagos
un pan para el artista,
un vino, o un harapo.

Yo amo la música, yo amo
la música del pobre
bohémio que cruza cabizbajo
las calles de la aldea,
trayendo bajo el brazo
su caja doliente y melodiosa
que aporta desde un país lejano,
mendigo y ambulante,
ya de plañir cansado.

Al pie de balcones entreabiertos
y viendo hacia arriba, no hace caso

de la nieve que cae
sobre sus hombros flacos,
en tanto que mueve su manubrio
caritriste e impávido.

Yo amo la música, yo amo
esos ritmos enfermos,
sin arte, sin luz, toscos y lánguidos,
como inmensos gemidos
que se alargan elásticos.

Yo amo esos versos de palurdo
que huelen a poblacho
y traen al alma viejas cosas
empolvadas de antaño;
el son de un violín que se lamenta,
heridos tal vez de fiero dardo,
o el de un acordeón cuando solloza
debajo de algún árbol
que es el techo amoroso
de los seres gitanos,
y el lloro que plañe una guitarra
allá en la callejuela
oscura de algún barrio.

Al ir la senda del vía-crucis
en que voy con mi fardo
de penas, que abruma y ennegrecen
mi dolorido ánimo
a veces, absorto en mi camino,
he detenido el paso
oyendo esas notas gemebundas
que son como el grito hondo y amargo
de todas las miserias
y de todos los llantos
que van por la tierra, peregrinos
sin pan y sin descanso.

Y ebrio de horrorísima tristeza,
me he marchado llorando,

volviendo a mi alma viejas cosas
empolvadas de antaño.

Yo soy también, ¡ay! otro bohemio
sin patria, desterrado,
que va por las aldeas
ofreciendo sus cánticos
y amando la música del pobre
organillo del barrio
que es el eco aflictivo
de un armonioso hermano.

José T. Olivares

(Managua: 30 de agosto de 1880 — *Idem.*:
12 de mayo de 1942)

José Trinidad Olivares Cerrato era hijo del coronel José Olivares y de Guadalupe Cerrato. Pasó su niñez en el barrio San Antonio, y concluida la primaria en el Colegio de Desiderio Fajardo y Ortiz, de Managua, se trasladó a Granada, donde cursó el bachillerato en el Instituto Nacional de Oriente. En 1896, a los 16 años de edad, dio inicio a su dilatada vida pública viajando a El Salvador en calidad de delegado nicaragüense al Congreso Estudiantil Centroamericano, del que fue electo presidente. Antes de 1907 obtuvo el grado de Doctor en Derecho por la Universidad Central de Managua; la misma que posteriormente lo contó dentro de su cuerpo de catedráticos de Filosofía del Derecho o Derecho Natural.

En los últimos años (1908-1909) del gobierno liberal del general Zelaya, desempeñó el cargo de Juez de Minas; en el transitorio período (1910) de José Madriz, el Ministerio de Gobernación, y durante la primera presidencia (1911-1916) de Adolfo Díaz, una magistratura en la Corte Suprema de Justicia. José T. Olivares con Ramón Sáenz Morales forman el dúo más importante del grupo capitalino, o sea, el de Managua. Su firma era constante en los diarios y en las revista de entonces. Al parecer planeó y tal vez editó un *Cancionero del lago*, que jamás hemos visto ni registrado en bibliografía alguna; por lo tanto y mientras no se demuestre lo contrario, fue hasta en 1920 que Olivares publicó una breve selección de su obra en verso,

Poesías, en San José de Costa Rica y bajo el sello editorial de *Repertorio Americano*, el prestigioso órgano publicitario de Joaquín García Monge. Murió a los 62 años en Managua, mentalmente perturbado por las doctrinas teosóficas, tan caras para él como para un gran sector de los intelectuales de aquel entonces.

BIBLIOGRAFÍA

Libro de poemas: *Poesías*. San José, *Repertorio Americano*, 1920.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1948, por Jorge Eduardo Arellano; y *Poesía política nicaragüense*. Managua, Ministerio de Cultura, 1986, por Francisco de Asís Fernández.

Estudio sobre el autor: Rafael Heliodoro Valle, “José T. Olivares”, *Letras*. Managua, agosto de 1914, Año II, núm. 8.

Terebintos

Alma mía, tú no eres ya la misma.
 Sin luz y sin fragancia
 cruzaste la amargura del calvario,
 subiste con las carnes desgarradas,
 pasaron los tres días
 y aún estás en la fosa, inanimada.
 No esperes que, sumida en el sepulcro,
 se levante tu lápida,
 y que, al cielo, como una mariposa
 beatífica te vayas.

Es muy triste, alma mía, tu evangelio:
 has tenido caídas y lanzadas;
 muchas noches del huerto
 que tréboles brotaron a tus plantas;
 mucha hiel y vinagre;
 el pesado madero a las espaldas,
 y ninguna Verónica afligida,
 ni una Magdalena apasionada.

Alma mía, tú no eres ya la misma.
 ¡Ya quedaron muy lejos las mañanas
 en que fuiste como una religiosa
 ebria de fe, resedas y campanas!

(¿1910?)

Versos de mayo

Olor matinal a tierra
 en navidad de repollos,
 azul abstracto en la sierra
 y un encanto de cogollos.

[...]

La cigarra silba en griego
 un toque de agricultura,

como un lamento de fuego
con claridad de agua pura.

Imponiendo su grandeza
el retumbo celestial,
desparrama la promesa
de un futuro temporal.

El aguacero se tarda;
hay sofocación interna,
y el sapo, súbito, aguarda
como una piedra que piensa.

En espectantes mutismos
las muchachas casaderas
hilvanan romanticismos
al compás de las goteras.

La lluvia insiste en caer
y con absorta ignorancia,
los niños miran llover
en las puertas de la estancia.

Un hastío que bosteza
nos habla de lo que fue.
Es alegría o tristeza,
pero se ignora por qué.

Ya vendrán besos y rosas
junto a las frondas mojadas;
y las zarzas vistosas
para las tardes nubladas;

cielos a todo capricho,
bellos ocasos, instantes
para novios que se han dicho
tonterías importantes.

Flores de armiño y de grana
como una ofrenda simbólica,
manda Ceres, la pagana,
a María, la católica.

Pasan las viudas en banda
 por lo alto que apenas sopla;
 parecen monjas de Irlanda
 que van a Constantinopla.

Baja una inmensa pestaña,
 cierra la tarde morena,
 y de pavor la montaña
 lentamente se engangrena.

Chotacabras agoreras
 del camino, en la sombría
 hora asustan los viajeros
 por razón de brujería:

El viaje siguen ya pleno
 de obscuridad de leyenda
 y un perro ladra hacia el trueno
 la esperanza de una hacienda.

Eterniza la cigarra
 en la oquedad su silbido:
 ¡hay una mano que agarra
 al corazón afligido!

Y se inclina la cabeza
 por lo que el alma entrevé:
 es alegría o tristeza,
 pero se ignora por qué.

Mañana sin Sol

Mañana de pesquería,
 con una vaga alegría,
 de abandonar el trabajo
 y de ir a pasar el día
 a las playas de allá abajo.

De ser feliz remero
 expuesto a los vendavales;

o mirar un aguacero,
de un nuevo amor prisionero,
a través de los cristales.

Cotorras que van en coro
para la sierra nublada;
playa del lago adornada
con aromos color de oro
junto a la dulce enseñada.

Mañana de golondrina,
convaleciente de pena;
porque no hay sol que fascina
y en los sembrados culmina
un verdor de yerbabuena.

Caridad blanca en los tules
de la garza, al demacrado
corazón, que se ha enfermado
de extraños versos azules
que vio en un libro rosado.

El arrullo

Marzo da sed y tristeza,
bajo el sol con las palomas
llora la naturaleza.
Llora un amor la ardentía
del campo seco, el arrullo
canta un llanto al mediodía:
gotas de almas de palomas,
al corazón lo perfuman
como divinas aromas;
copos de una melodía
con piedades de algodones
para la melancolía.
Perlas dolientes de amor...
El arrullo en los jarales
sufré el duelo de una flor;

flauta enferma, son de niño,
 madeja de alba ternura
 que se liquida en cariño.
 Argentino miserere
 de los silencios del bosque:
 suave implora, dulce hiere.
 Nota de seda y metal
 que resbala y es dañina
 como un áspid de cristal.
 Tuesta el bochorno la parra,
 los árboles tísicos son
 el clamor de la cigarra.
 Y el arrullo dulcemente
 fraterniza con la pena
 de aquella tecla estridente.

Bochorno de Sol

Campos afligidos de polvo y sol:
 por ellos cabalga mi desilusión.

Llanuras sedientas que la lluvia esperan,
 ruinas, camposanto de la primavera.

Cerros calcinados de marzo; vendrán
 muchos años de mundo, y siempre han de estar

callando su enigma... Yo voy extranjero
 en mi tren, de yanques marinos repleto,

ante la bandera que ahogó mi bandera.
 Un baño de fuego atrista la cosecha.

Flores amarillas del campo marchito
 con que las villanas alegran su idilio.

Bochorno del sol tropical que revienta
 las cigarras y hace soñar sombra y sendas

en fresca montaña, con ríos y flores,
 o ansiar los jardines nublados de Londres.

¡Quién tendrá las penas que llevo conmigo!
Y pensar que no tuve alegrías de niño,
que voy en los años andando sin rumbo
con el alma ausente, pálido y sañudo.
Potreros, aldeas que en calor se abrasan...
Tristeza de dejar todo lo que pasa.
Pensar que de niño fui uraño de todo
y son mis recuerdos las cosas de Otoño,
cuando iba en las lomas con mi cruz de ensueño,
¡las cosas lejanas que dicen los vientos!

(1913)

Tierra seca

¡Tardes en los montes de mi país!
¡Niebla de oro del polvo del camino,
melancólico grito cristalino
de cigarras de abril!
Carretas que la noche va siguiendo,
a la feria del mar;
despalados ardiendo,
casas de paja humeantes
y lejano balar;
en todo hay la tristeza y el deliquio
de las cosas distantes,
y una sed de verdura;
la indígena amargura;
el estival cansancio de esperar
de los montes soleados,
¡hermano de la pena en las tonadas
que en las huertas pobres se oyen cantar!
¡Pocoyos del misterio vespertino,
rojo sol japonés, tardes rosadas,
cigarra sitibunda del camino!

Postales centroamericanas

I

Ciudades silenciosas éstas de Centroamérica,
con sus casas de tejas y vida provinciana;
aún parece que sufren la tiranía ibérica,
lo mismo a medianoche que al sol de la mañana.

Tristeza displicente de sus calles sin ruidos,
melancólico canto de los gallos, lejanos,
que semejan los gritos de los años perdidos
en las luchas feroces de hermanos contra hermanos.

Bajo un sol ardoroso nuestro ideal concebimos,
y en honesta molicie, tropicales tardanzas
nos consuelan a diario de una vida ilusoria.

Y es así que en un ocio casi todos vivimos
el entretenimiento de falsas esperanzas,
en unos vecindarios, sabidos de memoria.

Azarías H. Pallais

(León: 3 de noviembre de 1884

— *Idem.*: 6 de septiembre de 1954)

Azarías Henry Pallais Bermúdez fue un poeta viviente, es decir, una de las personalidades más poéticas que ha tenido la literatura nicaragüense y quizá la centroamericana. Todo en él, desde su vida —siempre en comunión con los desvalidos y en libertad, y por tanto, en pugna con lo que se le interpusiera, ya la jerarquía eclesiástica, ya la estatal—, hasta su físico —alta sotana arlequinesca, andariega—, eran cosa poética, poesía o poema. Abundan las anécdotas que revelan su pureza y rareza. Sus críticos han dicho que era una mezcla de Berceo, el Arcipreste y el santo de Asís. Hijo del doctor Desiderio Pallais y de María Jesús Bermúdez, cursó la primaria y el bachillerato en la ciudad natal y tal vez la ascendencia francesa de su padre lo llevó, cuando apareció en él la vocación, a estudiar en el Seminario de San Sulpicio, en París.

Continuó la carrera sacerdotal en el León XIII de Lovaina y la concluyó en el Internacional de Roma; en esta última capital fue ordenado sacerdote el 14 de julio de 1908. Ya doctor en Teología por la Universidad Apolinaria de Roma, viajó por Suiza, Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra y se quedó viviendo para toda su vida y fechando idealmente su obra “en Brujas de Flandes”. A principios de 1911, retornó a Nicaragua y empezó a dictar cátedra en el Seminario de León. Sabía griego, latín y hebreo y se afirma que dejó inconclusa e inédita una versión de la *Ilíada*. De estas sus labores como



traductor también quedan textos de los simbolistas belgas y franceses. Como orador, memorables son sus discursos pronunciados en 1914, 1916 y 1919; centenario de la Universidad Nacional de Nicaragua y festividades marianas en la Catedral de León; pero el más comentado fue el de las exequias de Darío, febrero de 1916.

En 1917 circuló su primer poemario *A la sombra del agua*; al año siguiente, 1918, *Espumas y estrellas* y por esta misma época anunciaba todo un volumen de sólo *Sonetos ingenuos*, que se quedó sin publicar. Para 1920, su versatilidad y cultura lo convertían en el centro de las tertulias literarias de León; por este tiempo efectuó una gira a pie a Colombia, porque deseaba leerle a Guillermo Valencia su libro recién escrito, *Caminos*, que se imprimió en 1921. En 1923 editó *El libro de las palabras evangelizadas*. En 1928 publicó *Bello tono menor* y en 1929 fue nombrado director del Instituto Nacional de Occidente; cargo que desempeñó hasta 1937. El 20 de diciembre de 1929 ingresó a la Academia Nicaragüense de la Lengua. Mientras tanto, la muchachada vanguardista lo proclamaba su precursor y capellán. De gran fecundidad; su firma aparece tanto en *Los Domingos*, *Letras*, *Carátulas*, como el *Repertorio Americano* de Costa Rica, *Nuevos Horizontes*, *Cuadernos del Taller San Lucas y Anhelos*. En las últimas dos décadas de su vida dio a conocer otros tres libros. Desde 1938 hasta su fallecimiento, 1954, fue cura párroco de Corinto; sus restos, después de reposar en el cementerio de León, fueron trasladados a la iglesia del puerto, en abril de 1966.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poemas: *A la sombra del agua*. León, Talleres Gráficos de J. C. Gurdíán, 1917; *Espumas y estrellas*. León, Talleres Gráficos de J. C. Gurdíán, 1919; *Caminos*. León, s.p.i. 1921; *El libro de las palabras evangelizadas*. León, Talleres Gráficos Robelo, 1923; *Bello tono menor*. León, Talleres Gráficos Robelo, 1928; *Epístola católica a Rafael Arévalo Martínez*. Lima, Compañía de Impresiones y Publicidad, 1946; *Piraterías*.

Managua, Talleres de la E.C.S.A., 1951; y *Glosas*. Managua, Universidad Centroamericana, 1971.

Antologías: *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Antología de la poesía centroamericana*. Perú, Editora Latinoamericana, S.A., 1960; *Nueva poesía nicaragüense*. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949, selección y notas de Orlando Cuadra Downing; *100 poemas nicaragüenses*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, núm. 4, enero de 1963; *Antología de sonetos nicaragüenses*. León, *Ventana*, núm. 19, Año 4, octubre-diciembre de 1968; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano; *Antología*, de Azarías H. Pallais. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1986, selección y prólogo de Ernesto Cardenal; *Poesía política nicaragüense*. Managua, Ministerio de Cultura, 1986, por Francisco de Asís Fernández. *Hija del día, artes poéticas nicaragüenses*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1994, por Julio Valle-Castillo.

Estudios sobre el autor: Ernesto Cardenal, “Azarías H. Pallais”, en la Introducción a la *Nueva poesía nicaragüense*. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949; Stefan Baciú, *Poesía, vida e morte de Azarías H. Pallais*. Río de Janeiro, *Jornal de Comercio*, 1956; Pablo Antonio Cuadra, “Azarías H. Pallais y la presentación de su voz”, *Torres de Dios*. Managua, Ediciones de la Academia Nicaragüense de la Lengua, 1952; y “El último viaje del poeta andariego”. Managua, *La Prensa*, 24 de abril, 1966; Jorge Eduardo Arellano, “Imagen de Azarías H. Pallais”. Managua, *Encuentro*, n.º 3, noviembre-diciembre de 1973; Álvaro Urtecho, “Azarías Pallais, místico del silencio”. Managua, *Nuevo Amanecer Cultural*, Año V, Vol. I, n.º 229, domingo 28 de octubre de 1984; Guillermo García Murillo, “La prosa del padre Pallais”. *Nuevo Amanecer Cultural*, Año XII, n.º 640, Managua, sábado 7 de noviembre de 1992 y José Argüello Lacayo: *Un pobre de Jesús*. Managua, Hispamer, 2000.

Los caminos

(Después de las lluvias)

Desde que era muy niño, saltaba de alegría
cuando la fresca lluvia de los cielos caía.

Chorros de los tejados, vuestro rumor tenía
el divino silencio de la melancolía.

Los niños con las manos tapaban sus oídos,
y oyendo con asombro los profundos sonidos
del corazón, que suena como si fuera el mar,
sentían un deseo supremo de llorar.

Y como la lluvia, todo era interrumpido,
se bañaban las cosas de un color de olvido.

Y vagaban las mentes en un ocio divino,
muy propicio a los cuentos de Simbad el Marino.

Las lluvias de mi tierra me enseñaron lecciones...
con Alí Babá, pasan los cuarenta ladrones.

Y cantaban mis sueños en la noche lluviosa:
Lámpara de Aladino, ¡lámpara milagrosa!

Y al caer de la lluvia, la criada más antigua
desgranaba sus cuentos en una forma ambigua.

Otro de los milagros que en la lluvia yo canto
es que, al caer sus linfas, se pone un nuevo manto

mi ciudad, que al lavarse... yo pienso en una de esas
austeras e impecables ciudades holandesas:

una ciudad lavada, sin polvo, nuevecita,
donde reza el aseo su plegaria bendita.

.....

Son todos los caminos como flor de aventura
para el dulce Quijote de la Triste Figura.

Mayúscula segunda: La fiesta del camino lavado.

Y al ver en los caminos la fiesta de la vida,
yo pinto una segunda mayúscula florida.

La de este primer canto, mayúscula primera,
tenía un inocente color de veranera.

Mayúscula segunda, te veo en el recodo,
bañada en un reflejo lustral de "Quasimodo".

Soy músico y poeta, pero más soy pintor;
por eso, yo describo paisajes con primor.

Y viendo los detalles del paisaje inocente,
me olvido de las burlas amargas de la gente.

Por caminos lavados, bajo el mando de un niño,
cruzan las dulces vacas y florece el cariño

de una tierra sin nombre, silenciosa y lejana,
donde hubiese unos hombres sin levadura humana.

Los perros del rebaño, con sus brincos festivos,
conjuran mi tristeza de versos pensativos.

Por caminos lavados, los perros; me figuro,
que se hace todo claro mi reino claroscuro.

Niños incorregibles son los perros ahora,
para puntuar las fiestas lavadas de la hora.

Como reo que sale de la prisión oscura,
el caballo, en su paso, tiene mayor soltura.

Pues, ¡sólo Dios lo sabe!, cuando empieza a llover,
¡cuánto los animales dejan de padecer!

Se cierran las prisiones horribles del calor
y se abren las ventanas amables del verdor.

Y en loscas marsellesas se entusiasma la vida,
porque la lluvia tiene voz de pascua florida.

Por los caminos de frescura en frescura,
el caballo, en su paso, tiene mayor soltura.

Y hasta en los bueyes, pozos de la melancolía,
se asoman como niños, estrellas de alegría.

Los dos bueyes que arrastran la carreta salvaje
son como dos graciosas violetas del paisaje.

Por caminos lavados, los bueyes, se diría
que enciende la tristeza dos soles de alegría.

Por caminos lavados, en idas y venidas,
son una magna fiesta de voces confundidas,
el conejo y la ardilla, mansos niños terribles,
y en locas aventuras las cabras, imposibles.

¡Oh cabras atrevidas, cabras aventureras,
en mi alma, por vosotras, florecen veraneras!

Y resume la fiesta del camino lavado
la gracia fugitiva del ciervo enarbolado.

¡Ciervos asustadizos, cabras aventureras,
en mi alma, por vosotros, florecen veraneras!

Como el ciervo y la cabra, tengo una alma nerviosa,
y voy por el camino con marcha recelosa,

buscando el ojo de agua de una tierra lejana,
donde hubiese unos hombres sin levadura humana.

Las voces del camino (Color de las hojas verdes)

Mayúscula segunda: los caminos son venas
con sangre de sonido: rumorosas colmenas

para una miel sagrada; la fiebre del acento
que se enciende en las cosas por la magia del viento.

Y tanto por las voces, se eleva el peregrino,
que parece una escala de Jacob, el camino.

Rumor de la hoja verde, silencioso rumor:
No hay cosa en este mundo que tenga voz mejor.

Blasfemo, no has oído la voz de este rumor:
¡Voz de las hojas verdes, Voz de Nuestro Señor!

Voz de las hojas secas, murmuras en mi oído,
recuerdos imposibles de un amigo perdido.

Tienen las hojas secas magna filosofía
que dice: Yo soy como la flor de Antipatía.

Con estas hojas secas de increíble dolor
se enciende la nostalgia de mi escondido amor.

Voz de las hojas verdes, silencioso rumor:
¡Voz de las hojas verdes, Voz de Nuestro Señor!

Esmeralda esperanza, luz de piedras preciosas,
¡contra las hojas secas, lágrimas de las cosas!

Caminos rumorosos. En la hacienda inmediata,
los perros y los gallos dan voces escarlata,

sobre gris rosado, sobre este verdemar,
sobre azul profundo bañado en azahar.

Los perros y los gallos, coplas de Arte Mayor,
sobre las hojas verdes, coplas de Arte Menor.

Los perros y los gallos tienen su simbolismo:
Tal vez son la voz tremenda del Bolcheviquismo.

¡Que ladre la amenaza contra la tiranía!
¡Que saluden los gallos con clarines al día!

Los perros y los gallos publiquen la sentencia
proclamada en “Anarkos” por Guillermo Valencia:

“Y de sus labios tiernos, relámpago imprevisto,
oímos la suprema palabra: ¡Jesucristo!”.

Pero en este camino de antífona callada,
los perros y los gallos que no me digan nada.

Rumores silenciosos de apacible color:
¡Voz de las hojas verdes, Voz de Nuestro Señor!

Junto a las grandes aguas del silencio profundo
¡que se levante el árbol de mi canto segundo!

Temeroso el lagarto se dispone y se arroja,
y avanza y retrocede al rodar de una hoja.

Y reza en el camino, con furtivos recelos:
sólo es para los pobres el Reino de los Cielos.

Los pobres, humillados bajo los poderosos,
vienen por los caminos con pasos recelosos.

Hasta que se oiga, en día de eterno resplandor
la voz de la justicia, voz de Nuestro Señor.

Y al deslizarse dicen hormigas y gusanos:
somos los escondidos Terciarios Franciscanos.

Las legas del convento, los criados, los porteros,
últimos para el mundo, para Dios los primeros.

Humildad y silencio: los mínimos queridos
dicen sobre el camino los mejores sonidos:

Los que, sobre la cumbre, salieron de sus labios,
sus tiernos, sus divinos incomparables labios.

Y hasta aquellas criaturas que ignoran el sonido,
dan voces de penumbra para el sexto sentido.

Quisiera ser árbol, un árbol sin pecado,
¡para escuchar tus voces, Silencio consumado!

Humildad y silencio: Seré como Aladino,
y abriré tus silencios, encantado camino.

Y escucharé temblando la voz de tu rumor:
¡Voz de las hojas verdes, Voz de Nuestro Señor!

Huyendo de los hombres, yo voy por los caminos,
poniendo voces de árbol en mis alejandrinos.

Los nueve Kiries de las aves.

Mayúscula tercera de piadoso rumor:
Los trinos y las alas: Voz de Nuestro Señor.

Las alas, hojas verdes que cambian de lugar;
y el trino, la campana de Dios, para rezar.

Cantan las avecillas, al mismo diapasón,
diciendo: Kirie, Kirie, Christe, Christe-eleisión.

Y en los vuelos suspira silencioso rumor:
¡Voz de las hojas verdes, Voz de Nuestro Señor!

Cuando sus nueve Kiries cantan las avecillas,
entonces, los humildes, se postran de rodillas.

Blasfemo, no has oído, la voz de este rumor:
¡Voz de las avecillas, Voz de Nuestro Señor!

Se juntan en el vuelo las preces del hogar,
cuando van con sus padres, los niños a rezar.

Con las dulces baladas donde canta el hogar
mezclad los ditirambos caprichosos del mar,

que en el vuelo se escuchan, en la misma canción,
junto al *do* de las olas, el *sí* de la oración.

Avecilla sin nombre que vuelas pasajera,
¡tú eres mi hermano doble, mi corazón de afuera!

Del canto de las aves tomo la poesía,
su música variada, su múltiple armonía.

Aeda le llamaban al poeta, los griegos:
Homero es un divino ruiseñor de ojos ciegos.

El canto es siempre el mismo, diversa la manera:
el uno dice Invierno, el otro Primavera.

Invierno y Primavera, bendecid al Señor:
Con voz de procelarias y voz de ruiseñor.

Hay todas las escuelas: la urraca vocinglera;
y el verso simbolista de la perdiz ligera;

y envía la paloma románticos desvelos,
sobre sus contradanzas, sobre sus ritornelos.

De todas esas voces, yo prefiero el sonido
del ave que en sus notas procura no hacer ruido.

Así como una rima de Bécquer, mansa y queda,
le dice más a mi alma que un libro de Espronceda.

Y cruza el chichitote salvaje —flor que vuela,
y en la paz del camino, se desmaya la estela

de uno de aquellos indios, poetas primitivos,
que endiosaron la selva con sus versos esquivos.

Y ese del gorro frigio que llaman carpintero,
parece un elegíaco monje sepulturero.

Y este que ríe y llora con profunda ironía,
es Heine con sus raros versos de noche y día.

Y es Silva y Leopardi, con su angustioso lloro,
aquel pájaro enfermo cuyo nombre yo ignoro.

Y aquel otro que ensaya sus griegas melopeas,
conoce al "Peregrino" de nuestro Juan Moreas.

Y los que en el silencio, profundas voces dan:
Maeterlinck, Francis Jammes, Paul Fort y Valle-Inclán.

Y el que todas las voces gobierna a su albedrío,
en todas las escuelas, como Rubén Darío.

El canto es siempre el mismo, diversa la manera;
el uno dice Invierno y el otro Primavera.

Con voz de procelarias y voz de ruiseñor,
¡Invierno y Primavera, bendecid al Señor!

Cantan las avecillas al mismo diapasón,
diciendo: Kirie, Kirie, Christe, Christe-eleisón.

Huyendo de los hombres, yo voy por los caminos,
poniendo nueve Kiries en mis alejandrinos.

La rabia del sol por los caminos.

Mayúsculas de incendios, mayúscula primera:
soy un topacio viso que se alza y reverbera.

Vino de las orgías y de las bacanales
y fuego de los siete pecados capitales,

y sangre generosa del corazón herido,
para encender las franjas de mi color subido.

Con los mismos colores que vio Dante en su "Infierno"
fui pintada en el libro por un Rubens moderno.

En rojo y amarillo, desde hace tiempo fui
letra excelente para Barbey d' Aurevilly.

A la sombra de este árbol, doy gracias al Señor,
por haberme librado del sol abrasador.

El enano Amarillo, tened mucho cuidado,
¡el sol en el camino, parece endemoniado!

Anda por los caminos, el lobo endemoniado
buscando a quién hundirle su colmillo incendiado.

Peregrinos, ovejas salidas del aprisco,
¡el sol persigue como furioso basilisco!

Terrible en grado sumo, feroz su mordedura;
a veces da la muerte y a veces la locura.

Al humano Quijote de la triste figura,
el sol de mediodía, confirmó su locura.

Por el sol, por la luna: dos bandos separados:
los dementes lunares y los asoleados.

Y como los que tienen locura de la luna,
por todos los caminos, van rodando fortuna

de noche, en altas horas y en pleno sol rabioso,
hay locos imposibles de carácter dudoso.

A la sombra de este árbol, doy gracias al Señor,
por haberme librado del sol abrasador.

La leyenda dorada va por los siete planos del verde
[silencioso.]

La mayúscula cuarta: dadme piedras preciosas,
de aquellas que mataron a Esteban; dadme rosas

martirizadas de una corona virginal,
y los cirios del Corpus, y una misa papal.

Con fuego de casullas, pintemos una I,
y con sangre de misas una O de rubí.

La O por las coronas, y la I por las palmas:
los dos signos que muestran en su triunfo las almas.

Fray Angélico reza, Van Eyck junta las manos:
La leyenda dorada va por los siete planos

del verde silencioso: la Tarde recogida,
es flor que se enamora de la estrella dormida.

Y entonces sobre mi alma que bautizó el dolor,
gotean los diez libros de Fortuna de Amor.

La Leyenda Dorada va por los siete planos,
lo mismo que la Carta de Pablo a los Romanos.

Sobre la Gracia libre, la Libertad graciosa:
de escalas en escalas por la vía gaudiosa.

Los Doce con la Buena Noticia del Amor...
y Bárbaros y Griegos bendicen al Señor;

y a la Fuerza que manda, contra toda razón,
la Sangre de sus rosas rojas del corazón.

Dichosos los que en sangre, por siete planos, van,
¡con Ágata y Cecilia, Lorenzo y Sebastián!

Hermana Rosalibre, desde tus siete planos,
¡defiende mi poema de todos los tiranos!

¡Retóricos, burlaos, con gravedad pasmosa,
del verso que, en lo libre, parece mariposa!

Mi verso mariposa va por los siete planos,
¡y en él tendrán remanso de gracia mis hermanos!

Hermanos escondidos, mis versos peregrinos
son islas del Silencio, por todos los caminos.

Y un pozo y una estrella: mi verso mariposa
se entusiasma en la tarde profunda y silenciosa.

Y es Pablo el ermitaño, como un viejo muy niño,
y el desierto florece de universal cariño;

y como pan del cielo, por un cuervo traído,
y el león acaricia con un manso balido;

y el hombre sin pecado, de conciencia ligera,
es un niño que juega dócil como palmera.

Con lirios en los ojos, con lirios en las manos,
¡los niños del desierto van por los siete planos!

Lerins, Monte Casino, Fulda, Cluny, San Gall:
¡Estrellas silenciosas del cielo monacal!

Yo vivo con nostalgia de los benedictinos,
humildes como el agua, nobles como los pinos,

y como ellos erguidos, verdes y silenciosos,
como ellos, perfumados; como ellos, rumorosos.

Los hombres que hablan mucho no saben decir nada:
los monjes, sin palabras, colmaron su jornada.

Jornada, que en Europa, fue el tiempo de las mil
y una noche del oro, del bronce y del marfil.

¡Manos de orfebre, manos de artista: por sus manos
los monjes silenciosos van por los siete planos!

¡Árboles del silencio, mayúsculas gloriosas,
son vuestras miniaturas, como viñas gaudiosas!

¡Árboles del silencio son vuestros incunables,
mucho más que granadas maduras, deleitables!

El blanco siglo trece: San Francisco de Asís,
el hermano de todas las criaturas; San Luis

el que pudo ser justo sobre un trono de reyes:
en el poder, los hombres, se burlan de las leyes.

La leyenda dorada cambia la noche en día,
como en todos los panes, Santa Isabel de Hungría.

Por el pan en las rosas cambiado, por sus manos,
¡Santa Isabel de Hungría va por los siete planos!

Ante el leproso —imagen del pecado mortal—
Juan de Dios piensa en Cristo, se enciende el Hospital,

con los himnos de aquella luz misericordiosa,
como el jardín al beso temprano de la rosa.

¡Por Jesucristo —Rosa de las Divinas Manos—
Juan de Dios y el leproso van por los siete planos!

La Leyenda Dorada: Vicente de Paúl:

¡Dadme unas alas blancas, dadme una piedra azul!

Azul y blanco: Patria, me dice tu bandera:
¡morirá la nefanda loba filibustera!

Y al decir Nicaragua, la Leyenda Dorada
parece golondrina por el tiempo enjaulada.

El tiempo y el espacio, jaulas inevitables,
y el poema, jilguero de voces inefables.

Fray Angélico reza, Van Eyck junta las manos.
La Leyenda Dorada va por los siete planos

del verde silencioso: la tarde recogida
es flor que se enamora de la estrella dormida:

¡Y entonces sobre mi alma que bautizó el dolor,
gotean los diez libros de Fortuna de Amor!

*Los caminos de la noche (La noche lunática
[de los espectros]).*

Mayúscula primera: Ved: La triste figura
de don Quijote, forma con su cabalgadura

una ele de raro topacio marfileño,
la misma que a Edgar Poe, sirvió de clavileño.

El ópalo sobre ella, sus tristezas desgrana,
como una amarillenta rosa baudeleriana.

Y comienza el desfile, tremendo, pavoroso,
y es rey de aquellas sombras, Edipo el incestuoso.

Pues, de los fuegos fatuos de la pasión ambigua,
nacieron los milagros de la tragedia antigua.

Son los caminos, fuegos de una espada siniestra,
si pasa, entre alaridos, la reina Clitemnestra.

Y veo —pesadilla de una crueldad extrema—
en las manos de Orestes, la flor del anatema.

Anatema, quién sabe, hasta cuál generación,
sobre Edipo y los suyos y sobre Agamenón.

¡Atridas, Labdacidas, simiente de asesinos!
Por vosotros ahora florecen los caminos,

de una flora espantable de vértigos, morbosa
flora que se entusiasma con la luna verdosa.

La luna es un vampiro, siluetas de asesinos
se cruzan embrujadas por todos los caminos.

¡Me estremezco! La luna con verdores de un mal
pensamiento, dibuja muecas, sobre el canal

ensangrentado de una Venecia temerosa,
y Bizancio a lo lejos, responde, y una cosa

macabra es arrastrada por las aguas del Sena,
y en la torre de Nesle, gritan almas en pena.

Por Paolo y Francesca, por el Conde Hugolino,
¡el Infierno de Dante se asoma en el camino!

El misántropo Hamlet pasa: De muy lejana
tierra, son mis palabras... y en la comedia humana,

descubro los profundos encantos del vacío...
¡y mis alejandrinos tiemblan de escalofrío!

Junto al balcón, por celos, en Córdoba, en Granada,
¡Don Lope a Don Ramiro le dio una puñalada!

¡Tus Diabólicas pasan bailando, junto a mí,
la danza de los diablos, Barbey d'Aureville!

Y Edgar Poe sus cuentos fantásticos despliega,
como estandarte negro de la penumbra ciega.

Y el "Nocturno" de Silva —las sombras enlazadas—
y la luna que mira con pupilas cargadas

de filtros y locuras, de celos y tormentos;
y Villiers con la trama sombría de sus cuentos.

¿Y Arévalo Martínez? No sabemos en cuál
plano de espantos vive, su señor de Aretal;

en qué ronda de espectros lunáticos, no hallo
deba ponerse al Hombre que parece un caballo.

Yo sé que por mis venas corre un frío mortal,
¡leyendo los misterios del señor de Aretal!

Azufre color diablo, serpentina verdosa
—la culpa es del vestido— la luna es cariñosa,
si arrojando su velo de topacio infernal,
se cubre con el manto del cordero pascual:

Las sombras de la izquierda se alejan, en la escena
entran, por la derecha, sombras de luna buena,
¡Hipólito!: Su gracia de bello adolescente
retoza en los ciervos, y el ritmo de la fuente
se encanta, en el silencio de las horas furtivas
con un verso moderno de libertades vivas.

Mauclair, Rodenbach, voces de la rima presente,
son ciervos encantados que salen de la fuente.

¡Retozo de los ciervos! La métrica futura
retoza en los confines de la literatura.

¡Retozo de los ciervos! ¡Quién fuera cazador!
¡Yo soy en los caminos el montero mayor!

Huyendo de los libros, yo voy por los caminos...
Retozo de los ciervos son mis alejandrinos.

¡Ingenuos labradores, la sombra del amigo
recita, en los caminos, el poema del trigo!

En los surcos de la noche —la buena consejera—
con la luna celebra misas de primavera;

y al toque de maitines, la luna es una rosa
de Cristo; se arrodilla la noche silenciosa,

y al paso de los graves monjes benedictinos,
versículos de un salmo parecen los caminos;

entran por la derecha sombras de la luna buena,
los trovadores pasan; rosas de cantilena.

Y un sencillo y complejo clavel de serenata,
perfuman los balcones por la noche de plata.

¡Son todos los caminos, como un dulce jardín,
para que canten versos de cisne: Lohengrin!:

Caminos enlunados —caminos de cristal,
¡para los cristalinos viajes de Parsifal!

Caminos enlunados —caminos del ensueño,
¡pasa Miguel Cervantes sobre su clavileño!

Caminos encantados de un resplandor lejano,
¡para que pase Pablo con su espada en la mano!

Caminos enlunados de risueños candores,
¡para que pasen, dulces, a Belén, los pastores!

Las sombras de la izquierda se alejan, en la escena
entran, por la derecha, sombras de luna buena.

Sor Eulogia

Sor Eulogia lleva bien su nombre, por
doquiera que pasa va Nuestro Señor.

Con ella, bendice todo lo que mira,
ya sea verdad, ya sea mentira.

Derecha e izquierda, sin mirar a quien,
sus ojos humildes siempre hacen el bien.

Sor Eulogia, lega, como es la portera,
salva a los de adentro, salva a los de afuera.

La vida que al mundo sus horas despliega,
sube por aquellos ojos de la lega.

Hay ojos que siguen sobre los caminos,
los pasos cansados de los peregrinos.

Ojos de alegría, de paz y de amor:
los ojos divinos de Nuestro Señor.

¿Madre Superiora será la primera?
Vanas apariencias, ni es digna siquiera

de recibir una mirada de sor
Eulogia, se invierten las cosas. Mejor

ser lega sufrida. En la última hora
querrá ser portera Madre Superiora.

Sor Eulogia tiene manos milagrosas,
manos que son dueñas de todas las rosas.

Manos destinadas a las cosas bellas,
¡manos como aquellas!, ¡manos como aquellas!

Manos de virtud: ¡Quedan florecidas
las cosas que toca! Las manos unidas

de muchos obispos, si un obispo fuera
como sor Eulogia, su mano tuviera

la misma eficacia del bello poder
que hace cuanto quiere con sólo querer.

Ardilla

(Niño sube y baja)

Yo soy una fiesta de las suprimidas
en el protocolo. Idas y venidas,

vueltas y revueltas, dice la etiqueta
que si no estoy loca, debo ser poeta.

Quijote del árbol, por encantamiento,
niño sube y baja. Soy el movimiento

continuo. Mi vida su voz interpreta,
y por vivaracha y por pizpireta,
comprendo que debo ser insoportable
a toda la gente grave y razonable.

Sin embargo, ¿sabes?, sólo Dios podría
deshojar mis bellas rosas de alegría.

(Casi pájaro)

Pájaro sin alas, por esta alegría
del árbol, yo bebo luz de siete planos

en las hojas verdes: Flor de lejanía
silenciosa, para los aeroplanos.

Bienaventurados los pájaros, vidas
por Dios bendecidas, por Dios Bendecidas.

Las ardillas, casi pájaros, brincamos
de un modo... Parece que nos ensayamos.

En un casi vuelo, según la manera
juguetona y loca de la primavera.

¿Recuerdas amigo, la paz franciscana
de aquel milagroso fray Avemaría?

Tiene mi locura la paz franciscana
de aquel milagroso fray Avemaría.

Ciervo

Ciervo, cuando pasas, tímido y lejano,
yo pienso en mi doble, ¿sabes?, el hermano

que vibra *do, re, mi, fa, sol, la, si*
según la manera de mi verso en mí.

El príncipe bellos ojos, el poeta
que dice nosotros somos alfa y beta

del centauro, Castor y Polux, los dos
hexámetros bellos en gracia de Dios.

Ciervo, cuando pasas, tímido y lejano,
yo pienso en mi doble, ¿sabes?, el hermano...

(Ciervo asustadizo)

Ciervo asustadizo, por las escondidas
rosas que deshojas, de huídas en huídas,

hijo de la fuga, super exaltado
madrigal de espato, recelo fundado.

Sobre la experiencia de los siglos viva,
temor florecido, solución esquivada

de aquellos problemas que me hacen temblar,
ciervo, en mis caminos, te veo pasar.

De mí no te asustes, yo soy el hermano
que huye de su sombra, tímido, lejano.

Ciervos recelosos, vivimos los dos,
bajo la suprema bendición de Dios.

Ciervo asustadizo, por las escondidas
rosas que deshojas, de huídas en huídas...

(Ciervo de leyendas)

Ciervo de leyendas, son cuentos floridos
los que hablan de ciervos. Los niños reunidos,

saben de memoria, que el ciervo encantado
fue un príncipe bello, por enamorado,

de aquella traidora niña fosca vista,
con una profunda nostalgia de artista,

anda por los bosques, rodando fortuna,
Hipólito enfermo, ¿lo sabrá la luna?

Príncipe de cuentos, ciervo legendario,
pondré tus sonatas en lugar primario,

de mi bello libro, son cuentos floridos
los que hablan de ciervos, los niños reunidos...

(Ciervo de misales)

Ciervo de misales, veo tu figura
sobre los infolios sacros, miniatura

de ciervos AD FONTES, y el texto florido
“*Quaemadmodum cervus*” y un monje dormido

pintando en colores tiernos, infantiles
mayúsculas bellas de ingenuos perfiles.

Ciervo de misales, veo tu figura,
sobre los infolios sacros, miniatura...

(Ciervo crucifijo)

Ciervo crucifijo, te vieron un día,
llevando en los cuernos la mejor estrella:

Cristo dulces labios, pleno de alegría,
rosa de silencio, para siempre bella.

Ese fue tu día, tu sol, tu mañana
cuando en tus cuernos la rosa lejana,

tu rosa, la mía, la rosa de todos
una la tristeza, diversos los modos.

Mis manos de carne, serán cuando muera,
manos crucifijo. La rosa de espera

que anda en tus cuernos, estará en mis manos,
mis manos de muerto, son mis bellas manos.

Los piratas

En escarlata

Pirata, ¡quién hubiera pintado, en escarlata,
las mayúsculas para tu misal de pirata!

Escarlata, bermejo, púrpura, carmesí,
bien pronunciados rojos, con énfasis, así
como el sí de plenaria, rotunda afirmación,
con la sin distingos, enérgica lección

que dan, sobre las cumbres del silencio sonoro,
con ímpetus soberbios, las águilas de “oro”,

y si te gusta, bueno y si no, pues también,
como el Dogma que tiene siete sellos. Amén.

Missa solemnis in la

Oíd ¡*Missa solemnis!* Sorda misa mayor,
en *la*, para la ronca tumbazón del tambor.

Tambores al través de acústicos espejos,
que aún cuando suenan cerca, suenan desde tan lejos.

Tambores fronterizos de tiempos, en edad
que renueva sus alas, por una eternidad.

En bajos y contraltos, deprofundiza el mar
sus sordinas molosas y espondeas; Mozart

con la voz de la tierra, temblorosa de fe,
vocaliza su misa de sopranos, en *re*.

Do, re, mi, fa, sol, la, misa del mar en la
¡smaar, raag, braam, toomb, toomb, aaa!

Do, re, mi, fa, sol, la, misa del mar en la
¡thaa, llaa, ssaa! ¡thaa, llaa, ssaa!

El abanico de las grandes aguas

Preñado de Amazonas y Niágaras, el mar
se acuerda de sus tiempos y vuelve a comenzar

con su azul cabellera de crenchas milenarias,
otro magno Periplo de hazañas temerarias.

Los cíclopes son niños que acaban de nacer
y Heracles Aniceto, como débil mujer,

sobre el mar su abanico de grandes aguas, y
nada pueden los nazis, ni los judíos, ni
nadie, de los que dicen, que pueden, pequeñeces
de los hombres pequeños; y grande siete veces,

el abanico abierto del mar crecido, para
que Dios, como en la Biblia, se vea, cara a cara.

El abanico de los grandes vientos

Son chispas de la voz, son gotas de cristal,
son puntos suspensivos de fuga musical.

La flauta es una cabra de claros andantinos,
con la risa desnuda de los mejores vinos,

y en un circo de ardillas y monos, al garete,
con palabras fingidas, se burla el clarinete.

Y la burla, si exalta su vociferación,
reclama el paroxismo rudo del saxofón.

Y, en flauta, clarinete y saxofón, olvida
la noche sus nocturnos de luz ennochecida.

Esta noche, de noches y noches, saturada,
esta noche leprosa de Dios abandonada.

Es el trueno, profundo, lejano y misterioso
y amontona sus nubes, Zeus el Tempestuoso.

Lo más determinado, lo más determinante,
los rayos son heraldos que llevan por delante

una réplica firme, despejada, resuelta
de una luz sin peligro falaz de media vuelta.

El relámpago, luz de asustadas sorpresas
se asoma tras la noche de cortinas espesas.

Relámpagos y truenos y rayos tantos, tantos,
tantos, que no podrías, en cifras, decir cuántos.

Cien millones de rayos, cien millones de truenos,
tal vez un poco más, tal vez un poco menos.

Sigue abierto el abanico de los grandes vientos.

Parecen los tambores desvanecidos pianos,
cada vez más profundos, cada vez más lejanos.

Y van sonando menos, en cuanto suenan más,
tambores por delante, tambores por detrás.

Y las marimbas, pianos para manos sencillas,
deshojan desmayadas danzas de las Antillas.

Islas y tierra firme perfuma, con su aroma,
la flor de las marimbas, la danza "La Paloma".

¿Oyes? El minuet toca Paderewski, su mano
es un mar que se adentra en los mares del piano.

En el mar, que es el piano de Dios, oigo el minuet
y voy, por los más altos peldaños de la Fe.

Y rapsodias y fugas y sonatas, violines
d' Austria-Hungría, d' Italia, para los serafines

qu' en ciclos d' armonía y en flor de melodía
acompañan los coros de la Virgen María.

Y en el fondo de todos los sonos, está el son,
que da tras de las cosas que suenan, el violón.

Violón, evangelista primero del oído.
Violón dede s' apoya la escala del sonido.

Luz de violón con sombra de tambores lejanos;
en violón se consagran las hostias de los pianos.

Y, en pianos y tambores y marimbas, se injerta
la voz del arpa, voz dulcemente despierta,

y otras veces también dulcemente dormida,
de babor a estribor, por la mano mecida;

y al compás de esta noche perra, como la cosa
más natural del mundo, se pone tempestuosa.

Y qué maravillosas las arpas, en verdad,
cuando está en su mareo total, la tempestad.

Después en *in* y en *on*, siguen los instrumentos
de metal, de madera, para los aspavientos

del viento rojinegro, judío, francmasón,
que ya porque anda suelto, cree que tiene razón.

Una sola palabra diga Dios, una sola,
que ya porque anda suelto, cree que tiene razón.

Una sola palabra diga Dios, una sola,
y entonces esta inmensa, desmesurada ola

que ahora es una boca siete veces compleja,
¡vendrá a besar Tus pies como una mansa oveja!

Variados instrumentos después, en *on* y en *in*,
y los liliputienses tocan el cornetín.

Variados instrumentos después, en *in* y en *on*,
y en manos de gigantes asuste el helicón.

Tuba, trombón, postón, siguen los instrumentos
de metal, de madera, para los aspavientos...

La fiesta de los pintores

La paleta del mar, viéndolo bien, encierra,
si eres pintor, los mismos colores de la tierra.

Cada color se viste siete veces al día,
con la misma inocencia, con la misma alegría.

Es decir un color distinguido o cualquiera
tiene sus siete pajes de formación primera.

Y después otros siete de formación segunda,
y más no ven los ojos de mirada profunda.

Como cada color tiene naturalmente,
reglas divinas para dormirse dulcemente;

en nácar, perla, llegan así desvanecidos
hasta el punto y la raya fugaz de los sentidos;

donde están los colores clavados, en la cruz,
y quedan solamente los ojos y la luz.

El verde glauco, nunca podrías imitar,
es ese que dan las olas al reventar,

verde con apariencias de verde muy sencillo,
con franjas complicadas de azul y de amarillo.

En los cañaverales, un color parecido
has visto, de incipiente verde recién nacido;

y en las hojas inmensas del banano, también,
un verde arrodillado como rezando: ¡Amén!

El verde muy oscuro que llaman aceituna,
en luz color de sol, sombras color de luna,

es el verde solemne del pulpo cavernario,
ocho veces seguidas Carlos el Temerario.

.....

En la tierra, en el mar, verdes innumerables,
así sean oscuros o claros deleitables.

Ese gris de las tardes que rezan, en Millet,
el gris de Rodenbach, el gris de Mallarmé,

en la tierra lo has visto, y también en el mar,
y siempre te has quedado con ganas de llorar.

Gris de la tierra gris, también gris del mar gris,
todo se ha puesto gris ceniza, para mis

nostalgias —Ascensión de ascensiones— eterna;
y mientras baila sus bailes la mentira moderna.

Las rosas de oro que con milagrosa mano,
pintó, en sus admirables desnudos, el Ticiano,

aquí están en el mar, aquella nubecilla
de nácares lejanos, esos remos, la quilla

y el mástil y las velas, y hasta en los cables, oro
de Dios, en cada casa, la gracia y el decoro

de nuestra Hermana Luz, Sor Clara, Sor Clarisa
que viene, en todas partes, celebrando su misa.

La dorada Gioconda, tan bien iluminada,
que parece una luz, en colores pintada,

es rosa del mar griego, rosa del mar latino,
en oro, sal y mármol, en leche, miel y vino.

Bouts, Van Eyck, Metssys, Memling, todos los
primitivos de Flandes, tienen oro de pinceles esquivos.

El Mar del Norte dora las rosadas esperas
de las tan primorosas y rubias encajeras.

Aquel verde-morado de llaga purulenta
y rojo de traición y nácar de tormenta,

y azul envenenado y amarillo mortal,
es lepra de colores, Mathías Grünewald.

Pus y sangre no acaban sus colores de echar,
colores de la tierra y colores del mar.

Mil noches, que en el día, sus secretos dirán,
pintó el ensombrecido y asombrado Rembrandt.

Esas noches marinas, castas, fosforescentes,
donde soles enteros se han quedado durmientes

y también, ¡qué profundas noches ennohecidas,
desde el mar, en las tierras por el sol bendecidas,

cual monjes que cantando tres Nocturnos están:
así los temerosos cuadros de Zurbarán!

En ámbar siete cielos, de candoroso brillo,
—sol, tierra, luna, mar— La Virgen de Murillo.

Blanco —azul. Gritería de Diciembre, León
de Nicaragua, sube raudamente mi corazón

por entre los madroños en flor de l' alegría,
como el más inflamado cohete de este día.

¡Oro y marfil del mar, se baña dulcemente,
el Cristo de Velázquez, en luces del Poniente!

Ave maris stella

Encajes de Bruselas, encajes de Malinas,
nunca se habían visto, ni se verán cortinas

como éstas que estoy viendo, dorada transparencia
del nácar, en dormidos éxtasis de inocencia.

Oro viejo del ámbar, con unas lejanías
de luz, en los espejos de las casas vacías.

Y entre verdes y azules, más Rubens, más Ticiano,
lo blanco está en tus ojos, lo tocas con la mano.

Blanco de milagrosos y divinos espejos,
¡qué blancura tan cerca! ¡qué blancura tan lejos!

De las rosas fragantes, deliciosa fragancia,
perfumes y colores en feliz concordancia.

Esta nube de incienso perfumado que vuela,
sube de los altares que pintó la acuarela.

¿Bourdichon, Beauneveu, es miniatura, cromo?
¿Es grato buen olor de nardo y cinamomo?

Olor de buen color y olorosos colores,
en esta sinestesia se pierden los doctores.

Verdi, Rossini, Bach, Beethoven, ¿cuántos? ¿cuáles?
alegrías de notas en fiestas desiguales.

Paderewski, *Minuet*, *Amaryllis*, quisiera
¡oír! ¡oír! ¡oír! y quedarme, en espera.

Que sigan esas manos de mi predilección,
¡otra vez! no me canso de la repetición.

J. Augusto Flores Z.

(Masaya: 3 de septiembre de 1885 — *Idem.*:
28 de octubre de 1964)

Después de concluir sus estudios de primaria en las escuelas de su ciudad natal, J. Augusto Flores Zúñiga, cursó la secundaria en el Instituto Nacional de Oriente, Granada, logrando bachillerarse en 1905. De este último año a 1910, estudió en la Universidad Nacional, León, tres años de Derecho y dos de Medicina, pero no pudo finalizar ninguna carrera por falta de recursos económicos, a pesar de que para financiarse trabajaba de maestro de educación primaria, pues, en 1908 había obtenido el título como tal. Mientras tanto, ya en 1906 se había dado a conocer como poeta en las páginas de la revista *Germinal*, de Masaya, que dirigía su amigo y compañero José Dolores Morales.

Así que agotadas las posibilidades universitarias, en 1911 se decidió por la literatura, fijando su residencia en la capital, donde funda y dirige el órgano publicitario *Atlántida*, y desde donde colabora en casi todos los que circulaban en el país. Al año siguiente, 1912, apareció entre los poetas del *Parnaso nicaragüense*, y pasó a integrar una familia de letrados muy importante en aquella hora, porque el 1 de mayo contrajo matrimonio con la también profesora Elena Ortiz, hija del periodista y narrador Pedro Ortiz, amigo de Darío, y hermana del pintor Pedro Ortiz, y de los poetas Alberto y Octavio Rivas Ortiz. Por esta época se afirma que editaron dos de sus poemarios, *Mío* y *Guía espiritual*. Perteneciente al partido conservador, desempeñó un cargo en la secretaría de la

presidencia de la república durante el período de Diego Manuel Chamorro (1921-1923), y obtuvo, poco después, una diputación por el cantón indígena de Monimbó.

En 1926, fiel al programa de “reconstrucción” conservadora, entre cuyos propósitos estaba erradicar la instrucción laica, trajo a Masaya, junto con un comité de personas de la localidad, a la Congregación Salesiana. No obstante su ideología, Flores Z. se mostró antiimperialista; bastaría recordar sus décimas a “San Jacinto”, y siempre como defensor de los indios y de lo popular, muchas de sus piezas creativas asimismo lo ilustran. Miembro del Ateneo de Masaya desde su fundación, el 12 de octubre de 1937, colaborador de la revista del mismo nombre y ganador del primer premio en los Juegos Florales del Centenario de Masaya en 1939. Su producción poética, que por sus temas bien puede dividirse en devota, cívica y vernácula, nunca se recogió en libro; sólo, amén de los ya citados y si es que existen, en algunos folletos efímeros y ocasionales: *Mi madre, Mi padre* (Managua, Tipografía Alemana, 1925); *El niño, Fuerza y Alma*, con motivo de la muerte de sus padres y de la primera comunión de sus hijos, respectivamente.

También escribió letras para muchos villancicos deliciosos, tiernos y popularísimos en su versificación, léxico y demás recursos formales, y para un famoso intermezzo, “Agonía del crepúsculo”, del célebre compositor y músico nicaragüense Alejandro Vega Matus (1875-1937). Entre 1940 y 1950 abandonó definitivamente Managua y se quedó en Masaya consagrado a la docencia en el Instituto Nacional y en el Colegio Salesiano. Ya a finales de la década de los cuarenta, decía la nota de la *Antología* de María Teresa Sánchez, que vivía “en aislamiento, meditando”, y en efecto, los últimos años de su existencia transcurrieron entre la hamaca familiar, el reclinatorio de la iglesia parroquial y las copas vespertinas, que mansamente se prolongaban a veces hasta la medianoche. Falleció rodeado de su mujer y de sus hijos y en sus funerales recibió el homenaje de las instituciones a las cuales había servido.

BIBLIOGRAFÍA

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; y *Poesía mariana nicaragüense*. (Antología). *Idem*.

Mater inmaculata

Señora de los grandes prestigios inmortales.
Centro del movimiento de miles corazones.
Única Dama Reina, que ostenta en sus blasones
el blanco, de los blancos lirios primaverales.

Los bloques imponentes de nieves eternas.
Las nubes agrupadas en blancas procesiones.
Los doce ramilletes de las constelaciones,
blancas constelaciones de signos zodiacales.

El alma de los niños, la espuma de los mares,
el blanco de los nardos y de las azucenas,
la cera de Castilla que pringa los altares,

la leche encapullada de los algodones...
Todo lo blanco es sangre, que mana de tus venas,
por las hondas heridas de los siete puñales.

(1914)

Dormite niño...

Dormite niño:
sol de la mañana,
te come la rana
si no te dormís.

Dormite mi niño:
boquita de cielo,
hace mucho hielo
por todo el país.

Tiqui tiqui tis,
tiqui tiqui tis,
te come la rana
si no te dormís.

Es la cancionera
la virgen María,

su voz parecía
destellos de luz.

Noche de diciembre,
la virgen cantaba,
mientras sollozaba
de frío Jesús.

Tiqui tiqui tis,
tiqui tiqui tis,
te come la rana
si no te dormís.

El niño se duerme,
su boca improvisa
ligera sonrisa
de dicha feliz.

Sueña las palabras
de su madre santa,
cuando ella le canta:
si no te dormís...

Tiqui tiqui tis,
tiqui tiqui tis,
te come la rana
si no te dormís.

(1911)

En sus ojos amor lleva mi dama

¿Por qué te extraña que mis armas lustre,
y limpie mis espuelas y arneses,
que con mayor furor alce mis preces
para que en lo alto la oración se incruste?

¿Temes quizás que otra vez se frustré
mi anhelo de vencer por los reveses
de que has sido testigo tantas veces,
sin que me ampare mi abolengo ilustre?

No temas escudero, me acompaña
en esta nueva y sin igual hazaña,
el secreto del triunfo y de la fama.

Y con la punta de mi propia lanza
volveré realidad toda esperanza:
En sus ojos amor lleva mi dama.

(1915)

La agüela

I

La agüela es una anciana de ochenta primaveras.
Detalles saludables le dan a las ligeras
motivos empeñosos de tinte juvenil:
su cuerpecito recto como un tallo *berde*,
su dentadura entera que fuertemente muerde,
y su cabello negro con negro de contil.

La prole son tres *ñetos*: un varón y dos hembras.
Viven o se alimentan trabajando en las siembras
de algún amo que tiene margen para el favor.
La menorcita cuenta con nueve años de paso;
el varón va para once, que aparenta un hombrazo;
y trece ya cumplidos la hermanita mayor.

La *mama* de los chicos los dejó por otro hombre.
En castigo, los chicos no le saben ni el nombre.
La agüela al recordarla le dice: la mujer.
Era guapa, fornida, de carácter sumiso.
Las malas lenguas dicen que todo fue un hechizo,
que en un *tiste* con yerbas le dieron a beber.

El *tata* de los chicos dejó en lejana tierra
su *cacaste*, peleando. Como que fue en la guerra,
la de los *Calandracas* y *Timbucos*, murió...
los *chigiüines* conservan, los tres *chigiüines* motos,
como reliquia santa, los pantalones rotos,
los últimos que el padre, de jornalero usó.

II

El rancho donde viven se encuentra muy anciano.
 Recuerdo de *tatita* que con su propia mano,
 lo construyó en los tiempos de su garbosidad:
 los mechones pajizos cayéndose podridos,
 los bejucos tostados, los horcones torcidos,
 las paredes de cañas sin uniformidad.

El solar de la casa como de una manzana,
 la experiencia y los años han hecho de la anciana,
 una médica práctica que *cacha* por curar.
 Y por estas razones claramente se explica,
 el por qué los vecinos, la llaman la *butica*,
 cuando hacen referencia del inmenso solar.

Allí para el mosepo se encuentra la *albajaca*,
 la hierbabuena, propia para la gente flaca;
 porque la hierbabuena destruye la lombriz.
 La borraja indicada para la calentura,
 la grama que es soberbia para la tapiadura;
 pero de esta utilizan tan sólo la raíz.

La ruda que la ocupan para el dolor de oído;
 para el maldejojo existe lo que siempre ha servido
 y es la lengüepájaro. La cola de alacrán
 con yerbaté que aplican en todos los resfriados,
 la malva como reina de asientos y lavados,
 para los que *tilintes* de la *verija* están.

III

De medio día abajo, cuando empieza la tarde,
 cuando el sol es un pecho de *chichitote* que arde
 sobre el monte lejano, sin el monte quemar,
 va la anciana poniendo junto al quicio los bancos,
 sobre los cuatro bancos, cuatro manojos blancos
 de palmas ya rajadas y palmas sin rajar.

Para ella y pa sus *ñetos* la *tareya* comienza.
 Los dedos son agujas de carne haciendo trenza,

las hacen sin las manos volvérselas a ver.
Y salen de las puntas de aquellos dedos frágiles
las trenzas *pachaquitas* como culebras ágiles,
que buscan ellas solas la forma de caer.

Mientras tejen y tejen, el sol se va poniendo.
Parece que los dedos al par que están tejiendo,
avívanles las *jupas* a cada tejedor;
pues los chavalos piden a la ancianita un cuento,
y la ancianita siente frescor de pensamiento,
contándoles un caso cada día mejor.

Los casos son historias de sus mejores días,
salpicadas de encantos y *agüisoterías*;
pero que las reviste de tanta seriedad...
que los chicos se quedan callados, escuchando,
como si los recuerdos que ella va *pepenando*,
sin hilación ninguna, fueran todos verdad.

IV

Unas veces les dice que hubo un viejo en el cerro
que venía a *Masaya*, custodiado de un perro,
de un muy extraño perro: grande, negro, feroz...
Que aquel viejo robaba cada noche un niñoito,
y que al siguiente día se lo comía frito,
después de *sancocharlo*, con culantro y arroz.

Y tras de referirles las hazañas del viejo,
otras veces les cuenta la historia del cadejo,
de *pizuiñas* ruidosas, de encendido mirar.
Que salía en las noches oscuras y escuetas,
caminando a distancia, detrás de los veletas,
de los que *emberrinchados* solían trasnochar.

Y cuando ella se siente sin cansancio, sin tregua
entonces se le viene por hablar de la cegua;
mujer que caminando, parecía volar...
Con una dentadura blanquísima, y con una
claridad en contorno, como de luz de luna,
que hacía aparecerla vestida de azahar.

Pero cuando los chicos permanecen más quedo,
y cuando los *menudos* les retiemblan de miedo,
es cuando la ancianita tose para hablar...
De seguro les trata de la *carretanagua*.
Y los chicos acuden a esconderse en la nagua
de la agüela, una manta, sin poderla estirar.

(1915)

Rafael Montiel

(Masaya: 16 de abril de 1887 — Jinotepe:
10 de diciembre de 1973)

Raúl o *Rafael Montili* fue durante cierta temporada en Masaya más que el seudónimo de Rafael Montiel, el sinónimo de una picaresca legendaria, debido a su existencia tragicómica, aventurera y disipada —"Fama en el litro" era su anagrama—. Hijo de Manuel Montiel, joyero y curandero, y de Guadalupe Valdez, de los Valdez, antigua y casi extinguida familia de la localidad, creció en la provincia natal y en Diriamba. Únicamente estudió la primaria con el profesor Federico García Osorno, y por cuenta suya leyó los cancioneros y romanceros españoles, al Arcipreste de Hita, Quevedo, Maeterlinck y Luis Carlos López, quien ejerció sobre él la más benéfica y fructífera de las influencias literarias. Trabajó en disímiles empleos, desde platero, pintor de casas, mandador de haciendas, curtidor de pieles, marinero, soldado, payaso, peón, hasta maestro de escuela, periodista y poeta.

En 1907 participó de la guerra entre Nicaragua y Honduras: estuvo en la afamada batalla de Namasigüe y al regreso, según narran nuestros mayores, su vecindario lo saludó con una salva de morteros. Ese año retornó Rubén Darío al país, y Montiel alcanzó a divisarlo cuando su recorrido por Masaya y Carazo (diciembre), sin que se estableciera relación alguna. En 1912 pelea bajo la divisa liberal en la guerra de Mena y encabeza el *Parnaso nicaragüense*. Entre 1913 y 1917 ensaya teatro y cuento, colabora en las revistas *Letras* y *Nicaragua Informativa*

de Managua; en *Carátula* de León, y en *Castalia y Pierrot* de Masaya, y anuncia la publicación de su libro de poemas *Minutos sin máscara* en España. A mediados de 1917 parte con tres compañeros a rodar fortuna; pasa por Honduras, Guatemala, México y se radica un amplio período en los Estados Unidos de Norte América. Se marchó por el Atlántico y volvió embarcado, en agosto de 1931, por el Pacífico. Narró su gira y estancia en siete crónicas tituladas “De Masaya a Masaya pasando por Nueva York”, que aparecieron en *La Noticia* (Managua, del 15 al 21 de noviembre de 1931).

De nuevo en la patria se incorpora de inmediato al periodismo y entrega poemas a *Palas*, *Ariel* y *Chorotega*, y mantiene en Masaya un tabloide humorístico, *No es así*. A fines de los treinta se ausenta de la capital y cargando una bohemia provinciana se lo traga el olvido, hasta que en enero de 1970, lo redescubre Mario Cajina-Vega acompañado de Jorge Eduardo Arellano, administrando un pequeño comisariato en una finca cercana a Jinotepe, en el caserío de Dolores, donde fallecería tres años más tarde. Jamás pudo editar sus obras, sólo las anunció: *Minutos sin máscara*, *Cuentos frívolos*, *La copa del buen humor*, *En el tinglado de lo inverosímil*, *Flores exóticas* y *Motivos del Harlem*. Mucha de su producción, quemada en dos ocasiones por el propio autor, anda dispersa en publicaciones y fragmentada en la memoria de algunos contemporáneos suyos; no obstante, en 1972 se intentó una breve antología. Mario Cajina-Vega ha dejado tal vez su postrero y más fiel retrato: “La tarde (son como las tres o las cuatro) parece un poco parda, seca. Arriba de las ramas, el cielo se condensa en luz y calor. Un anciano avanza por el camino, apoyándose en un báculo. Con la otra mano sostiene un motetito de compras. Se detiene ante la puerta de la finca, pone el motetito en el suelo y, protegiéndose los ojos del resplandor, nos mira, tratando de localizarnos.

Es Rafael Montiel, Raffaello Montili, poeta toscano, el último de los modernistas, una leyenda viva... Una pelusa grisácea y

rala albea sobre su calva. Los ojos lloran: de emoción o de cataratas. Gris verdosos, agua celeste y vieja. Es menudo: una uva, casi una pasa. Atezado. Las arrugas sonrían por todas partes en su cara, una cara maliciosa y pícará”.

BIBLIOGRAFÍA

Libro de poemas: *Minutos sin máscara*. Managua, Editorial Nicaragüense, 1972, selección e introducción de Julio Valle-Castillo.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología del árbol nicaragüense*. Managua, Publicaciones Nicaragüenses, 1973, selección e introducción de Orlando Cuadra Downing; *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano; *Poesía política nicaragüense*. Managua, Ministerio de Cultura, 1986, por Francisco de Asís Fernández. *Hija del día, artes poéticas nicaragüenses*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1994, por Julio Valle-Castillo.

Estudios sobre el autor: Mario Cajina-Vega, “Rafael Montiel, poeta toscano”. Managua, *La Prensa Literaria*, 12 de marzo de 1970; Jorge Eduardo Arellano, “Rafael Montiel, precursor del epigrama nacional”. *Idem.*; Julio Valle-Castillo, “El último de los modernistas”. Managua, *La Prensa Literaria*, s.f., 1972; y Julio Valle-Castillo, “Centenario de dos modernistas nicaragüenses: Rafael Montiel y Lino de Luna”. Managua, *Nuevo Amanecer Cultural*, Año VIII, n.º 381, sábado 17 de octubre de 1987.

De dos noches

I

1

Es ya muy noche. A mi pieza
una lámpara de gas
da su lumbre en una mesa
do estoy acostado, quizás.

2

Cubriendo algo mi tristeza
con las manos en la faz:
Yo pensaba en mi pobreza
con tristeza más y más.

3

Porvenir ¿serás mejor?
interrogaba solito,
cuando de improviso a mi
oído en tono menor
y sobreagudo un mosquito
pronunció: síiiiií.

II

1

Basta, hice un epigrama
y a dormir. Ya el nocturnal
son de las diez desparrama
el relojón parroquial.

2

Me echo y cual seca rama
tostada por el vendaval

quebrase, cruje en mi cama
mi columna vertebral.

3

Ladra el perro de mi casa
que me dice que algo pasa,
que algo pasa en el solar.

4

Escucho un dúo felino
por el cual adivino
que no es cosa singular.

(1909)

Risas y epigramas

1

Va al teatro, al casino, tiene hermosa querida,
fuma, bebe champagne, come en un buen hotel,
y habla mal de la vida,
¿y para qué?

Hoy perdió un dineral en un albur,
y dijo por lo bajo, a un gran tahúr,
algo que no debiera por recelo decir.

¿Y a quién le importa, a quién?
dijo:
Soy dependiente del mejor almacén
y se puso a reír.

2

Por reír del amor mío
ella y él ríen de mí,
y yo sólo de él me río
pues de ella ya me reí.

3

Buena muchacha eres rara
de manera
admirable,
pues me haces risueña cara
aun viendo mi faltriquera
miserable.

4

Don Cleto no tiene nada
o nada tiene don Cleto
o don Cleto tiene nada
de todos modos no tiene.

(1911)

Halley

Muestra el cometa en el lienzo
aplomado y matinal
del cielo, su rabo inmenso
de plata, entre el mineral

de las estrellas que sueñan
ojo abierto hacia el testuz
terrestre, mientras enseñan
la clorosis de su luz.

Y como la estela de un aeroplano
tiende el Halley su cano
mechón o el castellano

acento, el largo acentón
de un signo de admiración
que haría una exhalación.

(1910)

Ite missa est

Ya todo el mundo que trata
de despedirse de Dios
se inclina. Mientras desata
un viejecito su tos.

Olfateando alza la pata
un can y humedece los
pies de una vieja beata
que aún rezonga a media voz.

Sale del templo la gente
y en el atrio más de veinte
perros ven con ambición

que uno lleva a su señora
como a una locomotora
que arrastrara un vagón.

(1911)

Al son del grillo fino

Antes que, con sus llamas,
el sol queme el celaje matutino...
siluetas de gallinas en las ramas
que dormitan al son del grillo fino.

Un trotar de caballos,
el gran coro de gallos,
ladridos,
aullidos...

y antes que, con sus llamas,
el sol queme el celaje matutino...
un crujido de camas,
cansancio masculino,
quejido femenino

al son del grillo fino...
¡Qué fino! ¡Qué divino!

(1912)

Autoepigramas

1

Natura
te has quedado muy campante
después de tu travesura.

Soy de pequeña estatura,
tengo una nariz gigante,
cónica y espeluznante,
y *aquello* miniatura.

2

El que quiere y no es querido,
comete una gran tontera
de manera
que yo también tonto he sido.

(1913)

Minutos sin máscara

La vieja meretriz con su flacura
que da risa y pesar, es infeliz,
pues ya no es más que la caricatura
de la carne... La vieja meretriz

ya no oye las mentiras de los hombres
y recorre las calles bajo el sol,
mientras que por su mente pasan nombres
y desembucha insultos de alcohol.

Hermana de Verlaine, su vida sola
es una vida muy sentimental...

Luego baja el hocico y filosofa
¿habrá en la obesidad filantropía?
y así, como quien piensa alguna estrofa
muestra el aspecto de su hipocondría.

Mi vida de cuadrúpedo cobarde
no debiera de ser —se dice él mismo—
y mientras se va el Sol y se hace tarde
siente despertar un feroz bolcheviquismo.

(1917)

En los días de crisis

La tierra con gusanos y polillas
ve al cielo: “un alma buena” entre comillas.

Los pobres viejos comilones
no estando hartos con sus raciones
van mendigando provisiones.

El escritor inventa
algo sensacional en el decir,
un manojo ideal que nos presenta
brillante, sin pulir.

La burguesía
se come al mundo anémico.
Y toca el clarinete la ironía,
luciendo ilustres gafas de académico.

(1917)

Mrs. forest

Mrs. Forest es una profesora
de la bella New Orleans, una bautista
que da clases de inglés gratuitamente
y explicaciones bíblicas.

Es una ribicunda americana
 tan guapa como rica
 que, sin duda, para no estar ociosa
 fundó una escuela mixta,
 a donde asiste alguna gente hispana
 que aquí llaman latina.
 Siendo como es, una dama elegante,
 tiene que estar sumisa
 al nuevo figurín que tanto gusta,
 a pesar de la crítica.
 De sus frescales labios brotan himnos
 que al corazón profano divinizan
 y al compás de las notas evangélicas
 se esparce una fragancia a rosa mística.
 Esta buena señora tan sonriente
 que con cualquier persona simpatiza
 —es increíble, empero—
 la hace pecar la envidia.
 Esto último lo supe
 sin quererlo saber, por una amiga
 de Mrs. Forest, que
 es también una gran propagandista
 de las mismas ideas y como ella
 usa también calzones seda-lila
 y medias transparentes rosa-pálida
 sujetadas con ligas
 de un rojo escandaloso, llamativo
 y con áureas hebillas.
 Pero todo este multicolor corimbo
 es cursi, y el discípulo se fija,
 desoyendo la plática cristiana
 y olvidando la Biblia,
 en el terso y blanquísimo intervalo
 desde las ligas rojas hacia arriba.

(New Orleans, 1920)

Las escuelas literarias

Caricaturadas

I

Obesidad con gafas. Una moña
del todo blanca sobre aspecto grave;
y es, nada menos, doña
Clasicismo que escribe a pluma de ave.

Y la maestra usa
como una musa

túnica plegada
(me imagino un telón desde butacas)
y en vez de musa me parece un hada
sin pensar si las hadas eran flacas.

II

Deseada, bonita,
hace un siglo no más, la Señorita
Romanticismo era una princesita
que se enfermaba de sentimental...

Su honesta vestidura y bucles luengos
hacen pensar en rancios abolengos
y es un lys ideal.

Aún parece que suspira y llora.
Esta es una ridícula señora
en la época actual.

III

Una falda moderna
como un paraguas... Una linda pierna
a fuerza de gimnasia muscular...
se presenta la *flapper* Modernismo
como una rara flor artificial

con su espíritu de positivismo
y un audaz optimismo
de animal.

Y es un bello animal de porte hombruno
que a veces huele a macho y a exquisita
fragancia, mas no es “uno”,
tampoco hermafrodita:
es una “señorita”.

(1926)

La tierra del no vivir

Donde hay un cacicazgo de pistola o de lanza
resguardado por una desalmada jauría,
el espectro del hombre macabramente danza
y se oyen sus lamentos de dolor y agonía.

Ladinos mercenarios se rellenan la panza
en los banquetes dados a necia burguesía,
mientras que la miseria sin hacer ruido avanza
rabo entre piernas cual la liebre cobardía.

En mi pobre terruño sin paz y sin bonanza,
¿cómo cantar los *Cantos de vida y esperanza*
pensando en el dilema de matarse o matar?

¿Habrà que armarse lobo? ¿Matar al cruel que mata?
Hay que cantar estoico “La Canción del Pirata”
al dejar estas cosas y hacerse a la mar.

La vida en una copa

Al doctor Andrés Vega Bolaños

La tarde tiene una tristeza
fría, invernal; yo fumo
y bebo y sueño. ¡Qué simpleza!
y entre espirales blancas de humo,

veo la vida en una copa
de un raro vino, de un licor
donde los sueños van en tropa
con el placer y el amor.

Cada molécula es un sueño,
cada burbuja es una ilusión
y cada sorbo un halagüeño
aire bohemio de canción.

No os quejéis que esa es la vida,
una romántica bebida
con un perfume de placer,
para enseñar un vino propio
que sabe a azúcar y opio,
como un halago de mujer.

Y si morimos trago a trago,
con la dulzura del halago
va disipándose el vivir:
visiones que hacen ensoñar,
desengaños que hacen llorar,
recuerdos que hacen sonreír.

*(New York City, N.Y.,
mayo 15 de 1931)*

Caravana de las miserias

(Motivos del Harlem)

Hudson River, Brooklyn, the Bronx and Manhattan,
si guardan tesoros miserias desatan.

Pasan las miserias con sus rostros pálidos,
algunas sonríen, otras pasan serias
y muestran sus cuerpos endeblés y escuálidos.

Pasan las miserias con sus rostros pálidos,
pasan las miserias, pasan las miserias.

Hace mucho tiempo que cruzan la vida
 que se extiende como un enorme desierto:
 la vida azarosa, la vida abatida,
 vida que no es vida, bárbara, suicida
 (pasan mejor vida los que ya se han muerto).

Se afanaron mucho, pensaron bastante,
 mas fueron estériles: ideas, trabajos.
 La diosa Fortuna que anduvo distante
 y nunca les viera con mirada amante,
 no ve a las miserias cubiertas de andrajos.

Gabanes raídos y descoloridos,
 como las ausencias, como los olvidos;
 sombreros ajados, tacones gastados.
 ¿Cómo vais cantando la triste canción
 de los miserables, de los desdichados
 que van por las calles tan abandonados,
 sintiendo una pena dentro del corazón?

(New York, mayo de 1931)

Lino Argüello

(León: 10 de agosto de 1887 — *Idem.*:
15 de agosto de 1937)

Lorenzo Lino Argüello Balladares es la otra cara de la moneda de esta familia letrada, el anverso de Santiago el mayor y de Solón el revolucionario, no sólo porque es el más logrado y esencialmente poeta de los tres, sino porque la debilidad, la dulzura y la tristeza, esbozan su fisonomía, configuran su rostro. Hijo del licenciado Tobías Argüello Prado y de Angélica Balladares Bone, quedó huérfano de madre en plena infancia, pasando a la tutela de su abuela paterna, Leocadia del Prado de Argüello, una anciana española que aunque muy severa, supo inundar de ternezas al niño en todas las edades. Debido a su franca y precoz militancia literaria en el grupo leonés, sus estudios fueron irregulares: terminó la primaria pero no el bachillerato en el Instituto Nacional de Occidente.

Entre 1904 y 1909 asistía a las tertulias y peñas que se formaban en las redacciones de revistas y periódicos, y era asiduo lector de Poe, Baudelaire, Mallarmé, Heine, Bécquer, Silva, Jiménez, Schopenhauer, Goethe y Dumas. Ya en 1907, a sus escasos 20 años, Rubén Darío reconocía en él a un poeta de “finos caprichos”. En 1906 codirigió el órgano *La Patria de Darío*, y en 1908 tenía organizado su primer libro de poemas, *Claros de alma*, que se imprimió ese mismo año en San José de Costa Rica. Debe haber sido en esa época, es decir, antes de 1910 y no en 1913, como suelen asegurar sus biógrafos, que Lino Argüello viajó a Costa Rica a despilfarrar la herencia materna, porque si Rafael Ángel Troyo murió en 1910 en el terre-

moto de Cartago, no pudo hospedarlo de ninguna manera por 1913 en su casa-chalet. Y en este país y precisamente en esa casa, dicen que Lino se relacionó con los escritores costarricenses Mario Sancho, Agustín Luján, Lisímaco Chavarría y otros. De regreso a Nicaragua (¿1912 ó 1913?), muchos creyeron que dada su juventud y dotes asumiría la dirección del movimiento intelectual capitalino, pero no pasó de colaborar en la mayoría de revistas y periódicos: *El Gráfico*, *Germinal*, *El Alma Joven*, *La Patria*, *El Orbe*, *Cosmos*, *Los Domingos*, *Letras*, *El Surco*, *Azul*, *Esfinge*, *Nicaragua Informativa* y *La Noticia Ilustrada*; y de ejercer un modesto e inconstante periodismo.

A veces, parece que ayudaba en los negocios familiares de Managua y León. Mientras tanto, la bohemia iba agotando poco a poco al dandy que sabía galantear y tocar la pianola en su primera juventud, para convertirlo en un manso dipsómano, neurótico y desaliñado que deambulaba por la barriada nicaragüense. “Hermanito mío perro, Lino de Luna”, lo llamaba el padre Pallais. Esta vida le ganó la simpatía y puede decirse que fue en su tiempo uno de los poetas más populares del país: su seudónimo se hizo diminutivo afectuoso, *Linito de Luna* y sus estrofas eran solicitadas para los álbumes de las señoritas. En 1922, Lino Argüello trabajó en la Administración de Rentas de Masaya y allí conoció a un poeta adolescente, Manolo Cuadra, quien sería uno de los primeros vanguardistas, endeudado con el modernismo. Lino le dedicó un texto en prosa y un soneto a las hermanas Cuadra Vega. Este año quizá apareció su libro de poemas; un tío suyo pagó la edición que, aunque realizada en París, está llena de erratas y variantes y hasta con el título cambiado: *Versos de Lino Argüello* en vez de *Sobrios regionalismos*. Buscó para morir uno de los hoteles de Verlaine pero expiró en el Hospital San Vicente de León, cuando acababa de cumplir sus 50 años.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poemas: *Claros de alma*. San José, Costa Rica, s. p. de i., 1908; *Versos de Lino Argüello*. París, Henri Gaulon, editeur (1922); y *Obras en verso* (Lino de Luna), introducción y notas de Franco Cerutti. Colección Cultural Banco de América, 1976, Serie Literaria, n.º 6. Managua.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Antología de la poesía centroamericana*. Perú, Editora Latinoamericana, S.A., 1960; *100 poemas nicaragüenses*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, n.º 4, enero de 1968; *Antología de sonetos nicaragüenses*. León, *Ventana*, octubre-diciembre de 1963, Año 4, n.º 19; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología del árbol nicaragüense*. Managua, Publicaciones Nicaragüenses, 1973, selección e introducción de Orlando Cuadra Downing; *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano. *Hija del día, artes poéticas nicaragüenses*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1994, por Julio Valle-Castillo.

Estudios sobre el autor: Ernesto Cardenal, “El viaje a nado” en la Introducción a la *Nueva poesía nicaragüense*. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949; Pablo Antonio Cuadra, “Lino Argüello”. Managua, *La Prensa Literaria*, 7 de mayo de 1961; Elba A. Hernández, “Lino Argüello y su poesía”. Managua, *La Prensa Literaria*, 1 de marzo de 1964; Fernando Centeno Zapata, “Lino Argüello, nuestro último romántico”. Managua, *Novedades Cultural*, 1º de diciembre de 1967; Álvaro Urtecho, “Luces y sombras de Lino Argüello”. Managua, *Nuevo Amanecer Cultural*, Año VIII, n.º 381, sábado 17 de octubre de 1987; Julio Valle-Castillo, “Centenario de dos modernistas nicaragüenses: Montili y Lino de Luna”. *Idem.*; y Jorge Eduardo Arellano, “Piedad y amor de Lino Argüello”. Managua, *Ventana*, 25 de octubre de 1987.

Signo

Mediodía en el páramo
sobre cuyas arenas melancólicas,
flébil, la pierna arrastro.
El pie, sin un refugio en la escabrosa
senda, desamparado,
traza una huella roja.

¡Sin norte y sin sandalia
voy desnudo en el páramo;
los ímpetus del viento me quebrantan;
como midiendo la extensión, al paso;
por la senda, sin rumbo, a la aventura
voy solo, cabizbajo!

(¿1906?)

Siesta

Sentado en las arenas del desierto,
junto al camello del ajeno aguardo
y te miro de lejos, sí, de lejos...
de muy largo...

El desierto se esfuma, se diluye
en la azurina comba del espacio,
y el camello del ajeno nunca...
nunca puede llevarme hasta tu lado.

(1907)

En viaje

El retorno ha de ser cuando me muera,
que de eso tengo ya un presentimiento...
No volveré... ¡Mentira! Si tu acento
me llama, sí... tal vez... Espera, espera...

No asistiré a la dulce Primavera...
 En tu rosal oirás como un lamento...
 ¡Cómo estaré de pálido y friolento
 allá... bajo mi lápida extranjera!

Será una noche como todas. Una
 noche en que hablando estés de mis anteojos...
 De tus hermanas me verá ninguna.

Tú quedarás de pronto pensativa...
 y en el instante de volver los ojos
 ¡sorprenderás mi sombra fugitiva!...

(¿1911?)

Rimas

Breve fila de cactus
 como una mano que amenaza: ¡Espera!
 Es el humilde frontis
 del cementerio agreste de la aldea.

En los vagos crepúsculos
 filtran su luz las horas somnolientas
 por entre aquellos dedos
 en actitud siniestra.

Al posarse la luna
 con amor, en la sierra,
 una mano se alarga en el camino
 que conduce a la aldea...

(1914)

Senderitos de mayo

Senderitos de mayo, senderitos
 que vais al corazón de la montaña
 con las ondulaciones de un requiebro
 al corazón azul de las muchachas.

Senderitos que habéis amanecido
por las lluvias de anoche, esta mañana,
con el rostro de un niño que sonrío,
pero que antes lloraba.

Olorosos a menta, a tierra húmeda,
a leche y albahaca,
endilgáis, con mis huesos, no sé a dónde,
mi dolor y nostalgias:
cuando con un andar que no es el mío,
me voy tras algún pájaro que canta:
aquel *Dichosofuí*, que siempre llora,
siempre llora un amor sin esperanza...

Sois hermanos gemelos de las dulces
blanduras de noviembre que, azuladas,
aún tienen gris el Día de Difuntos,
gris en el cielo y gris en la campana,
y en esas mudas siestas del domingo,
y en los vientos del Norte, y en el alma...
y en el triste gruñir de la cometa
que los niños elevan en la plaza...

Senderitos de mayo, senderitos
que vais al corazón de la montaña,
y conducís hasta la linfa pura
a las dolientas vacas perfumadas...

Por qué no os confundís en uno solo,
hasta salíroos de la Tierra amarga,
y me lleváis hacia la fuente pía,
la fuente pía, que no encuentra mi alma...

(1916)

Esta montaña

En el monte es tan triste la tarde así como
en la aldea, y aún más. Tras el violado lomo
de esta montaña plena de francas armonías
se esconde el sol del trópico, como todos los días...

¡tal una gran “avispa” sin estambres, gigante!
 Es como un rey que lleva su púrpura flamante
 hasta los tenebrosos regazos de las Noches...
 Esta montaña es de altos *genízaros*, *ojoches*,
guanacastes y *ceibos*, *madroños* y *ocotes*,
 que luego oirán el lúgubre aullar de los *coyotes*
 cuando la medianoche les encante el sendero...
 Por aquí pasarías andarín zapatero,
 que “judío”, “judío”... ¿claro dicen *pocoyos*?
 Hay un pájaro raro que hace nido en los hoyos
 que de este solitario camino hay en los flancos,
 al que castizamente llaman “guardabarrancos”;
 este pájaro raro tiene el canto sin sol,
 pero es bello con todo: ¡es azul-tornasol!...
 Hay tierra gris que sacan grandes hormigas grises...
 A intervalos escúchanse silbar a las perdices:
 ¡diría que se *turnan*, porque con su silbido
 al desertor recuerdan, que aquí en paz se ha dormido,
 recuérdanle el presidio donde era centinela,
 y el pito del más próximo, que su sueño desvela!...

 ¡En el monte es tan triste la tarde, que siento
 con la tarde tan triste como un resentimiento!

(En el cerro de Chichigalpa - 1916)

Ángelus del suburbio

El sol tras de unos setos vierte su luz postrera.
 El humoso candil que hay en la pulpería
 da lumbré amarillenta. Sobre la angosta acera,
 del comprador se quiebra la silueta sombría.

En la cabaña dulce, por magia de la hoguera,
 el hogar entre chispas es azul pedrería...

A lo lejos se oye palmeaar la molendera,
cantureando su copla de gran melancolía.

Antes que la campana su voz difunda, el pardo
alcarabán su canto triste tartamudea.
Del sol la última rosa se posa sobre un cardo...

De un corro femenino que en el solar se espacia
a la oración llamaron. Enseña la más fea:
Dios te salve María, llena eres de gracia...

(1918)

Andas de caridad*

Andas de caridad, andas piadosas.
Ataúd abierto que al borde de las fosas,
la carga mortuoria precipitarán...
Andas vacías, llenas de experiencia,
vuestros colores de muerte y de ciencia
al costado en ruinas de la iglesia dan
yo no sé qué horrible, fúnebre alegría,
con las trepadoras no sé qué poesía...
¡Oh, tétrica, torva poesía de Allán!

Del muro a la fosa, de la fosa al muro,
del rincón doliente al rincón oscuro,
dos días acaso nunca pasarán
sin que vuestras quejas oigan por la senda
cuantos pajarillos leen la leyenda
de las cruces negras y del sacristán...

Cuando a media noche cruzo el cementerio,
fuegos fatuos y luces de misterio
hay en las crecidas *colas de alacrán*.

* “Andas de caridad”, en la presente versión, fiel a la voluntad del poeta, quizá se publica por primera vez, libre de adulteraciones y variantes, gracias a Ernesto Mejía Sánchez, quien la conservaba desde 1940 en su archivo mexicano.

El búho en el portal parece que llama.
Y vuestra madera rechinando clama:
—“¡Dos días acaso nunca pasarán!”

Y a todas horas, siempre que os encuentro,
me parece que va un cuerpo dentro,
entre las cinco tablas que juntó Satán...
¡Oh, caja de sorpresas, en vez de maravillas,
yergues los espantos de caras amarillas...!
¿Por qué tales formas de tristeza os dan?

El tísico cuya desnudez lo amortaja,
la histérica seca, carente de caja
en su misma sábana la enterrarán.

Los asesinados, los suicidas turbios,
y el que en el arroyo o en los suburbios
las extremaunciones recibió de un can...
Todos en vosotros tocaron sus sonos,
esos que conturban a los corazones:
¡Traca, traca, traca, traca, traca, tran...!

Andas solitarias, andas malandantes,
a veces en hombros de hombres tambaleantes
vais con el anónimo... tra, traca, tran...
A mí, que del mundo casi nada espero,
tendréis de llevarme por aquel sendero...
¡lo mismo que a Pedro, lo mismo que a Juan!

A la hora breve que el ángelus llena,
cuando todo el barrio es como una pena
que tartamudea triste alcaraván,
iréis con el mustio, cara a las nacientes
pálidas estrellas; y las chismosas gentes
—“¿Quién será el difunto?” se preguntarán...

Uno dice —alguien—: no lo sé, lo infiero:
es algún borracho, loco, pordiosero
que de puerta en puerta mendigó su pan,
alguna muchacha de la vida inquieta,
tal vez un bohemio, tal vez un Poeta...
Que si no lo saben lo adivinarán.

Andas tenebrosas, andas horrorosas,
 ataúd partido que al borde de las fosas
 su carga mortuoria siempre volcarán.
 Sois de los pobres la pobre mortaja,
 el velo, el lecho, la sábana, la caja
 en la que ni siquiera los sepultarán.

*(León de Nicaragua, Barrio de Sutiava,
 Iglesia de San Juan Bautista, 1918)*

Oh, triste novia mía

Oh, triste novia mía que nunca has existido,
 sino en mis soñaciones amables y enfermas...
 Oh! pasa deshojando las rosas del Olvido,
 mientras doy mi sonata para que no te duermas.

Has hecho creer que vives al doliente poeta,
 vagando tantas veces por su Lied sin fortuna,
 y ya le ha sorprendido tu espiritual silueta,
 como a Gustavo Adolfo, en el claro de luna...

¡Como eres la flor mustia de su floresta umbría
 tienes un parecido tan cierto con su pena!...
 ¡por eso hay en tus ojos brumas de su elegía
 y es tu semblante como de lirio o azucena!

¡Oh, triste novia mía! En el soneto loco,
 en la prosa sin seso, en lo que aún no he escrito,
 en todo... lo inefable de tu ternura invoco:
 ¡un corazón celeste con olor a infinito!

A veces he pensado que ya has muerto, de una
 enfermedad de ángeles, y que en mis camposantos
 en los que, entre cipreses, vierte su amor la luna,
 te amortajé en la pura mortaja de mis cantos...

Por eso, con mis lágrimas, me voy de tarde en tarde
 hasta un sepulcro blanco, sollozando oraciones...

Dirán quienes me vean: “¿Llora?... Pues un alarde romántico... y en nada prestigia sus canciones!”.

¡Ah! Porque ellos no saben que en mis noches hostiles,
cuando el amargo fruto de los insomnios muerdo,
he escuchado una voz, he visto unos perfiles...
¡voz y perfiles no ajenos a un recuerdo!...

¿Me amas en otra vida poslunar?... (Y qué graves divagaciones estas). ¿Cerca de Arturo vuelas?...
Señor, tan cuidadoso de tus pequeñas aves,
¿por qué no mandas juntas a las almas gemelas?...
¡Oh dulce novia mía! Quién me dirá si existes,
y seas tú, lectora devota, muy lejana...
tú que tienes los ojos de tísica más tristes,
¡las ojeras más hondas, la sonrisa más vana!...

(1919)

Blanca murió en octubre

Blanca murió en octubre, cuando en el cementerio
las lápidas están más solitarias que nunca,
y en un fondo gris destacan los cipreses
la esbeltez principesca de su elevada angustia.

En octubre los cielos no son cielos, son algo
que se entra al alma en gris, en cosa hiriente y húmeda,
por la que cabecean cocoteros con sueño,
como agua verde y plata que tristemente ondula.

¿Cómo oiría, la pobre, caer sobre su fosa
aquel rudo, incesante azotar de la lluvia?...
¿Acaso pareciole que, crueles, se obstinaban
en afirmar los clavos de su alba caja mustia?...

¿Qué hielo sentiría, ella que amó la cálida
caricia del verano, tropical como una
noche de enero íntegra?... ¿Cómo tembló su carne
de celeste azucena entre la sepultura?...

He visto ayer su lápida, nuevecita de ser
tan lavada de inviernos; y de hierba menuda
ornada y de *sandiegos*, *maravillas* de fuego,
y campánulas suaves como ojeras profundas...

Y pensé que si es una muerta sonámbula
el tocado se hará con esas flores rústicas,
vagando así, coqueta, entre filas de muertos,
en el buen tiempo para que la vea la luna...

¿Oiría, anoche, el grito del mar que se enfurece
bajo el látigo de oro que sus espaldas cruza?...
¿Llegaría hasta ella el hálito del monte
que en la sombra mojada dulcemente perfuma?

¿Este viento afilado que en grímpolas ha roto
las hojas de los plátanos, gigantescas y duras,
socavando el sepulcro, bajaría hasta ella,
que ya —¿No iba a acostarse?— se encontrará desnuda?...

Blanca murió en octubre, cuando en el cementerio
hay olores de puertos: aceites y pinturas...

¿El aguarrás sutil ofendió su dilecta
pasión por los perfumes, con su caricia brusca?...

Ya el Día de Difuntos se acerca, Blanca, espera
los lirios —tus amigos— y tus amables *lunas*...
Noviembre con sus cielos azules con cometas
de colores, que cantan... di, ¿siempre te gusta?...

Silencio del mediodía

Oh enorme silencio meridiano. Voy entre los altos *ojochales*,
que me hacen ver más bajo el cielo y más profunda mi
melancolía.

Nadie más que un pajarillo ciudadano canta; pero es un amor
perdido lo que canta: “dichoso fui, dichoso fui...”

Como en la rima del bardo alemán conturba un carpintero,
este del gorro frigio golpea en el corazón de la montaña...

Por instantes, la telegrafía de las frutas sobre el suelo, intimida a los lagartos...

Y, en las cavernas de hojas, la cigarra clama al poeta enamorado de la Soledad, que quiso ser filósofo: Nietzsche, Nietzsche, Nietzsche...

Silencio nocturno

Como en muchos cuadros al crayón, la Luna, plena y magnífica, aparece tras de los árboles dormidos, que alzan sus copas negras sobre los tejados brillantes de sereno de las casitas enanas de la aldea...

Todo, todo duerme en la sombra menos el grillo, que se calla a intervalos, como para explorar el divino silencio nocturno...

Lejano, muy lejano, del otro lado de la Noche, canta un gallo... Otro le contesta... Y otro...

Croa la rana mientras el grillo cesa; y muy lejano, muy lejano... del otro lado de la Luna, el ladrido de los perros que han asustado las chaquetas azules de *La Ronda*, se apaga...

Y, a ratos, tras de los setos del solar vecino, una bestia aparejada se sacude...

Sonetos a la abuelita muerta

I

En la postal: mi santa con su cabello cano,
 los párpados cubriendo por completo sus ojos,
 que a media nariz noble se puso los anteojos,
 vive —pues que ya ha muerto— con su prestigio arcano.
 Debe temblar un libro que sostiene su mano.
 Como me sé de sobra sus místicos anteojos:
 lo que lee la abuelita, sin que le cause enojos,
 es la vida de un santo en el Año Cristiano.

En su silla del trópico, regional, preferida.
Está llena de paz la abuela dolorida...
¡Cuánto dolor, Dios mío, dejara en su alma yo!

Tan sólo echo de menos en la fotografía,
aquel taburetito donde sus pies ponía,
tan familiar, que pienso: ¿Por qué conmigo no creció?

(1919)

Noviembre

Para Roberto de la Selva, poeta.

El hondo corazón de tus campanas
vibrando está, muriendo todavía...
Como pájaro enorme, en agonía,
entre el claro cristal de las mañanas.

¡No sé!... pero a tu beso me dan ganas
de hundirme para siempre en mi poesía...
¡Noviembre... copa de melancolía
azul como las penas profundas y lejanas!

Tuyo el ciprés, oh árbol hecho de sombra inquieta.
Sombra que árbol parece, rezadora y divina...
¡dice junto a los muertos una oración secreta!

Tuyos los cementerios, el alma del poeta...
¡Y en las calladas siestas del domingo, la fina
tristeza de colores que gime en la cometa!

(1921)

Finados

*Para La Noticia y para
J. Antonio Alvarado,
alma generosa de artista.*

Noviembre 2 — ¡Noviembre,
palabra melancólica:
suena a llanura vasta, playas luengas,
vientos tristes!...

Limpio y azul y hondo,
¡tan barrido de nubes! — solamente
unas blancas y tenues, fingen como
fúnebre palma virginal — el cielo
es una casa abandonada y grande,
por alquilar...
cuyas puertas alguno
viene a cerrar de noche,
y en silencio...
limpia y toda se aspira
desde el umbral, aquella
humedad de un vivir retraído de enfermos;
es la casa que cuando se vio una vez se dijo:
“aquí salió una tísica...”
...pensamos:
“era joven y pura...; con la noche
“de enterrarla vendrían... todos ebrios
“de tan grande pesar, que nadie pudo
“inclinarse al simbólico recuerdo!...”.

La cifra 2 es triste;
y se parece a un monje
de rodillas, rezando...
Noviembre—
2—
Finados—...
el almanaque advierte.

(1924)

La prima

Es de aquellos octubres lejanos.
Una noche:
la lluvia teclea
triste son de los viejos tejados;
a la luz de la araña, fulgente,
pálida en faroles urbanos...
¡Oh, me acuerdo de ti, farolero,
por el último sol encantado!
Languidez femenina sospecho
en la prócer nostalgia de un piano...
Suave olor de jazmines de estrella
por instantes se viene del patio,
abuelita clausura las puertas
por temor a inminentes borrachos
y cogiendo su sarta de cuentas
se dispone a rezar el rosario...
(Hoy es viernes —susurra— y debemos
recordar la pasión, los cristianos...)
Sus dos nietas, su fiel mayordoma,
su minino y su nieto rezamos:
la mayor de las niñas enseña:
Abuelita se duerme en el cuarto
Doloroso misterio: Fidelia
nos atisba —de los dos al cuidado—
la menor se sonrío, preciosa,
se sonrío y me mira a intervalos...

(1929)

Ramón Sáenz Morales

(Managua: 23 de junio de 1891

idem.: 5 de septiembre de 1927)

El consenso de la crítica es que Ramón Sáenz Morales es “el primer poeta de la tierra nicaragüense”, “el poeta de las sierras y los lagos y las razas nicaragüenses”, “lo más propio que tiene Nicaragua. Lo que mejor habla y canta por ella”; pero esto es más cuestión temática y no sólo en eso radican sus méritos: en Sáenz Morales hay muchas excelencias modernistas y por tanto es el mejor poeta del grupo capitalino y uno de los mejores del país. En su tiempo gozó de la amistad y admiración de la mayoría de los intelectuales, tanto de Nicaragua como del extranjero, entre ellos: Luis H. Debayle, Carlos Cuadra Pasos, y de los escritores Mario Sancho, Francisco Villaespesa, quien elogió su poema “Sin rojo”, José T. Olivares, Octavio Rivas Ortiz, Arcadio Choza, Salvador Ruiz Morales y Juan Ramón Avilés, quien afirmaba que “Ramonín” tenía el tamaño de un soneto — diminutivo y humoraba con los que aludía a su pequeña estatura y afición a la estrofa.

Sin embargo, muy precarios son los datos que nos quedan acerca de su formación y de su iniciación melódica. Debe haber sido precoz, seguramente apareció en él la vocación literaria desde muy temprano, antes de sus 16 años, pues ya en 1907 colaboraba en *Albores* y la policía había suspendido la circulación de un número de *Plúmbeo*, por incluir su “obsceno” poema “Si yo fuera Sátiro”. Y según parece, su cultura no era tampoco nada pobre; a través de epígrafes y citas y de un “Retrato mental” suyo aparecido en *La Nación Ilustrada*

(Managua, 9 de octubre de 1927, n.º 49, Año XIV), podemos darnos cuenta que frecuentaba a D'annunzio, al Arcipreste, Cervantes y Darío, y que gustaba de la obra plástica de Velázquez y de la música de Beethoven. Su corta existencia fue un continuo ejercicio literario: en 1912 apareció en la nómina del *Parnaso nicaragüense* con el primer apellido equivocado: *Sacuy* por *Sáenz*; desde septiembre de 1913 hasta mediados de 1914 codirigió la revista *Letras*, mientras colaboraba en *Los Domingos*, *Las Revistas* y más tarde en *La Noticia* y *La Noticia Ilustrada*.

En 1916, a la muerte de Rubén Darío, y en 1917, el aniversario, Sáenz Morales escribió quizá los más hermosos poemas que para llorar el fallecimiento del maestro se hayan firmado en Nicaragua; a tal grado que Alfonso Méndez Plancarte, compilador de las poesías de Darío, los incluyó en su *Guirnalda Liminar*. Sáenz Morales trabajaba como periodista en el diario *La Noticia*, cuando en 1920 fue laureado en los Primeros Juegos Florales de Managua, convocados por el Ateneo Nicaragüense, y en ese mismo año fue igualmente incluido en la *Antología Universal*, organizada en Nicaragua; esta era también la época de sus afamados paseos en carretas a Las Sierras de Managua —el paisaje de su canto—. Murió a los 36 años, y con la casi totalidad de su producción dispersa en periódicos, álbumes y revistas; años más tarde se realizó la compilación y edición de sus textos poéticos, bajo el título de *Aires monteros y otros poemas*.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poemas: *Aires monteros y otros poemas*. Managua, Editorial Atlántida, 1947, precedido de tres textos: “Sáenz Morales” por Mario Sancho, “...o el embrujo de la Sierra” por Juan Ramón Avilés y “El espaldarazo” por Santiago Argüello.

Antologías: *Parnaso nicaragüense*. Barcelona, Editorial Maucci, 1912, compilación de Alberto Ortiz; *Antología universal*. Managua, Tipografía Renacimiento, 1920; *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial



Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Cantos a Nicaragua*. Managua, Editorial Atlántida, s.f., por Luis Alberto Cabrales; *Antología de la poesía centroamericana*. Perú, Editora Latinoamericana, S.A., 1960; *100 poemas nicaragüenses*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, n.º 4, enero de 1963; *Antología de sonetos nicaragüenses*. León, *Ventana*, octubre-diciembre de 1963, Año 4, n.º 19; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología del árbol nicaragüense*. Managua, Publicaciones Nicaragüenses, 1973, selección e introducción de Orlando Cuadra Downing; y *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano.

Estudio sobre el autor: Luis Alberto Cabrales, “Ramón Sáenz Morales”. Managua, *La Prensa Literaria*, 9 de noviembre de 1969.

Agua primera

Anoche, después de estar el cielo que no se veía de tanta estrella, a eso del ladrar de los perros, cerca de la madrugada, ha llovido la primera agua de Dios sobre la tierra de los hombres.

Hoy ha amanecido el paisaje que es una sola trinada de pájaros. La olorosa humedad que se eleva en los caminos es el agradecedor zahumerio con que la tierra se empina hacia los cielos: las hierbas de mayo mecen entre sus hojas lavadas los discretos sonreíres de gotas que dejó l' agua primera.

Ayer al medio día aún era desolado y mortal el seco chirrido que prolongaban torpes las cigarras: como en los cuadros de Méndez Bringas, el aire, al sol, temblaba y sudaba.

Hoy Dios ha vertido cántaros de frescura sobre todas las cosas, y al medio día cantarán la cigarras con el restaurador motivo de las primeras rosas, acom-pañando su entreabrirse: cantarán armonizando el descender del sol sobre la animación de los campos.

Hoy, si los árboles arrojan sombra sobre el suelo mojado de los senderos, es porque les estorba para su único querer de luz.

¡Seducción la del agua primera...!

Todo en esta mañana está como para extraviar el espíritu en una umbría de olvido, y verlo aparecer luego en un claro de recuerdo.

Con razón te recuerdo ahora, enemiguita morena; tú, que huistes de mí cantando aires aldeanos, precisamente la misma tarde en que soñaba yo ver entristecida para siempre tu aseleada existencia solariega.

En rojo

(*¿Qué muslos pasarán?*)

¡Montaña! Soledad... Sátiro el viento
besa loco la carne de las hojas.
—Perdóname, Señor: ningún momento
mis ideas dejaron de ser rojas.—

Sin estrellas, el cielo está al revés.
¿A quién brindará Taurus su requiebro?
—Señor que te me escondes, ya lo ves,
¡siempre el rojo temblando en mi cerebro!—

¿Qué muslos pasarán despavoridos
que aúllan tanto los perros? Por doquiera
adivino mil sexos encendidos...

—Señor, mira mi cráneo; compadece
esta mi melancólica quimera
que al vaivén de lo rojo se adornece.

(1914)

Sin rojo

A Francisco Villaespesa

¿De lila? Se aligeran tus contornos...
Pero el lila ha de ser lila de espera:
ese lila que tienen los retornos...
¡Estancada agua lila de tu ojera!

De rosado vas linda... crece y se alza
más que nunca tu gracia en lo rosado...
¡Rosado aldeano de mujer descalza,
o de aurora de mayo sobre el prado!

De azul obligas suspirar al viento;
cruzas como un tangible pensamiento,
¡Azurina y divina flor de mar!...

¿Y de blanco?... ¡Un alba se incorpora!
Tras tus pisadas un cordero llora...
En mi cerebro comenzó a nevar...

(Marzo de 1915)

La brava quema

Al doctor Luis H. Debayle

Huele a monte quemado. El viento arroja
desde hace rato y desde lejos todo
lo que el hombre quemó con llama roja:
sombra de senda, hierba de recodo,

espiga abandonada entre jarales,
jalacate tardío, madreSelva,
y hasta la débil flor de los zarzales
que ya no la hallará el amor que vuelva.

Huele a monte quemado. El sol despliega
un bárbaro abanico de bochorno;
el agua de la fuente sufre y ruega
por la tupida fronda del contorno.

En la tierra, que vibra, cae paja
carbonizada, zacatal que fue...
Un asno gris con la cabeza baja
busca en la tierra trémula el porqué...

Huele a monte quemado. Aquel camino
de una mañana que no volverá,
en el que yo vi claro mi destino
cantando hacia el amor, ¡cómo estará!

El tronco adusto que la hierba tierna
rodeada en otro tiempo, en cuya paz
todo cansancio halló una rosa eterna,
roto y negro carbón será no más.

Qué peligro, Señor, habrá corrido
el rancho que mis ojos conocieron,
donde un día tornando anohecido,
agua sólo pedí y amor me dieron.

He de volver a oír alguna vez
la frase aldeana que me dio acogida...
¡Esa noche del rancho montañés
hace un alto de rosas en mi vida!

Huele a monte quemado. A la distancia
la brava quema audaz chisporrotea:
la ceniza es augurio de abundancia,
la chispa salta al sol, como una idea.

Damiana

Un nombre como el tuyo, enmontañado,
oloroso a vereda y a balido,
a surco, a hierbas, a terreno arado,
a milpa verde y platanar florido.

Nombre que al escucharlo me asolea
y enciende en mi sangre soñadora
cariño loco por tu hogar que humea
entre rosas de alegre trepadora.

A la puesta del sol tu nombre tiene
apenumbrados dejos de frescura
como de agua que en sombra se detiene...

Y de noche, ¡la noche de mi sierra!
oír tu nombre sobre aquella altura,
¡es sentir el suspiro de la tierra!

Si mañana

Naranjero que enmarcas mi ventana
y en cuya fronda el alba se atenúa:

¡cómo te ha lavado esta mañana
el agua en flor de la primer garúa!

Fresco el aljófár, te alzas tan fragante
con las hojas tan tiernas y tan puras,
que diríase ser hasta este instante
que te elevas del suelo a las alturas.

Trazando surcos de oro, ya el sol viene
despertando los nidos del bosque,
y en cada fruto tuyo se detiene.

Tropical naranjero: si mañana
oyes un nuevo trino en el paisaje
di que mi alma voló por la ventana.

La llanura

La llanura verde,
en un oleaje, displicente y grácil, bajo el sol se pierde...

Es una fatiga sin consuelo...
Imploración vana, súplica inoída, desdeñada queja...
La llanura verde, bajo el claro cielo
se tiende, se abre, se alarga, se aleja...

Mánchanla de lila tiernas veraneras,
y hay en la llanura como una ilusión;
prínganla de trinos las aves viajeras,
y entonces palpita como un corazón.

Cuando la mañana
la helénica línea de su gracia blanca desnuda diseña,
la llanura verde tiene un tinte grana,
y no bien despierta, mas sí bien sonriente, la llanura sueña.

Plácida fragancia
de rosas nacidas, crecidas, abiertas, revueltas no se sabe dónde,
llega entre la brisa desde la distancia,

a flor de llanura, y a ratos se aviva, se eleva, se
[esparce, se pierde, se esconde.

Púdica oropéndola
canta en un ramaje,
con la fe abatida de quien va perdiéndola
y tan sólo como para que haya un poco de alma en el paisaje.
En las horas malvas del atardecer,
ese canto suena como un abandono que fuera ternura;
como un desolado llanto de mujer;
como voz de olvido que desde otro mundo llega a la llanura.
El sencillo aldeano
que al primer lucero del surco regresa,
recogiendo rosas fatiga su mano,
pero oye ese canto y olvida las rosas y siente en el alma
[nevar la tristeza.

La llanura verde,
en un oleaje, que es un desaliento vencido, se pierde...

Tal vez un balido,
el más imprevisto, surge desde el fondo de la lejanía,
y por la llanura se ensancha, se opaca, se ahueca, ya desvanecido,
como un vano ruego de melancolía.

¡Oh, tardo viajero que al entrar la noche veis desde un camino
la verde llanura:
rogad compasivo por ese destino,
y orad en silencio por esa amargura!

Que nada hay tan triste,
cuando cae la tarde, como esa ansiedad

—hermana del sueño que una vez acaso realizar quisiste—,
con que la llanura va desenvolviéndose en la soledad.

La noche ya entrada,
el alma de angustia que hay en la llanura, reza y se arrodilla...
Sondeando en el Todo, se abisma en la Nada...
¿Será el alma estrella? ¿Será el cuerpo arcilla?

¡Realidad sombría de las realidades!
Ser una llanura, ya en la aurora alegre, ya en la tarde mustia...

¡Lo fatal de todas las fatalidades!
¡Llanura tan sólo! Vacío, silencio, desamparo, angustia...

La llanura verde,
en un oleaje desilusionado, cansado, se pierde...

¡Mas ya se levanta,
tras de los follajes trémulos del alto monte del Oriente,
la divina luna! ¡Ya el ensueño canta!
¡Ya la rama es rosa y el cuerpo es alondra y el peñasco fuente!

Florido sendero,
que de tan estrecho, de ir tan en silencio, apenas te acusas.
¡Ya te dio la luna su rayo primero!
¡Sendero, sendero, ya sé dónde cruzas!
Ya vi la pareja
—manos enlazadas, labios confundidos, promesas en flor—,
que, apartando rosas, sobre ti se aleja,
fuera de la vida, fuera de la muerte, con rumbo al amor..
¡Oh, ilusión gloriosa de las ilusiones!
¡Ser una llanura! ¡Tener un sendero plateado, florido,
por el cual se alejen los más amorosos de los corazones,
de espaldas al tiempo, como en el olvido!

La llanura verde,
como una esperanza bañada de luna, serena se pierde...

La frase de misterio

I

Iba entrando febrero... En su débil creciente
la luna resbalaba por el azul profundo.
En todo, hasta en la piedra, había un confidente
con quien hablar a solas del gran dolor del mundo.

La brisa balanceaba los natales rosales
y en frágil incensario la flor se convertía.
El lirio a la violeta brindaba madrigales
y un indecible verso de la fuente fluía...

Convencidos estamos. ¡Necesario era entonces
aprovechar silencio, luna, paz y dolor
para que desbandaran sus pájaros los bronces!

¡Para escuchar del cisne la canción del regreso
hacia los entrevistos paraísos de amor
donde la estrofa es astro y donde el astro es beso!

II

Rubén Darío ha muerto —dijo la vida toda;
y se paró la vida, pálida, estremecida.
Dijo el mar: ¡lo he perdido para mi eterna oda!
¡A mí me deja atrás!, —tornó a decir la vida.

Fauno de los boscajes y dulce monje orante,
viósele pie cabrío y sandalia también;
¡yantó con el apóstol, bebió con la bacante,
imperó en la faunalia, reinó en Jerusalén!

Extático el cielo, pavoroso de abismo,
después de conocer los seres y las cosas
en un gran gesto amargo se recogió en sí mismo.

¡Y así, con el desdén olímpico de un Dios,
para decoro eterno despetaló sus rosas
atento a los conjuros de la Suprema Voz!

III

¡Rubén Darío ha muerto! Todos se acordarán,
hoy que la luna mengua, de aquel cuarto creciente.
¡En todos los oídos los bronces doblarán,
en todos los recuerdos florecerá lo ausente!

¡Tengo presente el gesto del bardo amortajado!
Una flor de amargura en su boca se abría...
¡Era algo como un verso que tenía olvidado,
la frase de misterio que a nadie le diría!

Elancelado y trágico laurel le atormentaba;
bajo el caído párpado luchaba la pupila,
su oído una celeste armonía escuchaba...

Mas nadie supo nunca qué divina verdad
se llevó entre la boca recogida y tranquila...
¡Era lo impenetrable! ¡Era la Eternidad!

(1916)

Vida, sueño, muerte y otras tristezas más

I

¡Tierra, la tierra mía!
¡Tierra esta Nicaragua tan bendita de Dios!
¡Si es de oír cómo pasa sobre tanta armonía!
el eco inmarcesible de la Suprema Voz...

Aduladores mares la cercan. Grandes mares
rivales en suspiros, en trovas y halagos;
pero mi tierra virgen prefiere los cantares
sin maldad ni malicia de sus sencillos lagos.

Los montes verde y flor, los valles abrisados,
un río, una laguna, un volcán que descuella,
cielo de maravilla, pájaros encantados...
¡Quien contempló estas cosas ya se ganó una estrella!

¿Desde cuándo se canta por aquí?
Que respondan los siglos. Sólo recuerdo ahora
del trovador que en noches del viejo Nindirí,
cuando cantaba hacía que asomara la aurora.

¡Poetas! ¡Los poetas! Para todos levanto
este licor de aldea que mi espíritu encierra:
¡si sabéis la mandrágora inefable del canto
nunca habléis de belleza sin conocer mi tierra!

II

...Después lo hemos sabido.
Era un supremo instante para la Raza Nuestra.
Debía un augur mágico, a la tierra venido,
“ilustrarnos de Dios” con un astro en la diestra.

Era la costa eterna; era el eterno mar;
era el eterno cielo...
Lo mismo inalcanzable, lo mismo que alcanzar,
la antigua fruición de alas, la anciana ansia del vuelo...

Gondoleros audaces de todos los países
sobre las aguas crespas soltaban su canción.
Cruzaban bellas cosas entre las nieblas grises
—las góndolas tenían forma de corazón.—

Se oyó cómo se alzaban, más que todas, las voces
del gaviero italiano y el gaviero francés.
Remeros de la América, ingenuos y precoces,
cantaron alto un día: para callar después.

Los que en la mar bogaban, vieron una mañana
estremecerse el cielo y estremecerse el mar.
Rompía espuma y bruma una góndola indiana
florida con las flores de un naciente cantar.

¿Quién era el gondolero? Apenas se sabía
que a una señal oculta salió de Nicaragua,
nimbada la cabeza de ensueño y de armonía,
vertiendo gota a gota su sangre sobre el agua.

Se vio la reverencia de las constelaciones
al paso de la góndola indiana; se miraron
las sirenas extáticas, silentes los tritones
y quietas las gaviotas que en el vuelo nevaron.

La góndola rozaba con galeras viajeras
y anclados paquebotes, sin pararse, veloz.
Ya un día no la vieron las almas marineras.
Un cantar a lo lejos se perdía hacia Dios.

Después lo hemos sabido —Después todo se sabe—.
 El que a una seña salió cantando un día,
 llevando en sí los números de la divina clave,
 ¡fue en Dios y por Dios dueño de la eterna Harmonía!

III

Oh vino añejo y prócer del verso castellano
 que desde el Arcipreste renovándote vienes,
 —ya en ánfora divina, ya en cántaro pagano—
 resacudiendo nervios y estremeciendo sienes.

La llamarada helénica y aquel latino sol
 en tus entrañas claras alguna vez tuviste;
 el nórdico lucero fue en ti, vino español,
 y la germana estrella te puso un agua triste.

Lo que eras, ya se sabe. Ahora ya eres esto,
 esto que es luminaria para la humanidad.
 Se destrozó el papyro, se rompió el palimpsesto,
 ¡y libre el verso vuela cierto de eternidad!

IV

Rubén Darío, Gracia, Capricho, Idea y Forma.
 Tú hallaste alma y sangre dormidas en las cosas,
 cuando buscando el Centro, fiel a la Única Norma,
 quedó tras de ti un incendio de estrellas y de rosas.

Por ti, abriste auroras en sombras españolas,
 talado está el boscaje del amargo laurel:
 para uno de tus versos, sereno rompeolas,
 ¿qué vaso, qué vitrina, qué urna, qué anaquel?

Una música nueva irá tras tus sandalias,
 tu excelsa testa triunfo será de un nuevo Scopas,
 y tu sonrisa limpia, bajo lirios y dalias,
 gloria será en las planchas de futuras metopas.

Para que tú llegaras, para que el verso fuera
 suave onda de resinas bajo la luz del día,

sin duda fue preciso, Panida, que existiera
una tremenda y magna y enorme profecía.

V

¡Sacúdete montaña; solloza, tierra mía!
Probar debes que tienes ante el coloso muerto
ese don de los grandes que es la melancolía...
Liróforo, ¿no es cierto?

Liróforo, ya puedes decir que tu cabaña
a Italia y Grecia y Francia y a Alemania iguala,
—grande para América, enorme para España—
pues de ella arranca el triunfo de otra suprema escala.

Bendita tierra mía, que te dio su paisaje
para que en él volaran tus pájaros de cuna;
te dio el primer ensueño mi nativo bosque
y tu primera pena te bajó de mi luna.

Muchas gracias, Dios mío.
De hoy más mi tierra es tierra para la devoción.
No en vano y a las márgenes del raudo, eterno río,
se abrió en mi tierra el loto de la mejor canción.

VI

¡Almas aquí, poetas! Silencio ante esa voz
que no se oye... ¿Sentís una divina esencia?
¿No miráis cómo pasa junto a nosotros Dios?
¿Véis el alma del genio marchar tras su presencia?

Te resolviste, muerte. Por entre el sucio manto
te estoy viendo la cara desgajada y medrosa.
Te mareaba la alondra y le tronchaste el canto,
te trastornó el perfume y estrujaste la rosa.

Así te has hecho grande. ¡Por los grandes! Medita,
y verás, vieja loba, descompuesta y artera,
que no son para el hielo de tu carne maldita,
las elevadas rosas de esta gran primavera.

VII

Padre Rubén: mi sangre va sufriendo en mi verso...
A ti, pues, la más pura queja de mi canción.
Mi lágrima es la lágrima de todo el universo
y el dolor de esta tierra duele en mi corazón.

(1916)

Lasciate...

A Mario Sancho

I

Señora: usted se pasa cuidando su canario;
tiene usted una constancia de agua pura y alpiste.
La limpia jaula pende cual áureo relicario
diciendo Sí ante el Nunca de su existencia triste.

Me gusta sorprenderla regando sus peonías.
Sufrimiento de cintas en el corpiño... Trance
doloroso de sedas... Redondeces bravías
que temo se desprendan.... ¡Una trova! Un romance.

Tras canario atendido y peonía regada
se sienta usted a leer el mismo libro, el fiel,
y cual su vida, acaso, de edición agotada.

Todo esto lo hace usted recordando... Mas yo,
que oigo zumbar la abeja y veo fluir la miel,
pienso que usted ha hecho mal en decir siempre No.

II

Hasta ahora le digo que la quiero, señora.
Y la culpa no es mía. El libro insustituible,
la peonía, el canario, se han llevado la hora;
¡mas queda este minuto que parece increíble!

La Dicha anda en el mundo de puntillas. Sin duda
usted que nada escucha no distinguió su paso.

Cuidado con no hablar, porque ya sorda y muda
será usted un bello mármol mirando hacia el ocaso.

Y eso no debe ser. Dese cuenta, señora,
qué grave falta es darle espaldas a la aurora,
pues ella nos trae el don de la luz escondida...

¡Además, usted sabe que en su belleza tiene
ese vigor profundo que en cada carne viene,
necesario y fatal para mover la vida!

(1917)

Masatepe

A José María Moncada

En plácido declive de colina levanta
su belleza apacible Masatepe feraz
todo fronda florida donde la brisa canta
un cantar de consuelo, de reposo y de paz.

Solariego descanso para el afán errante,
venta para la llaga, fuente para la sed,
y vergeles que en medio de la calma fragante
dicen al lastimero pasajero: ¡volved!

¡Plaza de Veracruz! Yo vi caer un día
el sol tras de tu torre... A lo lejos se oía
de un mozo fracasado la tristona canción...

Entonces fue que el verso se hizo estrella, soñando
con la mujer que viene desde esa tarde dando
golpes en la deshecha puerta del corazón.

(1919)

Alfonso Cortés

(León: 9 de diciembre de 1893

idem.: 3 de febrero de 1969)

Primogénito del matrimonio de Salvador Cortés y Mercedes Bendaña, creció en León. Aprendió las primeras letras con la maestra Bonifacia Valle. A los 3 años, según sus biógrafos, para emparentarlo con la precocidad de Darío, ya sabía leer y a los 7, había compuesto sus poemas iniciales. Primaria en la escuela del maestro Vicente Ibarra; alcanzó hasta el tercer curso del bachillerato en el Instituto Nacional de Occidente. Profesor en las escuelas públicas de León en 1914; cuando Francisca Sánchez del Pozo visitó Nicaragua, después de la muerte de Darío, Cortés consiguió que ella le cediera la casa del poeta, o sea, la casa de “mama Bernarda Sarmiento”, y allí vivió 29 años. Estudios de normalista. Secretario de la Asociación Cívica de Fomento Obrero y del Juzgado de Agricultura de León. Colaboraba en *El Alba*, *Los Hechos*, *Anarkos*, *Caminos*, *Azul*, *Los Domingos*, *Arte y Vida*, etcétera.

El 20 de noviembre de 1920 salió rumbo a México, vía marítima, en calidad de representante de *El Eco Nacional* al Congreso de Periodistas Hispanoamericanos. Se quedó en Guatemala. Redactor y colaborador de *El Diario de Centroamérica*, *El Demócrata* y *El Imparcial*; enseña en el Instituto Nacional Central; laboró en la Imprenta Nacional. En 1922 obtuvo el primer premio en los Juegos Florales de Quezaltenango, con un extenso poema titulado “La Odisea del Istmo. Canto épico a la Unión Centroamericana”. Al partir a México, en calidad de

Cónsul de Guatemala, fue llamado y regresó a su patria debido a la enfermedad de su madre, quien murió en 1925.

La noche del 18 de febrero de 1927, perdió repentinamente la razón, se volvió loco, permaneciendo encerrado y encadenado, con períodos de lucidez y accesos de esquizofrenia, hasta que en marzo de 1944, lo trasladaron al Hospital de Enfermos Mentales de Managua. En 1950 viajó a Costa Rica en busca de mejor atención médica y retornó en 1951. Su obra fue estudiada, seleccionada y traducida a varias lenguas, tanto por críticos nicaragüenses como por extranjeros. Está sepultado en la Catedral de León, junto a Rubén Darío y Salomón de la Selva.

BIBLIOGRAFÍA

Libros de poemas: *La Odisea del Istmo*. Guatemala, Tipografía Latina, 1922; *Poesías*. Managua, Ministerio de Educación, 1931; *Tardes de oro*. Managua, Hernández, 1934; *Poemas Eleusinos*. León, Editorial Hospicio, 1935; *Las siete antorchas del sol*. León, Editorial Hospicio, 1952; *Treinta poemas*. Managua, *El Hilo Azul*, 1952; y 4ª edición, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1981; *Las rimas universales*. León, Editorial Alemana, 1954; *Las coplas del pueblo*. Managua, Instituto Pedagógico, 1967; *El poema cotidiano y otros poemas*. León, Editorial Hospicio, 1967; y *Las puertas del pasatiempo*. Managua, Editorial Alemana, 1968.

Antologías: *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por I. Augusto Oviedo y Reyes; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Nueva poesía nicaragüense*. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949, selección y notas de Orlando Cuadra Downing; *Antología de la poesía centroamericana*. Perú, Editora Latinoamericana, S.A., 1960; *100 poemas nicaragüenses*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, n.º 4, enero de 1963; Antología de sonetos nicaragüenses. León, *Ventana*, octubre-diciembre de 1963, Año 4, n.º 19; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología*, selección, prólogo y notas de Jorge Eduardo Arellano. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Dirección General de Difusión Cultural, Departamento de Humanidades, 1979; *El tiempo es hambre y el espacio es frío*, selección, prólogo y notas de Jorge Eduardo Arellano. Managua, Ediciones Americanas, 1981; *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano; *Poesía política nicaragüense*.

Managua, Ministerio de Cultura, 1968, por Francisco de Asís Fernández. *Hija del día, artes poéticas nicaragüenses*, Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1994, por Julio Valle-Castillo.

Estudios sobre el autor: Ernesto Cardenal, “Alfonso Cortés”, en la Introducción a la *Nueva poesía nicaragüense*. Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949; Ernesto Gutiérrez, “Alfonso Cortés”. Granada, *El Mundo*, 1 de febrero de 1970; Eduardo Zepeda-Henríquez, *Alfonso Cortés al vivo*. Managua, Asociación de Escritores y Artistas Americanos, 1966; Pablo Antonio Cuadra, “Alfonso, discípulo del Centauro Quirón”; Francisco Foster, “Alfonso Cortés: vida e ideas”. Managua, *Revista Conservadora*, febrero de 1969, núm. 101, Vol. XXI, Segunda Serie; José Varela-Ibarra, *La poesía de Alfonso Cortés*. León, Editorial Universitaria, 1977; y Steven F. White, “El viaje hacia Dios en la poesía de Cortés...”, *La poesía de Nicaragua y sus diálogos con Francia y los Estados Unidos*. México, Editorial Limusa, 1992.



Órgano

Yo tuve un órgano de Berbería,
y manubrié sus acentos lejanos,
viendo, con ojos de can, que moría
un día azul, tras los robles ancianos.

Y si pasaba un grupo enamorado
riendo, a través de las rosas, vibraba
mi voz, como un puñal ensangrentado,
y sobre el polvo de mi alma, lloraba,

sobre el polvo de mi alma en donde juegan
mis penas, bajo una luz amarilla;
sobre el polvo de mi alma donde llegan
como aullidos las voces de la Villa.

(1912)

Almas sucias

Abro para el silencio la inercia de la fluida
distancia que no vemos, entre una y otra vida
y tras la cual las cosas que miramos, observan...

Yo elevaré las vastas esencias que conservan
su secreto de sueños dentro del pecho enorme,
y uniré los detalles de Forma, Luz y Acento
que unifica la pálida lejanía del viento;

porque bajo, entre y sobre los cielos, la distancia
de que os hablo, es la Idea que pone la fragancia
de unidas relaciones sutiles, como losas,
¡un silencio, una inercia del alma de las cosas!

(1913)

Fuga de Otoño

Aquí todo, hasta el tiempo se hace espacio.

En los viejos
caminos nuestra voz yerra como un olvido,
y a un éter de recuerdos, se ha salido
de nosotros el alma, para vernos de lejos.

El cielo es como un fiel recuerdo de colores,
en que tú arremolinas, luz sonora, tus vientos;
la loca de la tarde hunde sus pensamientos
de luz, en la epidermis de seda de las flores.

Yo hilaré con el blanco vellón de los vésperos,
horas de amor sutiles, concisas y espaciosas
viendo venir las pálidas parejas amorosas
en la convalecencia feliz de los senderos.

(1913)

Cuadro

El pajarito, cuyas alas eran caricias,
que tiraba el carrito del divino Flechero
y que me trajo a diario manojos de delicias
que dejaba a mi cuarto... —ha vuelto ahora, pero

fatigado ha caído junto a mí; alcé los ojos
y vi sus alas rotas, el pecho desplumado,
y en el carrito, dulces y muertos, los despojos
del niño, y el cadáver de una serpiente al lado...

El paje

El lindo paje —sin fortuna
entre oros, sedas y damascos—
va a ver caer la luz de la luna
al son de los tambores vascos.

Trina una eolia mandolina;
en el paisaje huele a anís,
y mientras tanto va Ursarina
danzando con un oso gris:

El oso la ama, y, mientras danza,
expiran sus viejas cavernas;
y unen un amor sin esperanza
sus cuatro brazos y sus piernas.

La niña, en tanto da la mano
al oso y respira su aliento,
piensa en un zíngaro gitano
mientras le da su pena al viento.

Los de la comparsa, vinosos,
cerca la ven entre metales;
y bajo sus trajes vistosos
asoman los finos puñales.

Y el paje, en rojo, se desliza
detrás del ramaje que trina
y, en el corazón de la brisa,
llora su angustia a la sordina.

(1913)

En el sendero

Cuando el rebaño va en la senda
mueve una música trivial
de piedrecitas, en la tienda
que le hacen los ramajes, y, al

son de esa música, se empina
el alma en los claros floridos
de la esperanza, y la divina
fiesta de mis cinco sentidos

se junta a ti, bajo las ansias
del viento; voluble deslíz

danzando sobre las fragancias
tristes de la carne feliz.

—Vuelve hacia mí tu rostro, para
que pueda ver desalterado
mi perro (cual si meditara
con las orejas) a mi lado.

¡Y dame pláticas sabrosas
mientras que de pensar no dejás
que sea nueva el alma de las cosas,
mientras las cosas ya están viejas!

Pasos

Cuando, en el tumulto de la Tierra,
sientan los seres su soledad,
dará una tregua eterna la guerra
del Ruido; hundirá en la antigüedad

sus pasos el Hombre y la Mujer,
surcarán la arruga de la frente
de Dios, donde del éxtasis de Ayer
se alza vapor incesantemente...

¡Y quedarán los enamorados
—como despiertos— y dos a dos,
la mirada fija en los Sagrados
Poros, de eterno sudor bañados,
de la frente arrugada de Dios!

Un detalle

Un trozo azul tiene mayor
intensidad que todo el cielo,
yo siento que allí vive, a flor
del éxtasis feliz, mi anhelo.

Un viento de espíritus, pasa
muy lejos, desde mi ventana,
dando un aire en que despedaza
su carne una angélica diana.

Y en la alegría de los Gestos,
ebrios de azur, que se derraman...
siento bullir locos pretextos,
que estando aquí ¡de allá me llaman!

Aire

Suena un aire de niño tras las tapias, la plaza
trae patrullas de éxtasis antiguos a mi casa.

Cuando el aire de niño, con pasitos cansados,
rueda con el oboe que muere en los tejados,

y puebla de éxtasis crepuscular
el jardín, lleno de congojas,
que tiene deseos de hablar
palabras dichas entre hojas...

mientras retuercen en la bruma
locos y alegres movimientos
los blancos pliegues de la espuma
del alma, al roce de los vientos...

Las aves

Cuando aún rodaban ríos de escoriáceas riberas
sobre la piel salvaje de la tierra, y cuando al
beso del sol, mostraba en sus anchas caderas
llagas de agua, fuego de piedra y de metal.

Como vírgenes úlceras de asquerosidad pura,
las aves —roble ejército del águila bizarra—
cortaron con alegre vuelo la azur llanura,
y el jefe en una roca del cielo hincó la garra.

Y abrió la alondra el lirio de trinos de su pico
para cantar los dulces paisajes perfumados
del sol, que se gozaba inconsciente, en el rico
azur rompiendo un vaso de perfumes dorados.

Y el cisne alzó las alas como una hostia partida
para santificar el secreto del alma
y volar en un momento audaz en que la vida
convidaba a encerrarse a vivir en la calma;
escuchando los números de la mar o del viento,
a los jóvenes ruidos terrenales, o los
versículos del manuscrito amarillento
que vi un día en el seno poderoso de Dios.

(1914)

Estancia

Órganos familiares de los bosques vecinos,
por vosotros, el viento un ideal me labra;
yo soñé darle a mi alma surcada de caminos
un hecho audaz con lo total de la palabra.

Di mi canción al mundo, órganos familiares,
y mi canción ahora sobre el mundo se pierde,
cual la espuma, que tiembla en el pecho de los mares,
o como vuestras músicas entre el ramaje verde.

(1915)

Danza negra

Pasó batiendo sombras el hada de la muerte
en el despierto sueño de un otoño de sombras,
desenroscó una sierpe sus sueños, en la fuerte
visión fatal de las alfombras...

Y buscó en cabeceos locos, buscó al ave,
alzando la columna de su cuello (el esbozo

de un frío), y de la muerte en la mirada grave
reía un diablo doloroso...

Y cuando, con la aurora, cayeron las astillas
de luz del sol —que el pecho de los cielos perfuma—,
vi un cadáver a manchas azules y amarillas
y entre sus dientes... ¡Una pluma!

Yo

Muchos me han dicho: —El viento, el mar, la lluvia, el grito
de los pastores... Otros: —La hembra humana y el cielo;
otros: —La errante sombra y el invisible velo
de la Verdad, y aquellos: —La fantasía, el mito.

Yo no. Yo sé que todo es inefable rito
en el que oficia un coro de arcángeles en vuelo,
y que la eternidad vive en sagrado celo,
en el que engendra el Hombre y pare lo infinito.

Por eso, mis palabras son silencio hablado,
y en la fatal urdimbre de cada ser, encuentro
difícil lo sabido y fácil lo ignorado...

Yo soy el Mercader de una divina feria
en la que el infinito es círculo sin centro
y el número la forma de lo que es materia.

La gran plegaria

El tiempo es hambre y el espacio es frío
orad, orad, que sólo la plegaria
puede saciar las ansias del vacío.

El sueño es una roca solitaria
en donde el águila del alma anida:
soñad, soñad, entre la vida diaria.

La danza de los astros

La sombra azul y vasta es un perpetuo vuelo
 que estremece el inmóvil movimiento del cielo;
 la distancia es silencio, la visión es sonido;
 el alma se nos vuelve como un místico oído
 en que tienen las formas propia sonoridad;
 luz antigua en sollozos estremece el Abismo,
 y el Silencio Nocturno se levanta en sí mismo.
 Los violines del éter pulsan su claridad.

Clarín

Este clarín que aguarda, colgado a un clavo ahora,
 las nueve de la noche para tocar la queda,
 o el despertar del día para dar a la aurora
 claras dianas que filtran en el éter de seda;
 yo lo he visto otro tiempo con la voz de otro canto,
 cuando el sol se quebraba en su bronce bruñido
 desenvainando acentos como espadas de llanto,
 y sacudiendo trémulas banderas de sonido.

(1922)

Las tres hermanas

Para las exquisitas señoritas Córdoba

Hada es la luz. Estela la armonía,
 y Teresa la gracia. Y en Teresa,
 en Estela y en Hada, culmina esa
 fiesta de amor que hace perfecto el día.
 Una canta. Otra sueña. Otra confía
 al tiempo errante su ilusión ilesa,
 y en la sonrisa de las tres se expresa
 la suprema verdad de la poesía.

Las tres hermanas en felices horas
hilan en ruecas de ilusión sus vidas,
como la encarnación de tres auroras

gemelas y en sus danzas y en sus juegos,
van hacia la Esperanza, precedidas
por un coro feliz de niños ciegos.

(1926)

La canción del espacio

La distancia que hay de aquí a
una estrella que nunca ha existido
porque Dios no ha alcanzado a
pellizcar tan lejos la piel de la
noche. Y pensar que todavía creamos
que es más grande o más
útil la paz mundial que la paz
de un solo salvaje...

Este afán de relatividad de
nuestra vida contemporánea —es—
lo que da al espacio una importancia
que sólo está en nosotros,
—y quién sabe hasta cuándo aprenderemos
a vivir como los astros—
libres en medio de lo que es sin fin
y sin que nadie nos alimente.

La tierra no conoce los caminos
por donde a diario anda —y
más bien esos caminos son la
conciencia de la tierra... —Pero si
no es así, permítaseme hacer una
pregunta: —Tiempo, ¿dónde estamos
tú y yo, yo que vivo en ti y
tú que no existes?

(1927)

Antenor Sandino Hernández

(León: 23 de junio de 1899
idem.: 22 de octubre de 1969)

Más que un poeta, Antenor Sandino Hernández es un poema: el soneto “Mi prima”, que amén de cerrar espléndidamente el modernismo de Nicaragua, constituye uno de los mejores textos que sobre este tópico se han escrito en América. Indígena, como él mismo quería y se decía, su físico era una suerte de estela azteca; provenía también del proletariado, y esto lo movió a militar en una izquierda romántica y a cantar las luchas sociales y las tradiciones populares, aunque tuvieran franca raíz católica. (Véanse sus glosas a la manera del padre Pallais y sus doce sonetos *De mi tierra las purísimas son...* León, Editorial Hospicio, 1957). No obtuvo una mayor instrucción, quizá sólo cursó la primaria en las escuelas públicas de León, pero su oficio de tipógrafo y el ambiente de su ciudad, le permitieron conocer las obras de los autores de moda: Gautier, Baudelaire, Darío, Lugones y Gorki, y las de sus contemporáneos nicaragüenses: Santiago Argüello y Lino Argüello, Juan de Dios Vanegas, Alfonso Cortés, Azarías H. Pallais, etcétera. Sus composiciones iniciales aparecieron en la revista *Darío*, la misma que dirigía Juan Felipe Toruño en las dos primeras décadas del presente siglo.

Periodista y narrador, anunció un libro de cuentos que nunca llegó a editar, *Novias de provincia*, que por su título ya podemos adivinar el prosaísmo sentimental, una de las directrices propias del posmodernismo. En 1930 pasó una corta temporada en El

Salvador y a su regreso fue partidario del general Augusto C. Sandino, y hasta le escribió una oda en los últimos años que el guerrillero peleaba en las montañas segovianas de su patria contra la intervención norteamericana. En 1945 publicó el poemario *Alma a los vientos* (León, “Los Hechos”), al que siguieron *Barro fulgente* y *Mercado indio*. Sandino Hernández prolongó con su vida y persona la típica imagen del poeta melenudo, vestido de gabán y ahogado en el ajenjo de una incorregible bohemia pueblerina. Murió pobre, casi en la miseria, en una barriada indígena de su León, entre algunos laureles municipales y minado por el alcoholismo.

BIBLIOGRAFÍA

Antologías: *Nicaragua lírica*. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1937, por Augusto Isidro Oviedo y Reyes; *Índice de la poesía centroamericana*. Santiago de Chile, Ediciones Ercilla, 1941, por Rafael Heliodoro Valle; *Poesía nicaragüense (Antología)*. Managua, Editorial Nuevos Horizontes, 1948, por María Teresa Sánchez; *Poesía mariana nicaragüense (Antología)*. *Idem.*, 1954; *Antología de sonetos nicaragüenses*. León, *Ventana*, octubre-diciembre de 1963, Año 4, n.º 19; *Nueva antología de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones *El Pez y la Serpiente*, 1972; *Antología general de la poesía nicaragüense*. Managua, Ediciones Distribuidora Cultural, 1984, por Jorge Eduardo Arellano; y *Poesía política nicaragüense*. Managua, Ministerio de Cultura, 1968, por Francisco de Asís Fernández.

Estudios sobre el autor: Juan Aburto, “Antenor Sandino y la poesía de su tierra”. *La Prensa Literaria*, Managua, 2 de noviembre de 1969; y José Francisco Borgen, “Octavio y Antenor”. *Idem.*

Mi prima

María de las Mercedes se llamaba mi prima.
Aún me parece verla... ¡Era tan singular!
Con su vestido claro que junio le enracima
mecida en el columpio del patio familiar.

Éramos ambos novios... Novios de pantomima...
De mentira una tarde nos fuimos a casar...
Hace ya mucho tiempo... Yo no tenía encima
esta piedra de Sísifo tan dura del pesar.

Hace ya mucho tiempo... ¿Ella guardó el secreto
de aquellas dulces horas, de aquel primer soneto
en que vertile toda mi ternura de amar?

Ella casó con otro... Y de verdad casada...
Los payasos huyeron por la puerta entornada...
Y la novia no ha vuelto otra vez a jugar.

(1934)